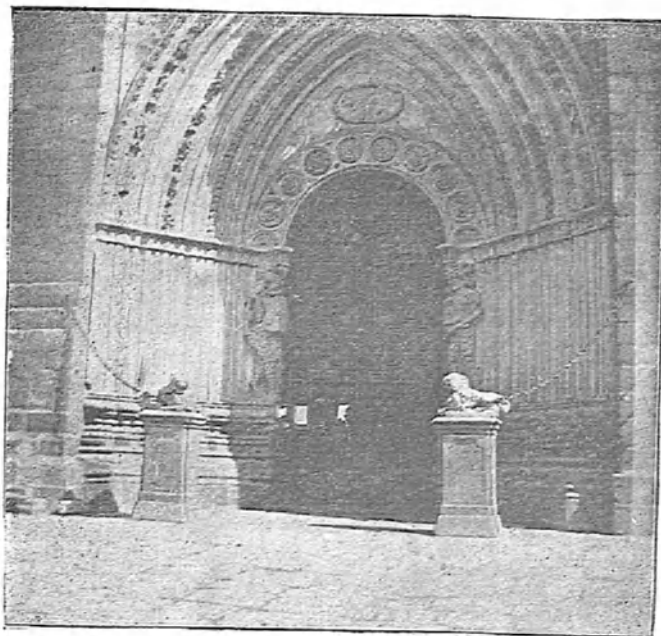




El herrador de Barco de Ávila

José bendito, todas las mujeres del pueblo, cubiertas con sus refajos, llenando la amplia gradería que conduce al pórtico en que yacen derrumbadas las estatuas de los cerdos clásicos, destacábase la mole gris de la almenada torre sobre el blanco fondo de la montaña nevada y corría un viento helado que hacía pensar con envidia en el Tiétar y en Arenas de San Pedro. Por fin, á eso de las

nueve, apareció allá, en los confines del valle de Amblés, la colina en que se levanta Ávila con millares de luces que se asemejaban á las de un monumento de Semana Santa...
Y á las diez en punto dábamos con nuestros huesos, asendereados y molidos, en el parador de las diligencias, y caíamos en brazos del mozo avaro del idioma de sus mayores.





BADAJOZ

I

Compromiso y gordo es para un infeliz cronista que trata de cumplir honradamente con su deber éste en que yo me veo al empezar á recorrer la rica y extensa provincia extremeña, tasados el tiempo y las cuartillas, sin la debida preparación de estudio y... temblando de emoción con el mapa en la mano.

Véase la lista de poblaciones importantes que merecen ser visitadas:

Alburquerque, Los Santos, Castuera, Medellín, Jerez de los Caballeros, Oliva de Jerez, Berlanga, Almendralejo, Fuente del Maestre, Villafranca de los Barros, Don Benito, Cabeza del Buey, Fregenal de la Sierra, Guareña, Herrera del Duque, Llerena, Azuaga, Mérida, Olivenza, Campanario, Zafra, Montijo, Fuente de Cantos, Barcarrota, Villanueva de la Serena... y aún se me quedan algunas en el tintero.

Puede decirse que no hay pueblos pequeños en la provincia de Badajoz; el vecindario forma grandes agrupaciones, aun en la parte montañosa, y los poblados están separados, naturalmente, por grandísimas distancias...

Pero lo que no va en lágrimas va en suspiros.

Si son muchas las ciudades y villas que por el número de sus habitantes requieren mención especial, en cambio se diferencian poco entre sí en tipos, costumbres y sistema de construcción, y es difícil hallar en región tan dilatada algo característico que pueda dar al relato animación y relieve.

Vamos, pues, al tren y la suerte y la casualidad decidirán cuál ha de ser nuestro itinerario. Iremos donde podamos y se anotará lo que se vea, á salga lo que saliere. No hay, pues, preferición deliberada, ni preferencia alguna...



BADAJOZ.—Un camión.

El correo sale de la estación del Mediodía á las nueve y un minuto de la noche (digo lo del minuto para que el diablo no se ría de la mentira) y cuando llegamos al andén estaba ya formado...

Formado por una serie interminable de vagones vacías, el coche de la ambulante, uno de primera con su departamento para los *no fumadores*, otro de segunda en que no iba nadie y otro de tercera con tres ó cuatro personas por junto. Como nosotros viajamos *todavía* en primera (y hago esta observación, no por ridícula vanidad, sino porque es necesaria para el cuento), nos dirigimos á tomar asiento al único coche de esta clase. ¡Estaba lleno! Tan lleno que hasta el departamento de *no fumadores* rebosaba de gente y de humo de cigarrillos, prueba de que había sido preciso hacer de tripas corazón.

—Supongo que pondrán otro coche, dije á un empleado.

—No, señor—me contestó inmediatamente.



BADAJOZ.—El puente sobre el Guadiana.

—Bueno, ¿y dónde nos metemos nosotros?

Se asomó el hombre á todas las ventanillas y después de un rápido reconocimiento dijo abriendo una portezuela:

—Aquí cabe uno.

—Muchas gracias. ¿Y el otro?

—Entre uno ahí, y luego ya veremos.

—Si le parece á usted, veamos lo que tengamos que ver antes de que entre el uno... porque luego le va á dar mucho miedo al otro ir solo en un coche.

Por fortuna, en estos dimes y diretes, un minuto antes de la salida llegaron otros dos viajeros con billetes de primera, y la discusión tuvo que terminar, con gran enojo del empleado, que ¡Dios me perdone! pero yo creo que llegó á figurarse que teníamos nosotros la culpa.

De prisa y corriendo añadieron otro coche, donde nos instalamos cómodamente y con la plácida sonrisa del que ha logrado un triunfo, y el tren partió con el consiguiente retraso.

Claro está que no podía parar ahí la broma.

Y no paró, porque á las cuatro y pico de la madrugada, cuando hechos dos ovillos procurábamos combatir el fresco que se metía hasta la médula, oímos una voz con marcado acento extremeño que gritaba:



Labradores de Badajoz.

—¡Ciudad Real! ¡Cincuenta minuto de pará y fonda!

—¿Ciudad Real?—dije para mi escaso sayo.

—Aquí van á querer quitareste coche.

Y decírmelo y abrirse bruscamente la portezuela fué todo uno. A la pálida luz del crepúsculo matutino vi un hombre con gorra de franja encarnada que exclamó concisa y enérgicamente:

—Este coche se queda aquí.

—¿Cómo que se queda aquí?—gruñó malhumorado,

«Real orden de 1.º de Diciembre de 1865.—Todo viajero tiene derecho á seguir ocupando el asiento que encontró vacío á su entrada, sin perjuicio del que asiste á la empresa de quitar los carruajes que no sean necesarios.»

¡Así son todos los decretos, leyes y reglamentos españoles! Una de cal y otra de arena.

Todo viajero tiene derecho á seguir ocupando su asiento hasta que á la empresa se le antoje que no siga ocupándolo. Es decir, que no hay tal derecho.

¡Y decía nuestro hombre que á él no se la daba nadie porque se sabía el reglamento de memoria!

II

Formidable aspecto presenta la ciudad de Badajoz, rodeada de imponentes fortificaciones, vista desde la verde y extensa llanura, regada por el caudaloso Guadiana, donde se levanta el montículo que la sirve de asiento.

A pesar de lo cual cuéstale á uno trabajo intimidarse con todo aquel aparato guerrero que no encuadra bajo aquel cielo azul purísimo y brillante, en aquella atmósfera despejada y tibia, sobre aquella alegre pradera inacabable. Comprendese que el aspecto militar se conserva por puro compromiso, sin ánimo de pelea, por el bien parecer de una plaza fronteriza, y para que no lo tomen á desprecio nuestros vecinos los portugueses, de cuyo carácter apacible y dulce no son de esperar ataques vigorosos.

Una vez en la estación, á la cual afluyen varios coches de un



BADAJOZ.—De compras.

rado, sacando la cabeza por la ventanilla, otro compañero de viaje que venia solo y tumbado á la bartola en el departamento inmediato, y que sin duda se la tenía también tragada.

—Sí, señor; hagan ustedes el favor de trasladarse al otro.

—¡Yo qué he de trasladar, hombre!—dijo el viajero saltando al andén y plantándose allí fieramente.

—Lo que le digo á usted es que este coche se quita.

—Y yo le digo á usted que no se quita.

Así hubiéramos pasado los cincuenta minutos de parada y fonda, si al caballero solitario no se le hubiera ocurrido cortar la discusión con el siguiente razonamiento:

—¡Ea, no hablemos más! Tengo derecho á seguir ocupando mi asiento hasta el fin del viaje, y de ahí no hay fuerzas humanas que me muevan. ¡Me sé el reglamento mejor que ustedes! Ahora ustedes harán lo que quieran.

Y dicho esto, volvió á entrar gallardamente en el coche y se tumbó tapándose con la manta hasta los ojos.

He observado que en este y otros casos parecidos la razón suprema consiste en decir que se conoce el reglamento. Cuando uno conoce el reglamento, boca abajo todo el mundo.

Y eso pasó entonces. Cuchichearon los empleados, se alejaron refunfuñando y el vagón siguió enganchado hasta Badajoz, á Dios gracias.

En cuanto se me pasó el susto y me convencí de que no teníamos nada que temer, encendí una cerilla y leí el cartelillo con el «extracto de las disposiciones relativas á los viajeros y equipajes» que encerrado en un marco de madera figuraba en una de las paredes del coche.

Decía así, en la parte concerniente al asunto:



BADAJOZ.—Puerta de entrada al puerto.

tranvía que no creo que tenga otro objeto, porque el casco de la población es excesivamente reducido, puede optarse por uno de estos vehículos ó alguno de los coches de hoteles. Nosotros tomamos la determinación de entrar en uno de éstos, y por poco nos pesa, porque las calles de Badajoz no son en general muy anchas y hubimos de tropezar con un carro de la limpieza que en un *trís* estuvo que nos mandara á la eternidad.

Se entra en la capital por un magnífico puente sobre el Guadiana, puente defendido en sus dos extremos por hermosas puertas con torreones, garitas y terraplenes, para que desde luego pueda el viajero formarse idea del carácter de la población en que va á albergarse. A la izquierda de este puente, en la parte que da al río, la muralla es sencilla; pero en la que mira á la campiña del Oeste, y por consiguiente á Portugal, está formada por tres órdenes de defensas que imposibilitarían, ó poco menos, el asalto. Muros, garitas, fosos, contrafosos, aspilleras, reductos, perfectamente dispuestos y acondicionados, demuestran que la frontera está bien guardada en Badajoz... Actualmente y por fortuna crece en los fosos y en los glacis fresca y abundante hierba y pacen tranquilamente rebaños de ovejas en los puntos estratégicos. ¡Así sea por muchos años!

No hay que decir que la vida de la ciudad es militar esencialmente. La parte más importante del caserío la constituyen los cuarteles, dependencias de administración, parques,

transeúntes predominan los soldados de todas las graduaciones y de todas las armas.

La población es alegre, *perfumada*, vistosa... Las casas, blancas como la nieve, deslumbran de día, y contribuyen á aumentar la claridad de la luz eléctrica por la noche; en casi todos los balcones hay enormes tiestos cuajados de rosas y claveles; claveles y rosas que forman el principal adorno en el tocado femenino.

Forman el eje ó centro el campo de San Juan ó plaza de



Aspirante á pedón de mano.

la Constitución y la calle de San Juan. Es el primero una especie de glorieta á que afluyen las vías principales, y en la cual está la catedral gótica, y es la segunda un callejón estrecho, embaldosado, en que los desocupados se pasan la *'tranquila'* existencia viendo desfilar al mujerío.

Del paseo de San Juan, enfrente de la calle del mismo nombre, parte la de Moreno Nieto, una de las principales de Badajoz, que

tiene buenos edificios, entre ellos el Casino (un Casino muy elegante) y el palacio episcopal, y va á terminar en la plaza de Míñayo, formada por un cuartel (¡y cómo no!), el seminario, el hospicio y hospital provincial y el teatro de Ayala, muy bonito, bien acondicionado y de construcción reciente.

En el centro de esta plaza se levanta la estatua en bronce de Moreno Nieto, que con Ayala, Hernán Cortés y Pizarro, forma la plana mayor de extremeños ilustres.

Detrás del teatro, y casi como continuación de esta plaza, está la de San Francisco, con otros dos cuarteles y un kiosco para la música, y por último, pocos pasos más allá, ya sobre la muralla, cierra la serie de plazoletas una glorieta en cuyo centro puede verse, si se quiere, un sencillo monumento dedicado



De Elvas.



BADAJOZ.—Soportal árabe en la plaza de San José.

á la memoria de Menacho, que defendió briosamente la ciudad contra los ataques de los franceses en 1811.

La perspectiva que se domina desde esta glorieta, asomándose por cualquiera de las troneras destinadas á los cañones, es verdaderamente encantadora. Una llanura florida, abrigada por el sol de Abril, que se pierde en Portugal, y á la derecha, recostado en una colina, un pueblecito, Elvas, blanco como la espuma...

¡Las horas muertas se pasaría uno allí, apoyado en el muro, respirando aquella atmósfera templada y saturada de perfumes del campo!

III

Al otro extremo, tomando por la calle de San Juan arriba, se va á parar á una plazoleta de donde arrancan algunas callejuelas tortuosas y empinadas, de casucas bajas y enjabelgadas hasta la nitidez, que conducen á la plaza alta ó del mercado. Consérvase esta plaza en el mismo ser y estado de hace muchos siglos y no deja de resultar pintoresca, animada y alegre por el abigarrado conjunto de sus edificios, con soportales la mayoría; soportales de distintas épocas, uniformados por la cal, niveladora de castas.

Allí mismo, á dos pasos, está la plazuela de San José, que entre otras cosas, tiene un soportal árabe muy notable y una cruz de principios del siglo XVII.

La bajada desde esta plazuela hasta la muralla que da sobre el río se hace ó puede hacerse por la calle de San Atón (no vayan ustedes á creer que es Antón, como yo creí al leer el rótulo, burlándome tontamente de la errata). Y en esta calle hay una casa, notabilísima por su arquitectura, en cuya fachada existe una lápida conmemorativa que dice sobre poco más ó menos: «Aquí nació en 1090 San Atón, obispo de Pistoya».



Carretero de Badajoz.



BADAJOZ.—Campo de San Juan y Consistorio.

La vía, tortuosa y desigual como todas las de la barriada, es de tan áspera pendiente que, á pesar de estar

empedrada de puntiagudos guijarros, ofrece al transeunte el constante peligro de una descalabradora.

En la parte baja de esta calle y en todas las adyacentes habita la gitanería, que abunda en Badajoz que es un portentoso, y pulula que es una bendición de Dios por todas las avenidas del puente.

En el cuadro formado por aquellas casas blanquísimas, bajo aquel sol espléndido, parecen figuras obligadas las de los mocetones bronceados, con su pantalón estrecho, su pañero enorme y su vara en el cinto, y las de las hembras casi negras, con sus faldas de volantes, su pañuelo terciado y su cabellera como el ébano enmarañada, revuelta y cuajada de flores.

Lo que primero llama la atención al recorrer la ciudad son los rótulos de las calles. Empléanse en ellos azulejos de regular tamaño, gastando un azulejo para cada letra, de modo que cuando el título es un poco largo viene á ocupar media fachada.

Así, por ejemplo, en la plaza de Minayo, como llevo dicho, está el edificio destinado á hospicio y hospital provincial, y así consta



BADAJOZ.—Dos muchachas.

en el letrero correspondiente, que no tiene menos de veintisiete azulejos, como pueden ustedes comprobar tomándose la incomodidad de contar las letras.

En cuanto á trajes hay poco característico.

Los hombres del pueblo visten generalmente sombrero de alas anchas (cordobés, para decirlo más pronto), algunos chaquetón listado con coderas de paño de otro color, y los labradores y gente del campo zajones amplios que bajan hasta la espina.

Algunos mozos he visto con gorros parecidos á las barretinas, pero terminados en punta como los que usan los sacristanes, rojos en su mayoría ó de otro color vivo y con una borla en la punta. Dícenme que son portugueses; yo ni quito ni pongo nacionalidad.

Las mujeres, algunas de las cuales son muy guapas, llevan pañuelo á la cabeza, atado en la nuca para recoger el pelo, y sobre la chambra el inevitable pañuelo de *sandía*, corto y encarnado, ó con ramos grandes de este color.

Y... nada más tengo que decir de Badajoz por ahora.



BADAJOZ.—Puerta de la Catedral.

En vista de lo cual, y para matar la noche, como si no lleváramos en el alma veinte horas mortales de tren *lento*, nos metimos en el café Suizo, situado en la plaza de la Constitución, para lo que ustedes gusten tomar. Es de advertir, antes de pasar adelante, que en Badajoz no hay gran afición á la vida de café, según nos ha confesado un *badajocense* auténtico y legítimo, y para atraer concurrencia, tanto el Suizo como la Cervecería inglesa, que está en la calle de San Juan, han tenido que apelar á la varita mágica del canto.

Cuando nosotros entramos casi todas las mesas estaban ocupadas por labriegos que habían venido á la *cuestión de quintas*, y todas las miradas convergían hacia un tablillo cercano al mostrador y pudorosamente oculto por un telón en que campeaban y hasta campaban... por sus respetos los atributos de la música.

Pegados á las paredes había grandes cartulones que anunciaban:

«¡INDESCRIPTELE SUCESO!

¡el *jongleur* equilibrista señor... Tal!»

Y, además, en un espejo podía verse el programa de la función de aquella noche... que se ofrecía gratuitamente á los consumidores. Consistía éste en tres romanzas ó coplas del citado Sr. Tal, otras tres de la Sra. Cual y dos dúos intercalados por la señorita Cual y el Sr. Tal. Por lo visto nada de prestidigitación ni de *jongleur* equilibrista. Pero había que conformarse.

Al fin, después de varios preámbulos y sinfonías ejecutados á



conciencia por un piano y dos violines, se alzó pesozosamente la cortina y apareció la Srta. Cual, muy modosita y muy candorosa, con sus mangas de farol y todo...

Cantó la romanza de la reina de *Los diamantes de la corona*, según tuvo la bondad de participarme Cilla, que caza esas cosas al vuelo, porque yo, dicho sea sin tratar de ofender á la Srta. Cual, me quedé sin oír una sola palabra, y se retiró entre tímidos aplausos (á los cuales uno desde aquí los míos) para que descansaran los tres jóvenes de la orquesta y nos preparásemos nosotros á admirar el *clou* del espectáculo, el *indescrípible suceso*...

Transcurrieron veinte minutos, que se me hicieron veinte siglos por la impacencia y por la mala noche pasada, y se presentó en el tablado nuestro hombre.

Lucía el vistoso y extravagante uniforme de tambor mayor, llevaba á guisa de bastón un largo plumero, y en vez de borlas un manajo de cebollas sujetas al palo con un bramante. Aquel detalle cómico, que un público inteligente hubiera sabido apreciar en lo que valía, pasó completamente inadvertido para los que habían ido á las quintas.

Y otro tanto ocurrió cuando acabó de cantar aquello de:

«Melitón Parche y Redoble
bravo militar...»

acompañándose con taconazos, muecas y golpes de plumero.

¿Lo hizo bien? ¿Lo hizo mal? ¿Tenía gracia el Sr. Tal? ¿No la tenía? ¡Vaya usted á saberlo! Y aunque lo supiera usted, ¡vaya usted á describirlo, cuando los mismos carteles anunciaban que el suceso era indescrípible



Tomando el sol en el campo de San Juan.

tarde, después de detenerse bien rato en Montijo, sin duda para que el viajero se recree con el panorama de aquella hermosa vega y contemple asombrado el extenso perímetro del pueblo, uno de los más grandes de España.

Se entra en agujas cruzando un acueducto romano de que no quedan más que los altísimos y esbeltos pilares, en la cúspide de cada uno de los cuales ha hecho su nido una pareja de cigüeñas. Como aún son muy numerosos los pilares que subsisten y es muy raro el que no tiene habitantes alados, resulta que en mi vida he visto ni pienso ver tantas cigüeñas juntas.



BADAJOS.—Estatua de Moreno Nieto y teatro de Ayala en la plaza de Minayo.

De todos modos, crueldad sería hacer una crítica concienzuda de los trabajos del *jongleur*, cuando el presenciarlo no costaba más que treinta céntimos, café comprendido...



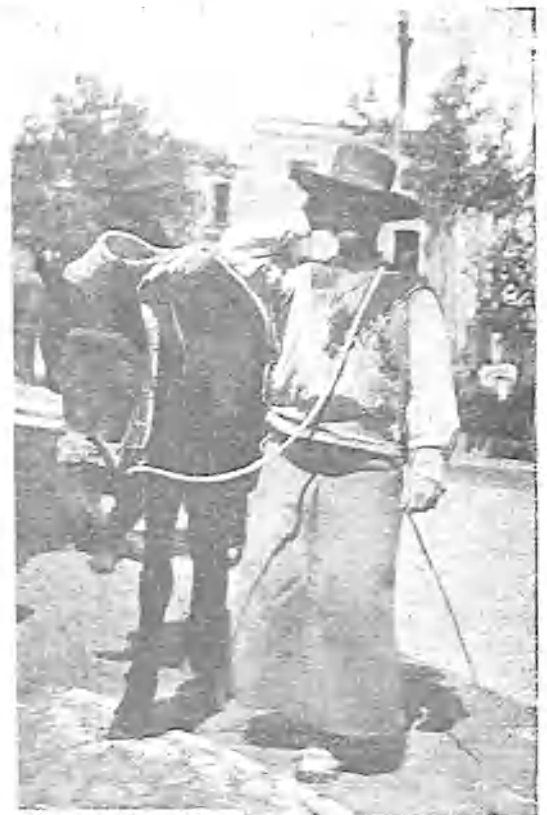
IV

Es Mérida la población más interesante de la provincia, de una importancia tal que se atreve á disputar á Badajoz la capitalidad, fundándose en que es infinitamente mejor su situación topográfica, en la mayor facilidad de las comunicaciones y en su ilustre y preclaro abolengo.

Tengan ó no razón los emeritanos, es lo cierto que su ciudad merece por todos los estilos más atención de la que yo puedo dispensarla y que requeriría una estancia de un par de meses.

Espacio de tiempo que se haría corto seguramente, por los tesoros artísticos que en su recinto guarda, por el ambiente de alegría que la envuelve y por la amabilidad casi excesiva del vecindario, que se desvive y desoja por obsequiar á los forasteros.

El tren mixto de Badajoz arriba á la estación de Mérida á las siete y media de la



Campesinos de Badajoz.

La estación es un verdadero jardín. Por la parte de Ciudad Real especialmente hay tal abundancia de rosales que la atmósfera parece la del camarín de una odalisca, y ustedes perdonen lo cursi de la comparación.

Apenas desembarcamos se nos acercó un muchachuelo como de diez ó doce años con el decidido propósito de cargar con la máquina, único equipaje que nos acompañaba en la excursión. En vano le dijimos que no hacía falta para nada; él insistió con tal pesadez, reveladora del hambre, que, en un arranque de conmiseración, le permitimos que nos guiara á la fonda. Agradecido el pobre, rompió á charlar alegremente y se lanzó á darnos consejos sobre

lo que habíamos de hacer aquella noche y al día siguiente.

—Ahora van ustés, cenan, se marchan ustés al Casino de la plaza, que yo los llevaré; en seguida se acuestan ustés, duermen, y mañana vengo yo por ustés y se lo enseño too...

Nos pareció bien el plan del chico y le seguimos al pie de la letra, salvo que él nos lo enseñara too, porque, afortunadamente, teníamos en Mérida muchos y buenos amigos que se pusieron en seguida á nuestra disposición y nos guiaron admirablemente.

Dimos, pues, con nuestros huesos en la fonda Madrileña, y tales cosas nos dijo la encargada, que salió á recibirnos, de la miseria de nuestro pequeño acompañante, que nos comovimos hasta el punto de gratificarle con esplendidez relativa... Hágolo constar por lo que se verá luego. |

Mérida, á la luz de la luna (porque hasta que se verificó la instalación del alumbrado eléctrico, que está al caer, no tiene otro en las noches claras), es una ciudad fantástica. Edificada sobre la ciudad romana, conserva tal sello de antigüedad que así, en el silencio de la noche, parece surgir entre las sombras evocando los fantasmas de sus pobladores primitivos. La plaza, en que están el Consistorio y el nuevo Casino, es grande, con soportales romanos, visigodos y árabes, mezclados, confundidos, revueltos y... blanqueados por igual.

El Casino, construído recientemente de nueva planta, es verdaderamente notable. Confieso con toda sinceridad que no creí encontrar en Mérida tal lujo, tanta elegancia y tan refinado gusto.

Las salas de conversación, las de tresillo, la del patio con montera de cristales, la biblioteca, etc., están dispuestas y decoradas con verdadero arte. Y el salón de baile, situado en el piso principal, es, aunque pequeño, el salón de un cuento de Ladas. Sillones magníficos, espejos monumentales, artísticas arañas... un derroche de seda, terciopelo, bordados y pasamanería. El tocador á él anejo es un camarín coquetón y delicado... en que dan ganas de peñarse.

V

Á las siete de la mañana del día siguiente ya estaba el muchacho de la estación aporreando la puerta y con la pretensión de sernos útil. Cuando se convenció de que no había justificación posible para pedir nueva propina, salió con la copia de que tenía necesidad. ¡Necesidad tan pronto!

¿En qué habría gastado el medio duro de la noche anterior? ¿Pensaría que la mina era inagotable?

Despedimosle con lágrimas en los ojos, en vista de su situación aflictiva, pero sin nuevo tributo á la caridad, y nos echamos á la calle.



BADAJOS.—Zapatero ambulante.

Pueblo alegre por excelencia, simpático y atractivo es Mérida. Verdad que no hay en él nada típico en trajes y costumbres; pero los recuerdos históricos, de la dominación romana especialmente, se amontonan en todas partes. Arcos, ventanas, puentes, acueductos, restos de templos, columnas, basamentos, frisos... Todos los días, al practicar excavaciones ó al hacer reformas en los edificios, se encuentran sepulcros, cacharros, armas, joyas y, sobre todo, monedas. Estas últimas abundan hasta el punto de que los naturales del país no ceden al hallazgo la menor importancia. Á mi me han regalado de buenas á primeras una colección de *ochavos* preciosos (como ellos dicen), ni más ni menos que quien obsequia con un puñado de cacahuets (que aquí se llaman avellanas por cierto, para que uno no sepa á punto fijo lo que compra).

El puente sobre el Guadiana es uno de los muchos monumentos curiosos de Mérida. Hundido y reedificado una porción de veces, representa otros tantos órdenes arquitectónicos; hay trozos romanos, árabes, del siglo pasado y del presente, distinguiéndose los primeros por su sólida construcción y la carencia completa de argamasa.

Cerca de este puente se levantan los restos venerables de una fortaleza hoy convertida en huerta y casa de labor, con mura-



MÉRIDA.—Ruinas del acueducto.



MÉRIDA.—Escuelas y arco de Trajano.

Ilones medio derruidos, los paredones del que fué palacio y un aljibe que se conserva casi intacto y que es una verdadera maravilla. Puede hacerse el viaje á Mérida sólo por ver y admirar este aljibe. Se desciende al sótano que sirve de vestíbulo (y perdón si la palabra no es propia, pero no encuentro otra á mano) por una escalerilla de anchos peldaños, y una vez abajo, lo primero que produce asombro es la delicadísima labor de las piedras que forman la parte superior de las dos puertas que dan acceso á las rampas y que pertenecen indudablemente á una época muy anterior al resto de la fábrica. Las rampas, muy suaves, cubiertas



Una de las puertas de vomitorium del anfiteatro.

de sacrificio, y el templete ú hornito de reproducir en la fotografía; se erigió en el mismo sitio en que fué quemada viva la mártir patrona de Mérida. Es un monumento, como ustedes verán, de mérito indudable, que estuvo dedicado á Marte, y en la ciudad le denominan sencillamente hornito por el afán que distingue á los extremeños de emplear el diminutivo en todos los vocablos, aunque á ello no se presten.

Por último, además del acueducto de que ya he hecho mención, quedan, al otro extremo de la ciudad, escasos restos de otro, también romano, exactamente igual al anterior, que conducía el agua desde una de las colinas próximas, y otro árabe, mejor conservado, paralelo á éste, y que se construyó, sin duda, en sustitución del derruido...

En edificios modernos tiene Mérida tres que no deben quedar sumidos en la oscuridad, y son á saber: las escuelas municipales, el consistorio y el mercado. En todos ellos predomina el buen gusto que se conoce que es peculiar á esta tierra, la acertada disposición de las dependencias y el orden en los servicios.

Por falta de tiempo no hemos podido ver el anfiteatro, la nausmquia y el lago de Proserpina, cosas las tres de que necesito dar cuenta y que requieren un segundo viaje.

por una bóveda de cañón atrevida y originalísima, desembocan paralelamente en el depósito del agua, y en el punto de unión de ambas se alza sosteniendo el arco central una gallarda columna, que me han dicho que pertenece al orden corintio, pero no puedo asegurarlo por ser completamente lego en la materia.

La disposición de las rampas indica que servían una de bajada y otra de subida á los caballos de la fortaleza.

El arco de Trajano no requiere descripción detallada, porque es sumamente sencillo y no tiene más adornos que los sillares superpuestos, con atrevimiento inconcebible, sin ligazón ni sustancia *unitiva* de ninguna clase. Formaban parte de él dos estatuas que ahora figuran en el Museo.

El monumento dedicado á Santa Eulalia (Olalla, según la inscripción), situado en una plazoleta en uno de los barrios extremos de la ciudad, tiene de notable el pedestal, que está formado con trozos de aras la Santa, que he procurado



MÉRIDA.—Puesto de naranjas en el mercado.



Más adelante, pues, hablaremos de eso...

¿Y á que no saben ustedes á quién hemos encontrado en la estación cuando hemos ido á tomar el tren de Sevilla, que ha de dejarnos en Almendralejo?

Pues ¡al chico que nos llevó la máquina! Pero ¡ay! no solo, sino acompañado de una docena de mendigos harapientos, entre quienes había hecho correr la voz de que tirábamos las monedas de Alfonso XIII con el mismo desprecio con que sus paisanos se desprenden de las de Septimio Severo...

Y entre todos nos han acosado, aturcido, mareado y... descorazonado. ¡Está visto que no se puede tener compasión de nadie!

VI

Almendralejo está situado en una inmensa llanura, á treinta kilómetros de Mérida. Cuanto se alcanza á ver desde la línea férrea, que es; mucho, presenta el mismo carácter. Leguas y leguas de tierra llana sembrada de trigo y plantada de viñas, algunos olivares y algunas, aunque



MÉRIDA.—Templo ó hornito de Santa Eulalia.

habitantes disfrutan del bienestar inherente á esta independencia relativa.

No hace mucho tiempo, cuando los proteccionistas franceses no habían tenido la para nosotros malhadada ocurrencia de elevar los aranceles de aduanas para los vinos españoles, la exportación de este líquido se hacía en Almendralejo en tan gran escala que hubo año en el cual ingresaron en la ciudad (porque Almendralejo es ciudad, y sépanlo ustedes) y solamente por tal concepto dos millones quinientas mil pesetas...

A pesar delcontratiempo citado, todavía el comercio de vinos es muy importante, y existen además algunas fábricas de destilación de alcoholes que, según noticias, prosperan constantemente. (Y por los fabricantes sentiré que me haya engañado]quien me lo dijo.)

Es Almendralejo una población grandísima, blanca y limpia como una paloma, con las calles perfectamente arregladas,



MÉRIDA.—Carro y mozos de labranza.

pocas, dehesas de pasto. Decididamente el extenso territorio que comprende la provincia de Badajoz, y que ya [conozco de pasada en su mayor parte, es de incalculable riqueza, aunque con (el inconveniente de que la tierra está repartida entre pocos y se recorren



BADAJÓZ.—Calle de San Juan.

á veces muchos kilómetros cuadrados que pertenecen á un solo dueño.

Este inconveniente no reza con el término de Almendralejo, en el cual la propiedad está en muchas manos y todos ó casi todos los



MÉRIDA.—Arco de Trajano.

con alumbrado eléctrico y... silenciosa y solitaria como todos los pueblos esencialmente agrícolas, sin que la falte por eso la alegría propia del país, que depende de la pureza del cielo, la diaphanidad de la atmósfera y la benignidad del clima.



MÉRIDA.—Ventanas del palacio de Pacheco.

No tiene construcciones verdaderamente notables. Únicamente pueden verse, pero de prisa, la iglesia de Nuestra Señora de la Purificación, gótica, de una sola nave, y la casa señorial del marqués de Monsalud, una de cuyas esquinas está materialmente cuajada de armas, escudos y alegorías.

La Plaza Mayor, también con algunos soportales blancos, tiene en el centro una especie de glorieta rodeada de aguaduchos.

Y en las afueras hay la plaza de toros correspondiente, bastante capaz, y á su vera un bonito paseo que envidiarían algunas capitales de provincia de primer orden.

El señor Pedro Fernández, dueño de la fonda en que nos hospedamos, es persona sumamente obsequiosa y amable para sus huéspedes, á quienes materialmente no deja vivir á fuerza de agasajos.

¿Quieren ustedes algo? ¿Están ustedes bien? ¿Les gusta á ustedes esto? ¿Quieren ustedes que les acompañe?

Y se sienta con ellos á la mesa para enterarse del efecto que les produce la condimentación de las viandas.

A este cariño, digno de todo encomio, debemos la dicha de no habernos quedado profundamente dormidos después del almuerzo, con grave riesgo de no despertar en un par de días, porque ¡ay! la temperatura que se disfruta en Almendralejo convida á las siestas largas.

Pero el Sr. Fernández, deseando siempre proporcionar á los que se honran visitando su casa todo género de comodidades, nos libró del sopor malsano diciendo:

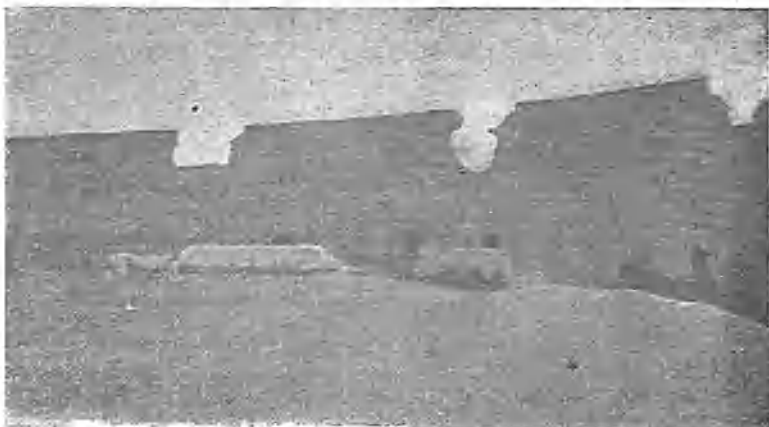


ALMENDRALEJO.—Palacio de Justicia

—¿Ustedes querrán tomar café, verdad? Pues aquí á la vuelta hay un *casinito*.

Y al casinito fuimos, por no disgustar al patrón más que por otra cosa. Reduciase la concurrencia á cuatro jóvenes que se entretenían en tararear la canción de «la falda de percal planchá» y otro que hojeaba con atención grandísima una pieza de música muy mala de una zarzuela en un acto bastante conocida, pieza que, á no haberla visto en Almendralejo, no hubiera podido creer que corría impresa.

—Nos sentamos aturridos, sintiéndonos intrusos, y no nos atrevimos á llamar al mozo hasta que se fueron los muchachos de «la falda» y quedó solo el del papel de música, que se lanzó al piano y... allí se quedó procurando sacar aquello como si se tratara de una de las más sublimes creaciones de un genio portentoso.



MÉRIDA.—Ruinas del anfiteatro.

En el campo de Almendralejo he podido observar que lo único característico del traje de los labradores de esta tierra son los zaquejones, que ya me habían llamado la atención en Badajoz, largos

hasta rozar el borcegní y tan anchos que, vistos á cierta distancia, parecen faldas de cuero.

Otra de las industrias de la ciudad, además de la de los alcoholes, es la fabricación del embutido, llamado chacina, muy apreciado en toda la comarca y fuera de ella.

Con esto no canso más. Siento que en Almendralejo no nos haya ocurrido alguna aventura extraordinaria que pudiera servir á ustedes de honesto solaz ó de provechosa enseñanza; pero la vida en estos pueblos trabajadores tiene pocos lances, y esos pocos quedan contados.

VII

—Á la izquierda de la vía férrea, yendo de Almendralejo á Zafra,



MÉRIDA.—Fuente de abundancia á la entrada del mercado.



queda la importantísima población de Villafranca de los Barros, que desde lejos, por su numeroso caserío y por los edificios notables que entre él se destacan, parece una capital de provincia, y no de las peores. Con pena en el corazón pasamos de largo, por las razones expuestas y detalladas al empezar esta crónica, y no nos detenemos hasta Zafrá, donde he empleado los veintitantos minutos de parada en hacerme la siguiente serie de tristes reflexiones:

Es una lástima muy grande que las Compañías de ferrocarriles no publiquen mensualmente una *guía verdaderamente oficial* que sirva de norma á los viajeros y que sirva á éstos de garantía y de base para entablar las oportunas reclamaciones en el caso de alteración que pueda irrogarles perjuicios.

Porque los libros de esa clase publicados por empresas particulares pueden estar sujetos á error, que paga quien no tiene la culpa, y no hay modo de protestar en caso de equivocación de datos.

Las empresas de ferrocarriles quieren, por lo visto, que el público se entere de las horas de llegada y salida de los trenes, de los precios de los billetes, de las esta-



ALMEDRALES.—Una acera.

leer los carteles correspondientes... que tampoco sirven para nada, porque ni están en todas las estaciones de España todos los de las diferentes líneas, ni aunque estuvieran habría modo de saber á

qué atenerse, á no ser que empleara uno la mitad de su existencia en estudiarlos con el necesario detenimiento.

Este sistema absurdo no se comprende si no es comparándole al de una empresa teatral que no anunciara las funciones, ni los títulos de las obras, ni los nombres de los actores que en ellas tomaran parte, ó al de la administración de loterías, pongo por ejemplo, si no se cuidara de publicar la lista de los números premiados y dejara á los jugadores en completa libertad de averiguarlo por el conducto que pudieren.

¿Qué sucedería el día en que á los editores de guías de ferrocarriles se les ocurriera abandonar el negocio? Pues que cada viajero se las arreglaría á su manera, preguntando á todos los transeúntes.

Puede pasar que el Gobierno no exija el cumplimiento de los contratos en lo que se refiere á la vía doble y á las estaciones definitivas; pero en cambio bien podía obligar á las empresas á tener á disposición de los viajeros cuantos datos oficiales fueran menester. Esto parece mentira que



no se le haya ocurrido á ningún ministro. He dicho todo lo que antecede, que ha sido demasiado, porque, según mi guía, en Zafrá

debía empalmar el tren mixto procedente de Mérida con otro mixto que, dirigiéndose por la línea de Huelva, debería morir en Fregenal. Y ¡que si quieres, Mariquita! Hacía muchos meses que se había suprimido tal mixto, y no había tal empalme, ni nos era posible ir á tales horas á Fregenal de la Sierra, y todos los cálculos se venían abajo en un momento.

Tuvimos, pues, que seguir por la línea de Sevilla hasta Llerena.

VIII

En cuya estación caímos en brazos de un señorito, al parecer, que, quieras que no, cargó con el exiguo equipaje y echó á andar á buen paso diciendo:

—Yo les llevaré á ustedes á una buena fondá.



ALMEDRALES.—Un rincón de la plaza y torre de la iglesia.

ciones de empalme, etc., etc., por lo que buenamente pueda averiguar preguntándose á quien lo sepa ó yendo á las estaciones á



ALMEDRALES.—Frente de la plaza.

No hubo más remedio que seguirle; y el hombre, en vista de aquella docilidad, sin duda inesperada, se hizo dueño de la situación y empezó á charlar con rapidez vertiginosa. Tanto habló en los diez minutos que duró la marcha, que estuve tentado de volver á tomar el tren, dándome por suficientemente enterado de cuanto me importaba averiguar



Puerta de la iglesia de Almendralejo.

— Ustedes vienen á comprar plata y oro viejo, ¿verdad?
 — No; somos periodistas.
 — ¿Periodistas? De *El Imparcial*, de seguro.
 — No, de seguro.
 — Pues aquí estubo hace un mes uno de *El Imparcial* con su mujer, una señora extranjera...
 — ¿De *El Imparcial* y con una señora extranjera?... ¡No caigo!



ALMENDRALEJO.—Calle de la Jara.

una iglesia blanca y con dos galerías con arcos en la fachada como ésta? Pues mire usted la torre... ¡Qué alta! ¿eh? Mire usted allá arriba, que tiene cuatro torrecillas en los costados y una más grande en medio... Parece la Giralda de Sevilla, ¿verdad?

— Sí, parece, sí; pero ¿está muy lejos la fonda?
 — Aquí á la vuelta. En la calle de Santiago, que es aquella que cruza.

Allí estaba efectivamente la fonda, cuyo título ignoro y que ocupa un edificio que ha sido anteriormente casino ó cosa parecida á juzgar por la distribución de las habitaciones. El señorito hablador dejó nuestros chismes, previa la oportuna consulta con el dueño, en un



LLERENA.—Bajo los soportales.



¡Una timonista!

— Les gustó mucho esto, y eso que no tiene nada de particular, ¿sabe usted? Un pueblo mu grande, mu grande y na ma. No hay antigñedades ni cosas de esas que yaman la atención en otros puntos... Esta calle por que entramos es la del Marqués de Valdeterrazo; se ve bien el letreiro, porque como está con azulejos, llena tó la esquina, y luego como hace una luna tan hermosa... Aquí no hay ahora más alumbrado que éste, porque van á poné la *létrica*, y cuando está la noche como hoy no se encienden los faroles. Esta es la plaza. Fíjese usted qué plaza tan hermosa y qué soportales tan blancos. Este edificio que ve usted á la entrada, y que parece un palacio propiamente, con sus corredores y too, es la cárcel. Aquel del otro lao es el ayuntamiento y allí tiene usted la iglesia. ¿Qué tal? ¿Á que no ha visto usted nunca



Iglesia de Llerena.

salón muy grande, lleno de camas (que nos hicieron temblar por el temor de la posible compañía impertinente que dificultara las operaciones de carga y descarga de la máquina fotográfica), y adornado con un espejo monumental y multitud de utensilios procedentes del casino ó lo que fuera.



—¿Qué tengo que darle á usted?—le pregunté.

—Lo que usted quiera.

—Hombre, no; usted dirá...

Por fin, comprendió el hombre que lo que á mí me detenía para salir del atolladero era su aspecto exterior, y añadió con una sonrisa:

—Yo soy mozo de equipajes, ¿sabe usted? Pero hoy he estado en una boda y vengo como usted ve... vestido de limpio.

Además de estar en una boda, á mí no me quita nadie de la cabeza que aquel hombre había estudiado el bachillerato, por lo menos.

Como la hora de llegada al parador era intempestiva hasta cierto punto (las diez y pico de la noche), en la cocina no había nada preparado y hubimos de contentarnos con una modesta sopa y una perdiz para los dos.

No hay para qué decir que no dejamos ni los huesos. ¡Dios la haya perdonado!

Amaneció en Llerena un día de Domingo de Ramos como no se ha gozado otro en toda la cristiandad.

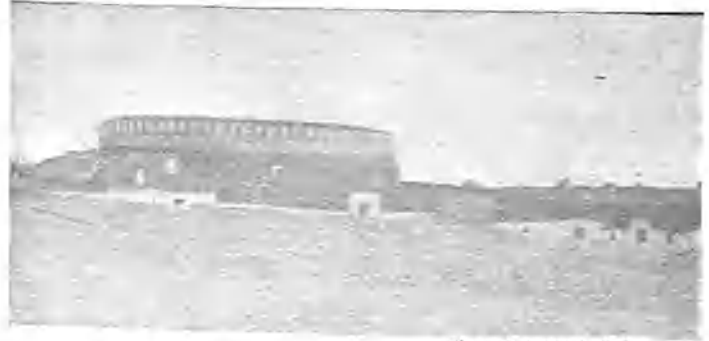
De la inmensa llanura verde venía una brisa cálida y cargada de aromas; de las huertas y jardines de la población se esparcía un olor á rosas que saturaba el ambiente; de la parroquia salía á raudales el perfume del incienso, y todo aquello llenaba la transpa-



ZAFRA. Torreón de entrada á la calle de Tetuán.

rente atmósfera, produciendo tal sensación de alegría que no parecía sino que el Hijo de Dios iba á entrar aquella mañana en Llerena, caballero en el borriquito, á predicar la buena nueva que había de salvar á los hombres.

Instintivamente penetramos en la iglesia, blanca, con corredo-



Plaza de toros de Zafra.

res, la de la torre altísima parecida á la Giralda, erigida bajo la advocación de Nuestra Señora de la Granada, en el momento en que los tres sacerdotes celebraban los divinos oficios, disponiéndose á la bendición de las palmas, y asistía á la ceremonia casi todo el elemento femenino de Llerena, que es de rechupete en su mayoría.

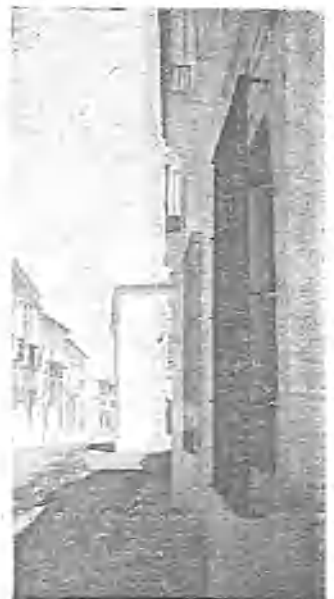


LLERENA.—Vendedor ambulante.

La entrada de dos forasteros en semejante guisa no podía menos de excitar la atención de los fieles, y tenemos sobre nuestras conciencias el remordimiento de haber hecho perder la devoción á una porción de jóvenes encantadoras que, sobre tener que purgar la falta con la penitencia, debieron sufrir el desencanto consiguiente al ver aparecer dos figuras estrambóticas (y perdóneme la infantil vanidad de Cilla) procedentes de lejanas tierras y... fuera de concurso.

Tuvimos, pues, que sustraernos á las miradas inquisitoriales que nos asateaban, mitad burlonas y mitad compasivas, y salir del templo, procurando hacer el menor ruido posible para no acabar de producir el escándalo.

Bajo un sol asfixiante recorrimos la población con los artefactos al hombro, renegando no tanto del calor como de la falta absoluta de asuntos. ¡Nada! Los mismos labradores que en todas partes, sin rasgo alguno característico, con sus trajes de día de fiesta, unos cuantos con los inevitables zafones; las mujeres ataviadas como las del resto del mundo, con el imprescindible ramo de flores en la cabeza, pisando fuerte y demostrando en la



LLERENA.—Calle de Santiago.



MÉRIDA.—Trazo romano del puente sobre el Guadiana.

sal de sus personas que han nacido á pocos kilómetros de la raya de Andalucía.

Las calles tortuosas, muy limpias; las casas blancas, muy brillantes; los patios con cancela enajados de tiestos al estilo de Sevilla, y los rótulos interminables con azulejos al estilo de Badajoz.



La población y sus habitantes participan por igual del carácter de Andalucía y de Extremadura, y lo menos la mitad se llaman *Manué*.

Vista la población desde las afueras, presenta un conjunto simpático y pintoresco; vense aquí y allá trozos de la derruida muralla que asoman las almenas entre el caserío, y quedan en pie por milagro algunas puertas antiguas que no tienen nada notable.

No puedo pasar en silencio dos incidentes que me han chocado mucho.

Un hombre con trazas de labrador acomodado, con sombrero nuevo, camisa recién planchada y traje negro muy aceptable, ¡mucho más aceptable que el que yo llevaba puesto por aquel entonces!



se nos acercó como quien quiere preguntar algo y salió de pronto por el registro siguiente:

—Cabayeros, ¿me hacen el favó de una limosnita?

Fué tal nuestro asombro que ni le contestamos siquiera, y el hombre siguió su camino sin añadir una palabra.

Poco después vimos venir un mozo que conducía del remal un borriquillo con una carga de agua.

Al llegar á nuestro lado soltó el ramal, dejó que la caballería menor siguiera en libertad y nos dijo con el tono más natural del mundo:

—¿Hay una limosnita, caballeros?

Claro está que no nos atrevimos á responder tampoco por lo extraordinario del caso, que no se explicarán de seguro los mismos llereneses que lean estos apuntes; pero el lance, ó por mejor decir los lances son rigurosamente exactos.

IX

Zafra está á un kilómetro próximamente de la estación del ferrocarril, distancia que se salva por un camino polvoriento y en el cual en el mes de Abril, al mediodía, se disfruta de una temperatura puramente africana. Santo Dios! ¿Cómo hará allí en el mes de Agosto?

Dejando la plaza de toros á la izquierda y un paseo chiquitín y coquetón á la derecha, se llega al Campo de Sevilla, en que viene

á desembocar la calle del mismo nombre, una de las principales arterias del pueblo, por la cual se va á la plaza de la Constitución ó plaza grande, rodeada de soportales que en lo de pertenecer á distintas épocas y en lo de estar blanqueados se parecen á los de todas las restantes plazas de la provincia.

Llegamos el mismo Domingo de Ramos, llevando todavía en el alma el perfume del incienso aspirado con delicia en la iglesia de Nuestra Señora de la Granada, y... nos pareció que no habíamos salido de Llerena.

Continuaba la misma alegría, el mismo ambiente aromático; faltaba únicamente la llanura. Zafra se recuesta (ésta es la palabra, porque no puede hacer otra cosa en aquella atmósfera caliginosa y somnolienta), entre colinas verdes en las cuales crece el trigo que es una bendición de Dios en espigas macizas y apretadas.

Al lado de la plaza de la Constitución está la plaza chica, ó de la Libertad, más antigua indudablemente, á juzgar por la forma de los característicos soportales, y de la primera parte de la calle de Tetuán, que viene á terminar en las afueras, en el Campo del Rosario, frente al pórtico de un convento.

La población estaba silenciosa, solitaria, como aletargada en aquellas horas de siesta... Por verla despierta, asistimos á una procesión *sui generis* que no recuerdo haber visto en Domingo de Ramos en ningún otro pueblo de España.



ZAFRA.—El palacio de los torreones.

Se formó el cortejo, á la caída de la tarde, á la puerta de una que á mí me pareció casa particular y que pudiera ser muy bien capilla de un convento, y rompieron la marcha unos cuantos mozos llevando sobre unas andas una especie de cama imperial adoro-



MÉRIDA.—Grupo de capillaistas.

nada con infinidad de ramos de rosas y claveles formando caprichosas combinaciones que la daban vistoso y raro aspecto. Seguían una pareja de la Guardia civil con bayoneta calada, el ayuntamiento (supongo yo), la charanga municipal y muy escaso público.

La curiosidad de ver lo que iba dentro de la cama imperial me hizo acercarme demasiado, porque era casi imposible satisfacerla desde lejos á causa de la aglomeración de ramos que casi por completo la cubrían, y vi con estupefacción que se trataba de una estatua yacente de Nuestro Señor Jesucristo entre ricas sábanas y descansando sobre otra urna de cristales estrecha y tan larga como el lecho, en la cual se encerraban



MÉRIDA.—Rincón de la plaza y torre de Santa María.



algunas docenas de borreguitos, bues y cabras de bisutería, de los que los niños usan como juguetes.

Fuimos á ver morir el día, gozando de una temperatura deliciosa, en el paseo del Campo de Sevilla. De tantas mujeres hermosas como hemos visto asomadas á los balcones durante el paso de la procesión no habían acudido más que dos... Pero iban detrás cuatro jóvenes del sexo contrario apuestos y galanes, dos para cada una.

¿Qué significará aquello?

¿Cómo es que el Domingo de Ramos hacen en Zafra el cuerpo inerte del Redentor del mundo, que sólo adoran los devotos el día de Viernes Santo en la procesión llamada del Sepulcro? ¿Y por qué le adornan con tal cantidad de flores?

Mi patrona, que es vizcaína, no ha sabido sacarme de la duda, y en ella tengo que dejar á los lectores. El hecho tendrá alguna



MÉRIDA.—Fuente de Carliá, en el camino del lago de Proserpina.

Tuvimos, pues, que concretarnos á bendecir á Dios contemplando la naturaleza espléndida y á murmurar de lo mal repartida que está la dicha en este mundo.



DON BENITO.—Detalle de la plaza.

explicación ó acaso no tenga ninguna, (vaya usted á saber), pero por falta de tiempo no puedo buscarla.

Hay en Zafra un monumento verdaderamente notable: es un castillo que se conserva admirablemente y forma parte integrante de la población. Le llaman allí *el palacio de los torreones* y en él está instalado en la actualidad un colegio de primera y segunda enseñanza.



Labrador de Zafra.

Cilla, que, por razón de su oficio, está acostumbrado á fijarse mucho en los detalles exteriores, me ha hecho observar que en Zafrá, aquel día al menos, no había más barbas que las nuestras. El que no se afeita por completo, se deja, á todo tirar, el bigote.

Apunto el dato, aunque carece de importancia, y me dispongo á volver á Mérida en el mixto de las siete de la mañana, si ustedes no mandan otra cosa, y si no hay un nuevo error en la guía de ferrocarriles.

X

Así como otros adoran exclusivamente á las rubias, yo adoro á las rubias, á las morenas... y á los romanos.

Me producen siempre admiración intensa aquellos hombres verdaderamente hombres que han sabido dejar en todo el mundo huellas de su paso por la historia, tan hondas que no han podido borrarlas los siglos. Legisladores incomparables, guerreros vencedores de todos los ejércitos, artistas grandes en el pensamiento y atrevidos en la ejecución, pusieron su mano varonil y enérgica en toda la tierra conocida, y aún se conservan casi intactas las señales.

Y más que en lugar alguno, en Mérida.

Largas horas he pasado contemplando las ruinas de la *naumaquia* y del anfiteatro, la obra gigante del lago de Proserpina, el museo y el acueducto, y he sentido pena, profunda pena, al ver el abandono en que el Estado tiene semejantes maravillas, que debieran conservarse como oro en paño para admiración de las gentes. Allí, cerca de los montones de escombros, sentado entre los trigos que un utilitarismo exagerado ha sembrado para afeitar los portentosos restos, hubiera quedado un día entero en éxtasis reconstruyendo las galerías llenas de espectadores de la ensangrentada arena removida por las fieras ansiosas de víctimas, el griterío de la muchedumbre, los rugidos de los leones, la anhelosa respiración de los gladiadores defendiendo sus vidas...

De lo que en Mérida llaman *naumaquia* no quedan más que algunos paredones y una puerta de entrada descubierta en una excavación reciente. Hay dudas del destino que se dió al edificio. Creen unos que se dedicó exclusivamente á los combates navales, y se fundan en que á él va á parar el acueducto; opinan otros que aquél era el verdadero circo, apoyándose en la disposición de las gradas, que á juzgar por los vestigios debían rodearle por completo, y en la forma de la puerta de entrada descubierta.

Los que sustentan esta segunda opinión creen que lo que se llama anfiteatro, y que está precisamente al lado de la *naumaquia*, era teatro no más destinado á la representación de farasas.

En efecto, este anfiteatro se conserva casi entero. Tiene la gradería, en la cual pueden contarse los asientos, una forma semicircular perfecta, con dos puertas monumentales en los extremos del semicírculo, puertas que dan acceso á una amplia galería de que parten á su vez otras cuatro más estrechas que la cruzan, teniendo una entrada al exterior y otra en la parte central de las gradas. La disposición es igual ó muy parecida á la de nuestras plazas de toros.

Forma el otro semicírculo una sola tapia, que parece destinada á limitar el escenario ó plataforma en que se representaban las tragedias al aire libre.

Á juzgar por la abertura de los arcos de las puertas principales y por la inclinación ó rampa de las accesos, se comprende que bastará practicar en todo el circuito una excavación de tres ó cuatro metros para descubrir completamente el anfiteatro, que debe estar entero. Otro tanto sucede con la *naumaquia*. Con

sólo dar ocupación á unas cuantas docenas de braceros durante seis meses, se descubrirían del todo ambos monumentos.

Ya que el Estado no puede ocuparse en esas cosas, por los legendarios apuros del erario público, ¿por qué no piensa algo en el asunto el ayuntamiento de Mérida?

Con una cantidad relativamente insignificante consignada en sus presupuestos, podría envanecerse de haber dotado á la patria con dos reliquias de inestimable valor histórico, sobre todo teniendo en cuenta que el dinero empleado en las obras sería reproductivo, por la importancia que adquiriría la población sobre la que ya tiene, y porque de todas partes afuirían viajeros á admirar entrambas maravillas.

Pero, ya que no esto, cuide un poco de que por abandono ó incuria no se pierdan completamente, y haga desaparecer aquellos sembrados, que no valen el sentimiento que causan.

XI

Hasta hace pocos años, cuantos descubrimientos de estatuas, lápidas, sepulcros, aras, monedas y cacharros se hacían en Mérida, cosa que ocurría á diario, se desperdigaban á voluntad de los descubridores, hasta que un alma caritativa y entusiasta de los recuerdos históricos tuvo la excelente idea de habilitar dos pequeñas salas donde pudieran reunirse y guardarse.

A estas dos salas llaman *el Museo*, y en ellas puede recrearse el aficionado á curiosidades arqueológicas. Llamen especialmente la atención los restos de estatuas. Hay dos de mujer, de tamaño doble del natural, que son dos prodigios de escultura; las figuras majestuosas, esbeltas, de una severidad y grandeza inimitables, los paños labrados con delicadeza tan exquisita que no se concibe nada más elegante y airoso, las formas que se adivinan de una belleza incomparable...

Entre otros muchos objetos de uso común, como candiles, anforas, urnas y espejos, vi un anillo pequeño de oro que á primera vista no tiene nada de particular, pero fijándose mucho acaba por descubrirse, como único adorno, una cabeza de guerrero del tamaño de una cabeza de alfiler, trabajada con tal minuciosidad que no falta un detalle.

¿Qué casta de hombres era aquella, capaz de llevar á cabo obras de la grandeza del acueducto, del puente, de la *naumaquia* y del anfiteatro, y al mismo tiempo de la artística finura y menudencia del anillo de oro, para que unas y otras resistieran firmes el azote de dos mil años, luchando contra la acción demoledora del tiempo y contra los salvajes atropellos de los hombres?

De intento he dejado para el final el relato de nuestra excursión al lago de Proserpina, excursión que por sí sola merece el viaje á Mérida y... al fin del mundo.

Distá el lago de la población unos cinco kilómetros de un camino accidentado y pintoresco, desde el cual puede seguirse con la imaginación el trayecto infinitamente mayor que recorría el acueducto monumental para recoger las aguas en la charca.

Está el lago en las primeras estribaciones de los montes de Mérida, famosos por sus cacerías de ciervos y jabalíes, y abundan en sus alrededores perdices y liebres.

Cuando se le alcanza á ver al otro lado de la colina que domina la ciudad se le caen á uno los pelos del sombrero, porque no parece más que un charco grande como otro cualquiera.

Pero á medida que se aproxima, cuando comprende lo gigantesco, atrevido y original de aquella obra de hace veinte siglos, que



Portal de una casa en Don Benito.



se conserva sólida y fuerte como si se acabara de hacer ayer por la mañana, quedase el espectador clavado en la arena de la orilla por la admiración y el asombro.

Figúrase un profundo barranco de la montaña, á que afluyen naturalmente las vertientes de las cumbres vecinas; figurase que hubo un hombre á quien ocurrió el pensamiento de detener las aguas cortándolas el paso en mitad del barranco por un espeso muro de piedra, y figurase cómo será ese muro. La mole de granito erguida y firme sobresale en épocas normales cuatro ó cinco metros del nivel de la charca, pero en tiempo de lluvias y cerrados los bocines de desagüe puede formar un depósito de algunos kilómetros de circunferencia y contener la cantidad de agua suficiente para abastecer durante mucho tiempo á toda España.

Estos bocines, á los cuales se desciende por una escalera estrecha, dan idea por su profundidad de la altura y el espesor imponente del muro de contención. En uno de los bocines existe todavía, y ha funcionado hasta hace poco, la llave romana; el otro tiene la particularidad de que ha crecido entre las juntas de las piedras de la escalera una higuera cuyas raíces, al aire libre, toman la forma de los peldaños para perderse en el oscuro abismo, y cuya copa alcanza la parte superior del edificio.

Pero no para en eso la grandeza de aquella construcción prodigiosa. Para dar mayor consistencia al muro, los romanos pusieron detrás de él, como si fuera la cosa más sencilla y hacedera del mundo, una montaña, una verdadera montaña! Sin fijarse en la disposición natural del barranco, no se cae en la cuenta de que aquella colina es artificial y que se ha formado allí por un trabajo de titanes.

¿Cuántos hombres, cuánto tiempo, cuántos y cuáles medios de transporte fueron necesarios para llevar á feliz término aquella obra asombrosa? Esta consideración da escalofríos.

No he podido fijar el punto probable en que el lago se comunicaba con el acueducto, porque no queda el menor rastro, así como se conserva íntegra la abertura de desagüe superior; desagüe que se aprovechaba para el riego de un valle frondoso.

En la actualidad hay en la charca abundante pesca, aunque de una sola clase de peces, la carpa, que es muy fina y sabrosa. El ayuntamiento de Mérida tiene arrendado el lago y se desliza por las aguas tranquilas la barquilla de los pescadores que tienden las redes...

Al verlos acercarse lentamente al muro, no pude menos de imaginarme el gesto de estupefacción que harían sus constructores si, asomándose de pronto por la mole de piedra, vieran llegar á aquellos hombres con sombreros anchos...

Dirían, de seguro:

— ¡Por Júpiter! ¿Qué bichos serán éstos?

XII

Así como el último tratado con Francia perjudicó grandemente á los cosecheros de vinos, el celebrado con Alemania destruyó casi por completo la industria de la fabricación de tapones de corcho, que era una de las más florecientes de la provincia.

Hemos visitado los talleres de una fábrica, y allí, donde bullían centenares de obreros, reinaba entonces la soledad más espantosa. Los almacenes vacíos, las máquinas paradas, las salas desiertas, las tuberías del vapor embebidas, los émbolos del motor quietos y llenos de herrumbre... El cuadro no podía ser más triste. Funcionaban únicamente unos cuantos aparatos, los suficientes para que pudiéramos darnos cuenta de las sencillísimas operaciones de la industria.

Llega la corteza del alcornoque preparada, seca y extendida en láminas; en seguida se procede á la separación de clases, según la mejor ó peor calidad del corcho, y por medio de cuchillas que corren horizontalmente se divide cada lámina en una porción de tiras iguales. Estas tiras pasan después á otras cuchillas que las convierten rápidamente en cuadrados perfectos, y estos trozos entran, por último, en unas garlopas de sencillísimo mecanismo que con extraordinaria facilidad los redondean dándoles la forma del tapón corriente.

Asusta el pensar cuántos millares de tapones podría producir diariamente la fábrica, siendo así que con solas cuatro máquinas y otros tantos operarios vimos salir en pocos minutos de la última garlopa infinitas docenas...

Otra de las curiosidades de Mérida, á su modo, es la imprenta en que se tira el semanario *La República*.

Tiene una sola máquina, pequeña, sencilla, movida á mano, pero tiene al frente un hombre originalísimo, digno de estudio, enamorado de su arte, que hace verdaderos prodigios con ella. Este hombre, el Sr. Corchero, ha realizado el milagro de conseguir, casi sin elementos, lo que á duras penas se alcanza en los establecimientos mejor montados, como se dice ahora.

He visto tirar con aquella máquina, casi primitiva, hasta fototipias, pero no así como se quiera, sino de una limpieza y perfección extraordinarias. ¿Qué más? Es la única imprenta de las que hasta la fecha oíó en que se dispone de caja para componer máximas con caracteres tipográficos, y se compone efectivamente á diario, en grandes cantidades, resultando la composición y la tirada relativamente fáciles y extraordinariamente económicas.

Por último, el Sr. Corchero ha inventado un aparato de utilidad innegable que he visto funcionar y de cuya conveniencia en la práctica respondo. Trátase de un mecanismo superpuesto en la máquina, que empuja automáticamente y con admirable precisión, hoja por hoja, el papel que ha de caer entre los rodillos y la platina. Esta operación se hace ahora en todas partes, menos en Mérida, empleando un obrero que aparta y prepara las hojas; con el aparato del Sr. Corchero basta colocar en la tabla superior el papel necesario para la tirada y... la máquina lo hace todo.

Pero no se reduce á eso el invento. Además, por medio de una ingeniosa combinación de rodillos, más admirable puesto que ya he dicho que la máquina de que dispono no puede ser más sencilla, puede hacerse á un mismo tiempo y en distintos colores el rayado y la tirada... El Sr. Corchero ha pedido y obtenido patente de invención en España, Inglaterra, Francia y Alemania. Dentro de poco, ó mucho me engaño, la separación y distribución del papel se hará automáticamente.



XIII

Pedían agua con mucha necesidad los labradores extremeños.

Decían que sin ella corrían peligro las cosechas de cereales, y decíame yo que milagro había de ser que no lloviera, puesto que el cielo, para probarme la paciencia en las excursiones, me ha puesto nutrida escolta de nubes.

Efectivamente, cubrieron el cielo durante el paseo al lago de Proserpina y descargaron de firme al entrar en Don Benito y durante nuestra permanencia en esta población.

Mucho lo siento, porque no pude obtener fotografía alguna, ni pasable siquiera; pero libreme Dios de renegar... ¡Perezcan las placas con tal que se salve la agricultura!

Por otra parte, Don Benito es una persona, digo, un pueblo muy grande, con algunos buenos edificios, extensos paseos y calles muy cuidadas; pero no tiene nada de particular absolutamente.

Obsérvese en él que van desapareciendo los pocos rasgos típicos de la región extremeña y dibujándose los de Castilla. Ya no hay rótulos de azulejos, ni patios, ni apenas zafones... Gastaban antes los hombres unas gorras ó monteras especiales de que ya no se encuentran ejemplares fácilmente, y visten ahora, la generalidad, de calzón corto y polainas de paño pardo. Vense también algunas anguarinas.

Otro tanto sucede en Cabeza del Buey, también de numeroso vecindario, ya cerca de la montaña, y cuyos grandísimos tejados rojos le dan cierto parecido con un apiñado y enorme montón de cangrejos cocidos.

Ya que la mayor parte de esta crónica se la he dedicado, á la fuerza, al servicio de ferrocarriles, no quiero concluiría sin hacer constar un detalle curioso.

¿Cuánto crearán ustedes que cuesta un billete de primera clase de Madrid á Badajoz?

Cuarenta pesetas.

¿Y desde Don Benito á Madrid?

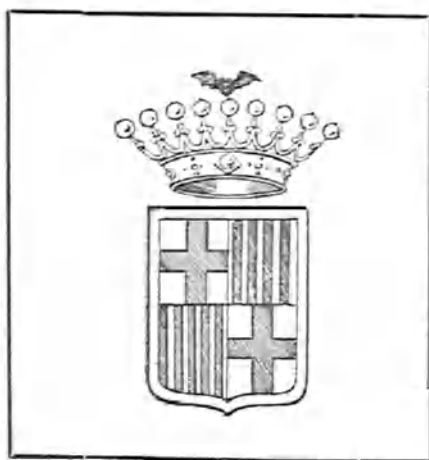
Cuarenta y cinco pesetas noventa céntimos.

Es decir, que yendo cien kilómetros más allá, por la misma vía, se ahorra uno un duro y pico. ¿Hay cristiano que entienda contra-sentido semejante?

Pues es tan verdad como el evangelio de la misa.

¡Dígoles á ustedes que Compañía de ferrocarriles más chusca que la de Madrid á Badajoz no inventa otra el propio Sr. Corchero!





BARCELONA



BARCELONA.—Arco de Triunfo.

I

Aristides Saccard, el interesante protagonista de varias novelas de Zola, llega á Paris, en *La Curée*, pobre y ansioso de poderío y riquezas, y contemplando la gran ciudad desde el ventanuco de su guardilla, tiende su mirada de ave de rapiña por su extenso perímetro y sueña. Ve millares de trabajadores, armados de piquetas, abrir inmensas plazas y anchas vías derrumbando viejos caserones y arrasando barrios enteros, y levantar como por encanto palacios suntuosos y casas magníficas, y acometido por la insaciable fiebre del negocio, adivinando ríos de oro en el desarrollo del vasto plan acariciado en sueños, con el corazón saltando del pecho, con los ojos fuera de las órbitas, tiende sus descarnadas manos sobre la capital de Francia y dice:

—¡París, serás mía!

Pensando en Aristides cerró los ojos á las maravillas que se le presentaban al entrar en la ciudad condal, como la llaman invariablemente los gacetilleros, y quiso abarcarla toda entera de una ojeada. Desde la alta cumbre del Tibidabo, viendo á sus pies aquella población grandísima ocupando algunos kilómetros, enfrente el Montjuich como avanzado centinela, á la derecha la inmensidad del llano cuajado de caseríos, torres y pueblos, y á la izquierda la otra inmensidad del mar, considerando que allá abajo resoplaban incesantemente innumerables y poderosas máquinas y martilleaban día y noche millares de obreros, que se agitaba y bullía la multitud entre el traqueteo ensordecedor de los telares, pululando en los vastos almacenes, vigilando las prensas, inundando el mundo con los productos de su industria, atropellándose en el continuo trajín del comercio, y que allí estalla de tarde en tarde la horrorosa lucha siempre

latente entre los desheredados que pretenden reformar la sociedad por medio de crímenes salvajes y la sociedad que se defiende tomando represalias sangrientas, pensó dominarlo todo también y quiso atreverme á exclamar:

—¡Barcelona, serás mía!

Pero ¡ay, no! ¡No ha sido mfa Barcelona! Se necesitan para abarcarla, para sujetarla, para comprenderla un cerebro privilegiado, un golpe de vista excepcional, un instinto de asimilación de primer orden, cualidades que no puedo tener la dicha de reconocerme...

Extasiado ante aquel magnífico panorama, adormecido por los aromáticos perfumes de la campiña y los frescos esluvios del mar, fué borrándoseme poco á poco la idea de la ciudad populosa erizada de campanarios y torrecillas y desvaneciéndose y esfumándose el cuadro del apiñado y numeroso caserío. Parecíame ver, recostado al sol, entre colinas verdes, en la extensa llanura, un pulpo enorme, de cuerpo pequeño, deforme y asqueroso, que ha ido

extendiendo en el transcurso de los siglos sus colosales tentáculos cuajados de brillantes. Sorbió el monstruo con su boca sucia, que se abre con voracidad inextinguible sobre los muelles del puerto, torrentes de oro que le llegaban en flotas de todas partes, y digirién-



Un sereno.



BARCELONA.—Pabellón del Tibidabo.



BARCELONA.—Torres de la catedral.

dolos admirablemente, fué engordando sin cesar en asombrosas proporciones, crecieron sus tentáculos resplandecientes, tersos y limpios en los barrios centrales, se alargaron en infinitas bocas por la soberbia riqueza del ensanche maravilloso, y absorbieron y chuparon los pueblos que se pusieron á su alcance.

Así han caído en su poder Hostafranchs y Sans, Bonanova, San Gervasio, Gracia, San Martín de Provensals, etc., etc., y seguirá creciendo y alargando sus extremidades doradas, y trepará á las montañas, y se apoderará de Sarriá y Valvidrera, y saltando á la llanura será dueño y señor de todo el litoral, que le rendirá pleito homenaje.

II

Descendamos de las alturas y penetremos en las entrañas del pulpo.

Séase el cuerpo, siguiendo con el símil, si á ustedes les parece, el barrio de Atrazanas. Parece mentira que aquellas callejuelas estrechas, cubiertas por la pátina del tiempo, sean la base de la ciudad tan floreciente y próspera. Diríase que los ayuntamientos han querido conservarlas como recuerdo de la población primitiva para que sea más fuerte el contraste. Ocupan una gran parte de este barrio, la más cercana al mar, algunos

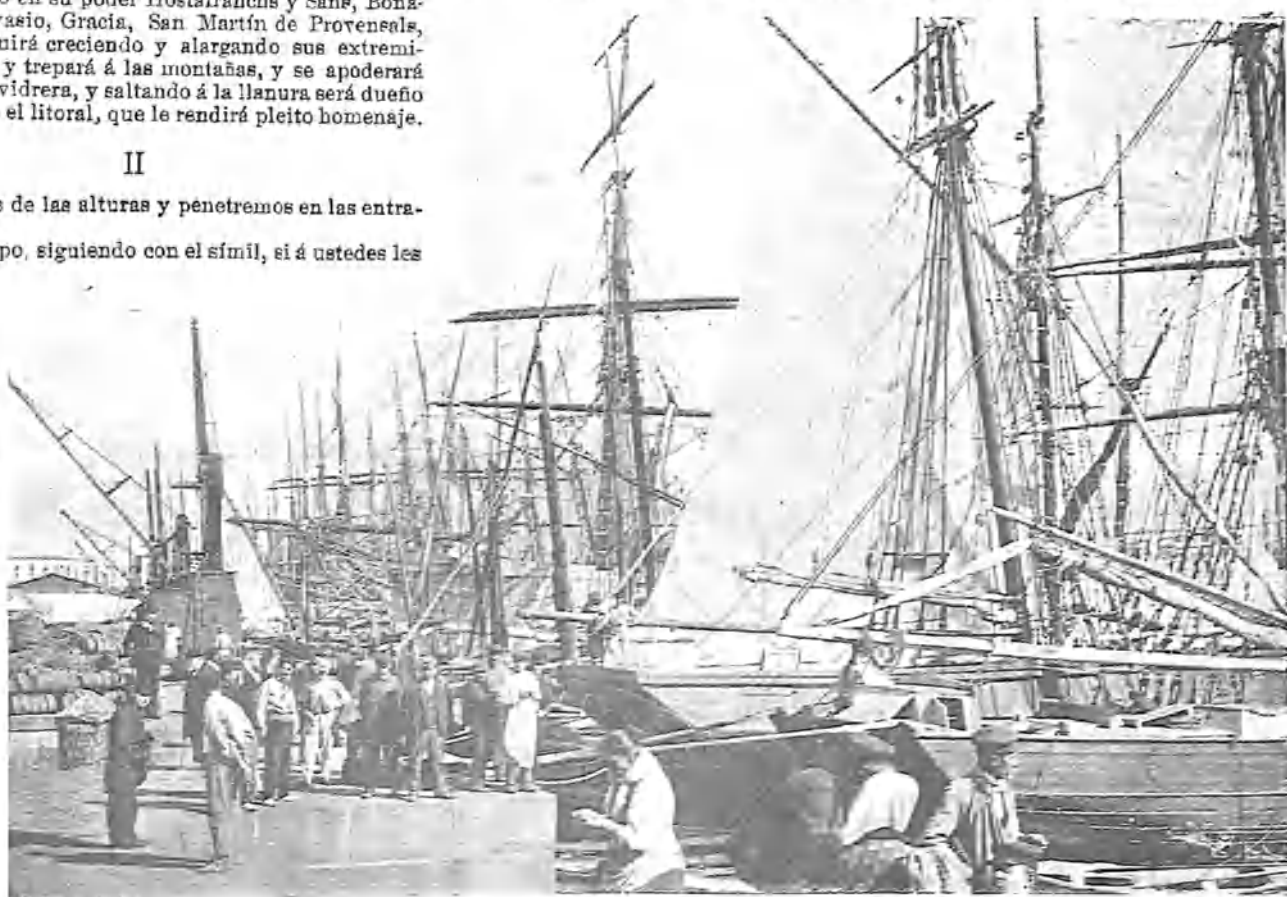
cuarteles, y como aditamento indispensable de éstos y de las habitaciones de la marinería *trashumante*. calles enteras en que una casa sí y otra también están ocupadas por figones, hospederías, cafés económicos y... mujeres de vida mirada de la más ínfima categoría.

Estas mujeres no se parecen á las demás de su clase del resto del mundo. Son prudentes, calladas, casi tristes; están eternamente de plantón, día y noche, en puertas y balcones, ataviadas pobre pero *estrepitosamente*, con trajes tan raídos como llamativos, y excesivamente adornadas con menjurjes baratos. No molestan con ademanes ni palabras á los transeuntes, y más parecen condenadas á la vergüenza pública, amarradas á los quicios ó detrás de los hierros, que gente casquivana y alegre que se dedica á... lo que se dedica por arranques de su voluntad libérrima.

Es curioso el aspecto de cualquiera de estas calles, sombrías y silenciosas, adornadas, digámoslo así, por largas y nutridas filas de damas pintarrajeadas y mustias.

Allí al lado, sin contaminarse con semejante podredumbre, como si el cuartel sirviera para cerrar el paso, se extienden los grandísimos muelles, abarrotados de mercancías, ensordecidos siempre por el rumor de un tráfico incesante, que se prolongan por ambos lados, en semicírculo, hasta la boca del inmenso puerto, lleno de buques de todas clases y de todas las naciones.

El paseo de Colón, que empieza en una plazoleta en que se levanta sobre airosa columna la estatua erigida al descubridor de esa América que nos ha dado y nos dará tantos disgustos, y termina en la Barceloneta, es una anchurosa vía adornada de palmeras, columnas, estatuas y bancos monumentales, y viene á representar algo así como las fauces siempre abiertas del monstruo. A la derecha está el Montjuich (así llamado porque en otros tiempos servía de cementerio á los judíos), con su castillo formidable erizado de cañones, excelente defensa de la ciudad y el puerto, imponente fortaleza en cuyos sótanos se encierra á los presos políticos que caen bajo la jurisdicción militar y de los cuales suelen salir para ser fusilados en los fosos



BARCELONA.—Un rincón del puerto.

á los primeros albores del día. El Montjuich es una montaña alegre, y en su promedio está *Miramar*, deliciosa meseta desde la cual se domina el vasto panorama de la ciudad y del mar que la arrulla, y donde se ha edificado, para recreo de *touristas*, un *restaurant* donde se come admirablemente.

Enfrente, en el otro brazo del puerto, está la Barceloneta, cuya fundación data de mediados del siglo XVIII, barrio populoso de calles larguísimas, estrechas, tiradas á cordel, semejante á un tablero de damas, en que llega á fatigar la monotonía de las edificaciones. Hacen el servicio á la Barceloneta, para que lo aprovechen



BARCELONA.—Un puesto en la Rambla de las Flores.

los que no quieren ir en tranvía, unos vaporcitos llamados *golondrinas* que atraviesan el puerto con intervalos breves, cruzando entre los buques y pitando á cada paso estrepitosamente.

Y partiendo de la misma estatua de Colón para concluir en la plaza de Cataluña, dividen la Barcelona antigua las célebres y dilatadísimas *Ramblas*, centro del comercio, paseo obligado de todo el mundo, animadísimas, alegres, características... Son las *Ramblas* algo así como el corazón de la gran ciudad, á que afluye y de donde sale la rica sangre que corre por todas las arterias. En ellas están, profusamente diseminados, los kioscos para las venta de periódicos, estampas y folletos, las principales fondas,

los establecimientos más lujosos, los cafés más elegantes, los teatros Principal y de El Liceo, casinos, redacciones de periódicos, librerías, bazares, etc.

Las forman un ancho paseo central, entarugado á trechos, sombreado por altísimos y frondosos árboles. y dos vías laterales por las cuales circulan á todas horas multitud de coches tranvías, con imperial, que de ellas parten para recorrer grandísimas distancias en una complicada y extensa red que envuelve toda la capital del principado con tan admirable disposición que no queda barrio extremo ni pueblo adyacentes sin es te cómodo y barato

medio de comunicación. La Rambla de las Flores, así llamada, porque en ella se establece el mercado de flores todas las mañanas, es, cuando el sol se filtra entre el ramaje de los árboles y viene á descomponer sus rayos en vistosos colorines en los innumerables tiestos, macetas y ramos que á uno y otro lado se colocan en artísticos puestos, un jardín *sui generis* que por fuerza ha de llamar la atención de los forasteros por la novedad y rareza del espectáculo.

La Rambla de los Pájaros, donde también en tenderetes especiales se almanenan centenares de jaulas con prisioneros de distintas especies y colores que revolotean y pían incesantemente, es también un paseo alegre y curioso. Esta Rambla tiene por la noche la particularidad de que sus árboles sirven de albergue á algunos millares de gorriones, que cuajan materialmente las ramas, por cariño sin duda á los compañeros presos que han gemido debajo ó por el aliciente de las sobras de la comida. Sea por lo que fuere, lo indudable es que á consecuencia de la aglomeración de estos frutos alados suele caer de entre las hojas una lluvia menuda, y no de ámbar precisamente, que es una de las notas características de esta sección del paseo.

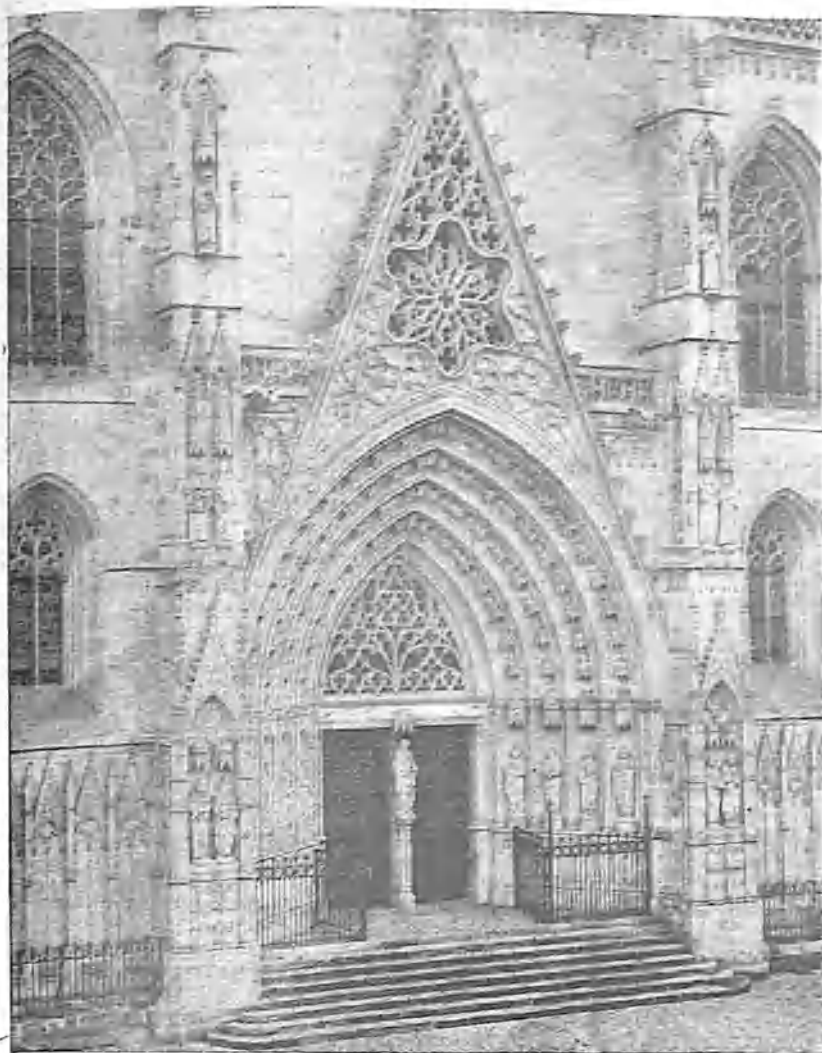
A uno y otro lado de las *Ramblas* se extiende la ciudad antigua, con sus calles estrechas y tortuosas, entre las cuales están enclavados el Consistorio, la Diputación (uno frente á otro), la



BARCELONA.—Mozo de las Escuadras.



BARCELONA.—Paseo del Parque.



BARCELONA.—Fachada de la Catedral.

plaza Mayor, muy capaz y muy limpia, la catedral, monumento antiquísimo y notable, y otra porción de edificios públicos, iglesias, dignos de mención... en una obra más extensa que la presente.

De estas calles que afluyen á las Ramblas la más importante es la de Fernando, larguísima, recta, bien empedrada, en la cual están establecidos los mejores comercios de todos los géneros de Barcelona y donde los comerciantes luchan noblemente para *presentar* los escaparates con mayor gusto y riqueza.

La calle de Fernando forma muy visible contraste con los callejones y encrucijadas á ella afluentes, tristes y lóbregos, y va á parar á una de las grandes avenidas que dan sobre el Parque.

Es absolutamente imposible, dados el escaso espacio y el poco tiempo de que desgraciadamente dispongo, dar cuenta detallada de esta barriada inmensa, elegante, magnífica, que, empezando en el Parque y las dos estaciones de ferrocarriles, viene á terminarse en la plaza de Cataluña y en los comienzos del ensanche. Es la representación de los primeros tentáculos del pulpo (y continúa el símil que, por lo visto, me ha parecido de perlas), formados por un jardín admirablemente dispuesto y cuidado, que se levanta en el terreno que ocupó la antigua ciudadela, con su cascada artística, admiración de propios y extraños, por palacios soberbios, por espaciosas plazas y anchas calles perfectamente urbanizadas.

Por la misma razón he de prescindir forzosamente de la descripción minuciosa del encantador ensanche, nueva ciudad adosada en pocos años á la antigua por arte de encantamiento... y á fuerza de millones, con su inmensa plaza de Cataluña, aún no terminada; el paseo de

Gracia, formado por verdaderos palacios casi en su totalidad; la incabable calle de las Cortes, de cinco kilómetros, sorprendente y magnífica; la calle de Aragón, en cuya parte central se abre profundísimo foso con sólidas paredes de piedra sillera, con puentes que sirven de comunicación á las calles transversales, foso en que se asientan las vías férreas de diferentes líneas y en que hay casi constantemente un tren en marcha; la amplia rambla de

Cataluña; las vías todas, en fin, orladas de casas de primer orden, con balcones y escaleras de mármol, con adornos, miradores, torcillas y filigranas que denotan extraordinaria riqueza y vida exuberante.

Por otra parte, tampoco adelantamos gran cosa con que yo intentara describirlo á ustedes. Aquello es necesario verlo y admirarlo. Ni el relato ni la fotografía pueden dar de ello la más ligera idea.

Cuando parece que ya no hay más allá, que todo ha concluido, empiezan sin solución de continuidad los pueblos, mejor dicho, las ciudades recientemente absorbidas por la poderosa zarpa del monstruo, ciudades de cincuenta mil, sesenta mil habitantes, de las cuales hice al principio relación sucinta. Para vencer, pues, hasta cierto punto, la dificultad de la narración hija del sinnúmero de cosas que merecen ser contadas,



Escambrairs.



BARCELONA.—Monumento á Colón.



Guardia municipal.



BARCELONA.—Un puesto en la ramita de los pájaros.

quiera Dios que, aun omitiendo infinidad de detalles, pueda salir medianamente airoso del apuro en que me coloca lo arduo de la empresa.

III

La catedral, suntuosa y magnífica, pertenece al orden gótico y data de principios del siglo XIII; consta de tres hermosas naves, de columnas airosas y arcos atrevidos, y en su interior penetra la luz por valiosas vidrieras de colores. En la capilla de Santa Eulalia, subterránea, situada debajo del presbiterio, se conserva el cuerpo de la mártir en una urna sustentada por columnas de jaspes. En el coro celebró Carlos V un capítulo de la orden del Toisón y pintados en los respaldos de los sillones están los retratos de los caballeros que asistieron á él. La fachada principal, verdaderamente notable, como podrán ustedes ver en la fotografía correspondiente, está aún sin concluir, y en su terminación se trabaja actualmente.

Cerca de la catedral, como apiñadas en el estrecho recinto de Barcelona antigua, hay otras varias iglesias: la de San Justo, que fué catedral antiguamente, gótica también, de una sola nave, cuya reedificación data del siglo XIV; la de San Miguel, la de Santa María del Mar, llamada así porque, según cuentan, estuvo situada á la orilla del mar, que ha ido retirándose en el transcurso de los siglos, hasta el punto de que ahora ocupa el templo casi el centro de la población. Es también gótica, hermosísima, de columnas esbeltas y arcos de un atrevimiento asombroso.

Y antes de dejar de hablar de edificios, á la descripción de los cuales no tengo la menor afición, debo hacer constar que una de las cualidades típicas de los arquitectos, maestros de obras y *geometras* barceloneses es la rapidez casi increíble en las construcciones.

Basten dos ejemplos.

No hace mucho llegó á la Península, triunfante en la campaña de Filipinas, el general Polavieja, y desembarcó en Barcelona. El Ayuntamiento de la capital tuvo la idea de recibirle levantando en su honor, á algunos metros del muelle, una reproducción de la puerta de Alcalá de Madrid... El milagro se hizo en

unas cuantas horas. ¿Cómo? Aprovechando la piedra, el ladrillo, la escayola, el lienzo pintado, (todo lo aprovechable! Cuando el barco que conducía al general entraba por la boca del puerto, todavía estaban de pie los andamios y faltaban muchos detalles de ornamentación en el monumento. Y al poner el pie en tierra los expedicionarios todo estaba listo, acabado, y al parecer con una solidez á prueba de bomba.

En Barcelona se celebró hace algunos años la única Exposición universal que ha tenido lugar en España. Aunque la capital del principado tiene muchas y buenas fondas, una empresa se arriesgó á construir un inmenso hotel capaz de albergar algunos centenares de viajeros. Pero se acordó tarde y hubo que improvisar el colosal edificio (en unos cuantos días!

Y se improvisó, y los barceloneses vieron sin asombro levantarse aquella mole elegante y magnífica, con amplios corredores, infinidad de habitaciones, patios, escaleras, baños, salones... con todos los adelantos modernos, en fin, como si hubiera tocado en la tierra la varita de un mago encantador.

El edificio se utilizó durante la Exposición, y terminada ésta fué derribado en un santiamén, como si se tratara de un sencillo juguete de que se hubieran cansado los niños de la casa...



IV

—¿Ha estado usted en Valvidrera?

—No, señor.

—¿Ha almorzado usted en Miramar?

—No, señor.

—¿Ha subido usted á la *bolu* de la estatua de Colón?

—No, señor.

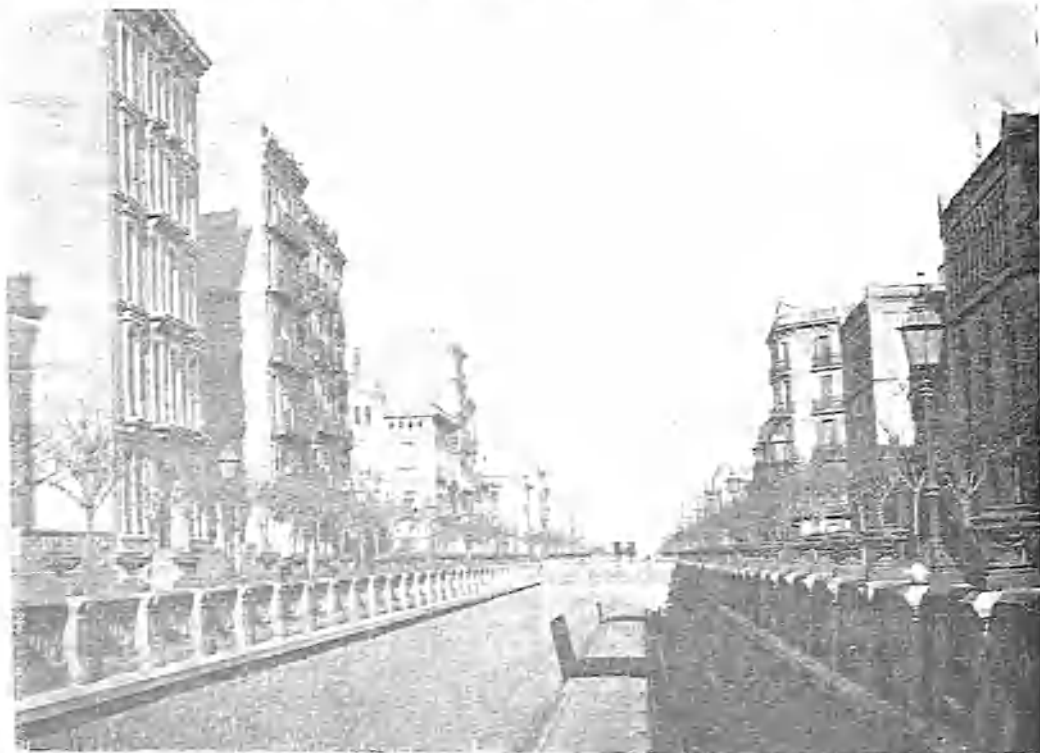
—¡Pues entonces no ha estado usted en Barcelona!

Claro que se puede estar en Barcelona sin subir á la estatua, ni almorzar en Miramar, ni acercarse á la cumbre de Valvidrera; pero no se lo creerán á usted, aunque lo jure sobre los evangelios, los que para visitar una ciudad han de seguir forzosamente la ruta establecida por la costumbre.

Cumplamos, pues, con las ordenanzas para evitar disgustos... y para tener el placer de admirar al gran pueblo desde tres puntos de vista distintos.

Para ir á Valvidrera se toma el tren de Sarriá, que sale de la estación de la plaza de Cataluña cada quince ó veinte minutos. Este tren recorre, protegido por una sencilla empalizada, algunas de las mejores calles del ensanche, entra en Gracia, donde tiene estación, y dejando después á uno y otro lado las apiñadas y coquetonas *torres* (que así se llaman las casas de recreo), llega á Sarriá á los pocos minutos de marcha.

Sarriá, que no tardará mucho en caer dentro del recinto de la ciudad, puesto que ya, á vista de pájaro, no hay solución de



BARCELONA.—Calle de Avinyó.

continuidad entre ambas poblaciones, es grande, tiene en su término monumentales edificios, algunas fábricas importantes y no pocas torres que parecen palacios. Necesita, sin embargo, pequeños arreglos de urbanización para perder el carácter de pueblo.

Allí, muy cerca de la estación, está la administración de coches que, en combinación con el ferrocarril, conducen a Valvidrera. Salen con intervalos de una hora, pero el que tenga prisa puede utilizar inmediatamente un carruaje... pagando todos los asientos á peseta cada uno.

La cuesta del camino es áspera, como que se trata de subir en zig-zag á lo alto de la montaña, y la pena que da considerar las fatigas de los pobres jacos, condenados á recorrer aquel endemoniado trayecto muchas veces al día, se compensa contemplando los magníficos y variados cuadros que se presentan á la vista á cada revuelta de la carretera, cuadros que arrancan al viajero involuntarias exclamaciones de asombro.

Poco á poco, á medida que la ascensión se verifica, va agrandándose Barcelona allá abajo, hasta que, por fin, desde la terraza del hotel *Buenos Aires*, situado en una cumbre, á la izquierda del extraño y pintoresco pueblecito de Valvidrera, se la ve grandiosa, enorme, rodeando el Montjuich, abrazando el ancho puerto, llenando la llanura y tendiéndose por el litoral en una extensión inmensa, tal y como ha sido descrita al empezar estos deslavazados apuntes.

Tienen razón los que dicen que el que no ha estado en Valvidrera no conoce á Barcelona... Por lo menos no la conoce en toda su maravillosa grandeza, no puede comprender su importancia y no disfruta de uno de los más bellos panoramas imaginables.

Hicimos el descenso á pie por un sendero áspero y pedregoso, de gran pendiente, que acorta mucho el camino. Por él viene á desembocarse en la carretera á poca distancia de Sarriá. Allí procuramos orientarnos para tomar el tranvía de vapor que había de retornarnos á la capital, y con este objeto preguntamos á un muchachuelo con quien topamos en una encrucijada.

El muchacho callaba como un muerto á nuestras preguntas, y por fin, asediado y obligado por tanta insistencia, salió del paso con esta frase que no admitía réplica:

—¡No sé castellá!

¡Her miosa confesión que debieran imitar noblemente muchos de nuestros más conocidos escritores, para evitarse y evitarnos quebrade-

Fragmento de "Las flores de Malta" de Clave



ros de cabeza! El tranvía de vapor, que se compone generalmente de cuatro coches de diferentes clases arrastrados por una locomotora cubierta que parece un monstruo con faldas, recorre su trayecto, que no es corto por infinitas calles y callejuelas de diferentes pueblecitos, empalmados ya con Barcelona, describiendo violentísimas curvas y haciendo sonar casi constantemente una campana que sirve de aviso á los transeuntes, y viene á terminar su carrera en la plaza de Cataluña, frente al teatro Eldorado y á dos pasos de la estación del ferrocarril de Sarriá.



Tranvía de vapor de Sarriá.

Aconsejo á ustedes que hagan esta excursión con el mismo itinerario, si por suerte fueren alguna vez á Barcelona.

Miramar, como ya he dicho antes, es una explanada situada en el Montjuich, en su parte media próximamente, y por lo tanto á mitad de camino del formidable y temeroso castillo. En esta explanada se han establecido varios restaurantes y casas para comer, con terrazas, *parterres*, cuartos reservados, etc., etc. Desde todos estos puntos se ve la ciudad como al alcance de la mano. En primer lugar el puerto, cuya grandeza y extensión sólo se comprenden vistas desde semejante altura, con un verdadero bosque de palos y chimeneas, y los muelles, que parecen hormigueros en que centenares de insectos van y vienen con su carga; enfrente las alineadas y altísimas casas de la Barceloneta, y á la izquierda la población inacabable tendiéndose entre la playa y los montes de Valvidrera y Tibidabo. A Miramar se llega en pocos minutos. En el final (ó principio) de la Rambla, frente al cuartel de Atrazanas, se estacionan algunos carricoches que le dejan á uno al pie del restaurantal-

to, por veinticinco céntimos, en menostiempos del que se emplea en contarlo, bordeando los amplios muelles de la derecha, negros por el carbón.

Por último, han de saber ustedes que la columna de bronce que sirve de base á la colosal estatua de Colón está hueca. En su interior funciona un ascensor que por



BARCELONA. — Paseo del Parque.



BARCELONA.—Coches finisecre.

el módico precio de una peseta sube con ustedes hasta la esfera dorada en que apoya sus enormes pies el navegante inmortal. Rodeando á esta esfera hay una plataforma con corredor, desde la cual se divisa uno de los panoramas más hermosos del orbe. No intento describirle porque sería repetir lo dicho. Conocida la situación de la estatua, en la *embocadura* de las Ramblas, al principio de un extenso paseo, al pie del muelle central y dominando desde grandísima altura todo el perímetro de Barcelona, se comprende que el cuadro que se ofrece á los ojos del espectador ha de tener innumerables encantos.

Y vamos á otra cosa.

IV

Los barceloneses están orgullosos, y tienen razón para estarlo, de su teatro del Liceo, uno de los mejores, y tal vez el mejor de Europa. No hay otro local destinado á espectáculos de esta clase más espacioso ni más ricamente decorado.

Se le destina exclusivamente á las representaciones de ópera y á los grandes bailes de Carnaval. Tiene cerca de mil quinientas butacas y más de ciento cincuenta palcos, en cada uno de los cuales hay un antepalco, que los abonados convierten en salón de recibir, adornándole y amueblándole con extraordinario lujo.

Por su inmenso escenario, dispuesto en punto á decoraciones y maquinaria con arreglo á los últimos adelantos, desfilan todas las notabilidades del arte lírico, pues el público barcelonés pasa por ser uno de los más inteligentes en música.

En el soberbio edificio que ocupa este teatro hay, además, un gran casino y un café público de primer orden.

Cerca del *Liceo*, en la misma acera de la Rambla, se levanta el Teatro Principal ó de Santa Cruz, construido á fines del siglo XVI, también grande y también decorado con gusto. Se hacen en él ge-



BARCELONA.—Voces de cuerda.

neralmente comedias y dramas. Cuando le visitamos nosotros una mediana compañía servía de pretexto para que una *stoile* parisién (así decían los carteles) cantase unos cuantos couplets desahogados, entre el aburrimiento del respetable pero escasísimo público.

Existen, además de éstos, el Teatro Romea, dedicado al arte dramático catalán, en el cual han brillado siempre autores y actores muy notables, descollando entre los primeros el célebre *Serafi Pitarra* (Federico Soler), de grandes vuelos, poderosa inventiva é ingenio fecundo, y entre los segundos el no menos célebre Fontova, que, al decir de los que le conocieron, era un prodigio de naturalidad, flexibilidad y talento escénico. Tomamos billetes para ver una función en este teatro clásico regional y... ¡oh dolor! hacían aquella noche un melodrama francés vertido... ¡al castellano! De modo que recibimos un desencanto por partida doble.

Los teatros de Novedades y del Tivoli, en que se cultiva ordinariamente la zarzuela, chica ó grande, ora modesta, ora de gran espectáculo; el Teatro Lírico, muy elegante, muy espacioso, rodeado de un bonito jardín con gruta artificial inclusive; el Circo Español, el Nuevo Retiro, vastísimo local en que, á mi juicio, caben más de diez mil personas, y cuesta un real la entrada para toda la noche, y algún otro que involuntariamente se me queda



BARCELONA.—Estudio de Masriera.

en el tintero. Este otro no es *Eldorado*, que de intento he dejado para el final porque en él me ocurrió una serie de aventuras cómicas que relataré brevemente, aunque no le importan á nadie, porque retratan el carácter catalán... y el mío.

Es de advertir que el susodicho *Eldorado*, amplia y bonita sala que tiene la entrada principal por la plaza de Calafía, es uno de los más acreditados de Barcelona; en él se dan á conocer al público barcelonés cuantas zarzuelitas alcanzan los honores de entrar en el repertorio, funciona casi todo el año y está explotado por la misma empresa del de Apolo de Madrid (en el cual se han estrenado casi todas mis obras, las más con éxito desgraciado y tal vez merecido), y del que tuve el honor de ser director artístico durante dos años, en los cuales me salieron bastantes canas.

Pues bien, con estos antecedentes fácil es comprender que yo me presentara en *Eldorado* con la alegría del que va á su casa, á encontrar personas conocidas y á disfrutar amplia libertad de movimientos.

Llegué á la hora del ensayo.

—No se puede pasar—exclamó de repente un portero que surgió entre las oscuridades del pasillo.

—Hombre, yo sí.

—¿Por quién pregunta?

—Por cualquiera, por el empresario, por el director de escena, por las tipleas, por el segundo apunta...

—No se puede pasar.

—¡Caramba! Avise usted que está aquí el director de Apolo, de Madrid, que viene á leer una obra.

—Pase, pase... ¡Haberlo dicho antes, hombre de Deu!

Y entré, suponiendo que la noticia correría como un rayo y no volvería á tropezar con dificultades. Volvimos aquella misma noche y nos dirigimos á la puertecita que conduce directamente al escenario.

Allí apareció otro portero.

- No se puede pasar.
- Mire usted que yo soy autor, aunque medianillo.
- No importa. Pida un volante en contaduría.
- ¿Y dónde está la contaduría?
- Por la otra porta.

En la otra porta vuelta á dar explicaciones á los recibidores de billetes y á sacar el cristo de la dirección artística de Apolo.

-No importe, tienen que pagar la entrada.

-Concho! Si no queremos ver la función, vamos á la contaduría.

-Pues dejen en prendas seis reales.

Dejamos los seis reales en prendas, y después de unas cuantas contestaciones secas y breves de los empleados con gorra de galones á quienes íbamos rogando que nos indicaran el camino, dimos con la contaduría.

-Buenas noches.

Silencio sepulcral detrás de la rejilla.

-Soy Fulano de Tal, ¿sabe usted?

Movimiento de cabeza del encargado indicando que le importaba tres cominos.

-Necesitamos entrar en el escenario á saludar al Sr. Tal y el portero nos exige un pase...

Pausa muy larga, casi eterna. Por fin salió por la taquilla una mano y con la mano un volante concebido en estos términos:

«Permitase la entrada al palco escénico á S. Delgado (el don, que estaba impreso, había sido tachado con tinta) y obra más (este otro era Cilla) que pasa á visitar á... que dándole absolutamente prohibido permanecer entre bastidores.»



[De modo que no sé para qué nos permitía la entrada al palco escénico!]

Cumplida esta formalidad reglamentaria y allanado el obstáculo, no hay para qué decir que mi primer cuidado fué suplicar al amo del cotarro que, puesto que yo podía ser considerado como de la casa, diera las oportunas órdenes para que entrara y saliera sin trabas ni expedientes. En eso quedamos y me marché á dormir con la tranquilidad del justo.

Volvimos al día siguiente al ensayo, ¡y aquí te quiero, escopeta! Dar dos pasos por el vestíbulo y aparecer gozoso y triunfante el portero de aquel lado, fué todo uno.

-¡No se puede pasar!

-¡Hombre! ¿Otra vez?

-Sí, señor; usted me dijo ayer que iba á hablar al Sr. Tal, y yo le observé desde aquí y ni habló usted con el Sr. Tal ni con nadie... Nada, nada, ¡no se puede pasar!

Y no se hubiera podido pasar efectivamente, ni con súplicas, ni con halagos, ni con amenazas, si no hubiera acertado á entrar en aquel momento un muchacho que ayudaba á vestir al director de escena, y á cuya poderosa intervención tuvimos que apelar.

Sin duda por un retraso explicable no habían llegado allí todavía las órdenes.

Donde habían llegado, pero terribles, inapelables y enérgicas, había sido á la porta chiquita, á la accesoria, á la del escenario.

Verificábase aquella noche el estreno de un sainete lírico que había obtenido gran éxito en Madrid, y tenía yo mucho interés en saber qué efecto hacía al pú-



SARRELL. — Una torre.

blico de Barcelona. Contaba para ello con tener localidades reservadas, y á recogerlas me lancé resueltamente al palco escénico sin volantes ni engorros.

-Buenas noches

-dije con una sonrisa cariñosa al portero de marras, como indicándole que le perdonaba que le devolviera de la noche anterior.

-¿Dónde van ustedes?—replicó el hombre, prescindiendo de la sonrisa.

-¿Tómala en brazos! Allí dentro.

-No se puede.

-¡Redios! Pero ¿no me conoce usted? ¿No se acuerda usted de que anoche me presentó el representante de la empresa?

-Sí, señor, pero no se puede pasar.

Y en este momento le tocó á él devolverme la sonrisita cariñosa con sus ribetes de sarcástica.

-¿De modo que hay que traer un pase?

-Mira, ya verán.

No hubo más remedio que repetir el paseo, dejar los seis reales en prendas y subir de nuevo á contaduría.

-¿Quiere usted hacerme el favor de otro pase para el escenario?

-No puede ser.

-¿Sabe usted quién soy?

-Sí, señor.

-Pues ¿qué inconveniente hay para darme el volante?

-Que no puede ser.

Y de ahí no le apeaban frailes descalzos.

-Pues entonces, ¿á quién tenemos que pedir permiso?

-Al empresario, mire.

-¿Y dónde está el empresario?

-En el escenario.

-¿No puedo enviarle un recado siquiera?

-No sé, mire.

Y el hombre volvió á su tarea con el decidido propósito de no contestar una palabra más.

Bajamos la escalera mohinos y con el escoror de la repulsa, y antes de volvernos á casa en tan mala disposición de ánimo decidimos hacer un último esfuerzo.

Pasaba un acomodador.

-Diga, ¿está por aquí el señor representante de la empresa?

-Arriba.

Y se marchaba sin esperar otra pregunta.

Pasaba otro acomodador.

-¿El representante de la empresa está por aquí?

-Abajo.

Y también se marchaba.

En vista de que no había modo de entenderse, nos dirigimos al depositario de los seis reales. Al menos aquél no podría moverse de la puerta.

-¿El representante?

-¡Hombre de Dent! ¡Pues allí está! ¿No le ven ustedes?

-¡Si no le conocemos!

-¡Que no le conocen! ¡Pero, hombre! ¡Si es aquel que está allí en medio, hablando con un señor alto, de frac!

-Sí, sí; muchísimas gracias.

Nos acercamos al que hablaba con el del frac.

-Mire, señor; yo soy el director artístico de Apolo, ¿sabe usted? (otra vez la dirección artística!) Tengo precisión de entrar esta noche en el escenario y el portero no lo permite de ninguna manera.

Oír aquello el dignísimo representante, echar fuego por los ojos, separarse violentamente del caballero del frac y llevarme á un rincón, fué casi simultáneo.

-¡Pero, hombre! ¿No ve que me está comprometiendo?

-¿Yo?



Fosa en el campo.



Barrio de la marinería en Villanueva.

—Sí, señor; ¿conque estoy diciendo á un abonado que esta noche no se puede pasar allá dentro por el barullo del estreno, y viene usted á decirme que quiere pasar?

—Pero ¿qué tiene que ver?...

—¡Calle, calle y ringal! ¡Pero me ha comprometido usted!

Por fin entramos, sudorosos, jadeantes, fatigados de aquella victoria sobre el portero conseguida en más de media hora de espantosa brega.

Dios y ayuda costó encontrar el empresario entre aquellos apiñados grupos de carpinteros, coristas y comparsas, pero todo se logra en este mundo... menos en Barcelona.

—¿Qué hay, amigo? ¿Desde dónde podemos ver el estreno?

—¡Ah! pero ¿ustedes querían ver el estreno?

—Si puede ser.

—¡No ha de poder! ¡No faltaba más! Á ver tú (á un dependiente), coloca á estos señores...

Y el hombre nos hizo subir por una escalerilla y nos colocó allá arriba, en un corredor del telar, entre las sombras, desde donde se veía perfectamente el reverso de la decoración. Allí nos quedamos colgaditos como dos cotorras y nos dormimos de pie como dos benditos.

Por eso no he podido saber nunca si gustó ó no gustó el sainete lírico en Barcelona.

¡Tiemblo al pensar lo que me hubiera sucedido si no llego á decir lo de la dirección artística!

IV

¡Burla burlando, he ocupado ya todo el espacio de que podía disponer para la descripción de la capital y... no he empezado todavía. A conse-



Casa Llorca en Valdepeñas.

cuencia de esto, los grabados irán de aquí en adelante más distanciados del texto de lo que fuera menester y el lector no va á saber á qué atenerse.

Mía no es la culpa, sino de las endiabladas condiciones en que se publican estos apuntes. Barcelona necesita centenares de páginas, y no voy á tener más remedio que concretar hasta lo inverosímil, suprimiendo, además, la mitad de mis notas de viaje.

Perdón... y adelante... ¿Qué se le ha de hacer?

Forman el Museo particular de Estruch, que dicho señor ha establecido en la planta baja de una casa magnífica á la entrada de la Rambla de Cataluña, numerosas y bien distribuidas colecciones de objetos

de combate, antiguos y modernos. Hay allí, ordenados y dispuestos admirablemente, armaduras, sillas, estribos, espuelas, lanzones, ballestas, espadas, alfanjes, puñales y cuchillos de todas las razas y de todas las edades. Armas fenicias, árabes, romanas, visigodas, chinas... Pistolones, arcabuces, cañones, escopetas, cartu-

ser reformado... Y llaman principalmente la atención, en el centro de la sala, una copia de un torneo á pie y á caballo, con figuras de tamaño natural, con trajes y armas auténticos, y otra de una acción de guerra en los tiempos modernos, con sus fortificaciones y ejércitos de combatientes.

Merece, pues, el Museo una visita.

Así como la merecen también, y muy detallada y con examen minucioso, los grandes talleres y almacenes de la Maquinista Terrestre y Marítima, que ocupan una gran parte de la Barceloneta.

Esta poderosa Compañía, que sostiene por término medio mil operarios, construye material de ferrocarriles y de buques, puentes, máquinas de vapor, etc., etc. Recibieron los encargados con amabilidad relativa, porque la absoluta no hay que buscarla en esta tierra del negocio, y en un día lluvioso y triste, que acababa de dar un aspecto verdaderamente infernal á aquellas inmensas fraguas, recorrimos las vastísimas dependencias y presenciábamos operaciones de titanes, que requieren un libro voluminoso y no escasos conocimientos técnicos para describirlas. Ni de una cosa ni de otra dispongo, y me es, por lo tanto, imposible descender al detalle.

La impresión que me produjeron los talleres es de las que no se borran fácilmente. Los innumerables hornos en que se forjan las distintas piezas de las máquinas, los enormes carros de hierro, grandes como palacios, que corren allá arriba, junto al techo de los almacenes, sobre rieles enclavados uno en cada pared, y sirven para trasladar de un punto á otro piezas colosales, como si fueran plumas; los ingeniosos y espantables aparatos en que se construyen tuercas y tornillos, las máquinas que sierran el hierro, candente con ensordecedor estrépito, levantando montes de chispas, el martilleo incesante,



Pregonero de Sans.

el trajín de centenares de obreros que van y vienen con lingotes rojos, empujando carretillas, moviendo fuelles, preparando moldes, machacando planchas... todo eso anonada, aturde, fascina y hace pensar en otra labor oculta, silenciosa, más grande y más admirable todavía: la labor de la inteligencia.

Se adivinan entre las sombras, lejos del ruido, algunas docenas de hombres que velan mientras los demás descansan, haciendo cálculos, midiendo líneas, quemándose las cejas, en una palabra, porque el error más leve puede causar á la empresa grandes perjuicios y hacer inútil el trabajo de la bulliciosa colmena...

En Barcelona se desconocen las tabernas.

En cambio, abundan que es una bendición de Dios los cafés de todas clases, desde los modestos y económicos de la Puda, en la Barceloneta, y los turgios de Atarazanas, hasta los magníficos establecimientos de las Ramblas y del ensanche. Los obreros pasan en ellos las horas de asueto jugando al dominó ó leyendo periódicos, y están siempre concurridos y animados, con un carácter especial que les distingue de los demás de la Península.

Son innumerables, y en su mayoría decorados con gusto y alumbraos esplendorosamente. Merecen especial mención, por sus condiciones raras, el Lion d'Or, situado junto al Teatro Principal, y el de Colón ó *pajarera*, en la plaza de Cataluña.

El primero consta de dos salones, uno de ellos decorado al gusto de la Edad Media, con panoplias, tapices, cacharros y muebles *ad hoc*, y otro, por cierto recargadísimo de adornos, al estilo moderno... catalán. En ambos se sirve el *rosbif* hecho á la vista del consumidor, pues la cocinilla, montada sobre ruedas, va y viene á todas partes, y las raciones se parten al llegar á la mesa en que han de quedar.



VILLANUEVA Y GELTRÚ. — Una noya y dos noys

El café de Colón es una vastísima sala en que se pierde la vista, con algunos centenares de mesas, con anchos ventanales que le dan aspecto de estufa, y con tan abundante iluminación que el inmenso foco deslumbra á grandes distancias. Tiene en el centro una araña monumental capaz por sí sola de alumbrar toda la plaza de Cataluña si se la colocara en la parte media.

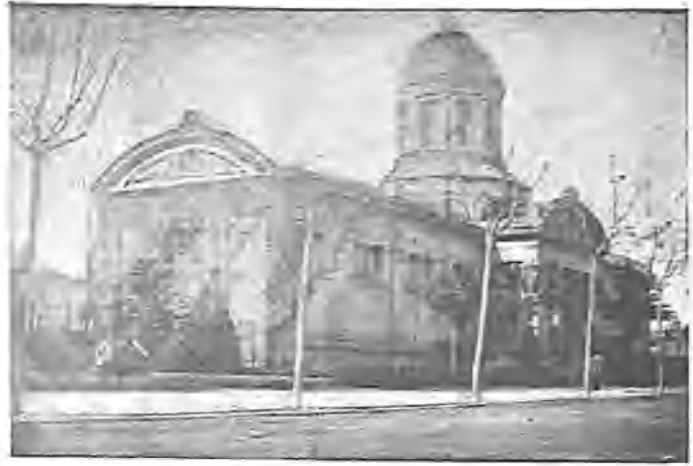
Pero lo típico de Barcelona, porque no ha podido aclimatarse en el resto de España, son los cafés cantantes.

De éstos los más notables son el *Eden Concert* y el *Palais des Fleurs*, cuyos títulos indican la procedencia y género de la diversión.

El *Eden Concert*, en el cual cuesta la entrada veinte céntimos por la tarde y una peseta por la noche, tiene su escenario chiquitín, unas cuantas filas de sillas de madera, algunos palcos laterales, mesas de servicio detrás de las butacas y una especie de saloncito detrás de estas mesas, reservado á los abonados y demás gente atrevida que se lanza á alternar allí con las cantantes...

De las cuales cantantes pueden decirse cuantas perrerías se quiera en lo que respecta á los gorgoritos, pero no en lo tocante á la moral, porque más incitan al recogimiento y á la oración que á otra cosa. Van apareciendo una tras otra en el escenario con trajes caprichosos, se recogen las faldas, mañan couplets atrevidos, procuran hacer ademanes picarescos, pero ¡ay! de una manera tan soza, tan *anodina*, tan sin sustancia, que más parecen colegialas en vacaciones que *divettes* descocadas y peligrosas. Confieso no haber visto cosa más aburrida.

Digo, sí, porque he visto las pantomimas con que terminan las funciones de tarde y noche. Aquello es verdaderamente insoponible, pesado y monótono. Y lo chocante es que el público, que no



VILLANUEVA Y GELTRÚ. — Biblioteca museo Balaguer.

parece español por la paciencia, se interesa con el argumento, goza con las bofetadas y aplaude frenéticamente el castigo del traidor.

Porque es de advertir que el asunto de estas diabólicas invenciones es casi siempre melodramático, con un solo elemento cómico, representado por el inevitable arlequín que, use el traje que quiera, sale siempre á escena con la cara embadornada de yeso, para que los espectadores sepan desde luego con quién y de quién deben reírse.

El *Palais des Fleurs* es más grande, pero de menor importancia. Tiene también sus abonados, pero la concurrencia es menos distinguida si cabe, y las cantantes son de menor categoría, que casi no cabe. Cuesta la entrada quince céntimos por la tarde y cincuenta por la noche, y allí he visto, durante una hora larga, una pantomima que terminó llevando á la horca al protagonista, con gran contentamiento de la numerosísima concurrencia.

Por último, en el café de Fornos, situado en la calle de San Pablo, también se canta... pero en castellano relativo casi siempre, y con la particularidad de que allí no hay escenario, sino un tabladiño en el centro del café, que obliga á las señoras ejecutantes á hacer graciosísimas evoluciones.

Porque para que todos los concurrentes disfruten de la copla hay que partirla en dos, pongo por ejemplo:

Sale una muchacha con mantón de Manila y dice dando frente á la mitad derecha del café:

«Yo he sido pitillera,
maestra de labores...»

En este momento se vuelve de espaldas y concluye dirigiéndose á la mitad izquierda:

«...y me crié en la caye
tan renombrada
de Embajadores.»

Con lo cual los consumidores se quedan á media miel, pero ven, en dos etapas, todo el cuerpecito jacarandoso de la artista. ¿Comprenden ustedes?



VILLANUEVA DEL PANADÉS. — Carro de transporte.



Lairador de Hospital.

V

En las oficinas de los grandes almacenes de *El Siglo* tengo yo un antiguo y buen amigo con cuya influencia contaba para visitar algunos establecimientos fabriles.

Con este motivo tuve ocasión de admirar este bazar, modelo en su género, en cuyas vastas dependencias hay de todo, lo que se dice de todo. Grandes talleres de sastrería, de modas, de sombrería, depósitos de muebles, de juguetes, de perfumería, de bisutería... en fin; puede entrar allí una familia y comprar cuanto se necesita para una casa que no tenga más que las cuatro paredes,



Un modernista.

vestirse de pies á cabeza y salir en bicicleta ó en coche. No hay en España establecimiento que pueda comparársele, porque abarca todos los ramos de la industria y del comercio; sus secciones, perfectamente organizadas, pueden servir en el acto cuantos pedidos se les hagan, sean del objeto ó los objetos que quieran.

Se albergan allí batallones de costureras, sastres, sombrereros, ebanistas, dependientes, ordenanzas y empleados de todas clases y categorías, por lo cual no fué cosa de coser y cantar tropezar con mi amigo, que, dicho sea de paso, nos sirvió inmediatamente, proporcionándonos cartas de recomendación eficaz, firmadas por los dueños de la casa nada menos.

Aprovechando una de ellas, y galantemente acompañados por el encargado de la fábrica, recorrimos la de hilados y tejidos de Batlló, establecida en Sans, previo un viaje entretenidísimo en el tranvía que parte de la Rambla y termina en la calle principal del pueblo, hoy barrio de Barcelona.

Sans es una verdadera ciudad de fábricas, cuyas chimeneas, formando apretado bosque, se divisan gallardas y humeantes desde muchas leguas de distancia. Apenas abandonamos el tranvía, oímos el sonido de una trompeta. El que la tocaba, que era el pregonero, se plantó muy cerca de nosotros y nos endilgó un discurso en catalán de qué, como es natural, nos quedamos en ayunas. Ni más ni menos que nos sucedió con todas las contestaciones de los transeúntes á quienes nos dirigimos preguntando la dirección que habíamos de seguir para llegar á la fábrica de tejidos.

Dimos, al fin, con ella, y ¡vive Dios que no nos pesaron las vueltas y revueltas que nos costó el viaje, aguantando una lluvia menuda que calaba hasta los huesos!

La fábrica de los Sres. Batlló es un pueblo grande en que tra-



Siger.

bajan ordinariamente dos mil obreros, mujeres en su mayoría, y, no viéndolo, no alcanza uno á formarse idea del espectáculo asombroso que presentan aquellos salones en que puede cómodamente un escuadrón lanzarse á la carga, y en que funcionan, impulsados por un poderoso motor de 200 caballos de fuerza, mil telares, nada menos que mill bajo una tupida red de correas que cubre materialmente el espacio, y con un ruido tal que sólo podrá parecerse el desquiciamiento del mundo.

Al pie de cada telar, con los ojos fijos en la lanzadera y arreglando cuidadosamente los hilos, está una mujer, de pie, mustia, cabizbaja, sobrellevando con heroica resignación aquel espantoso suplicio...

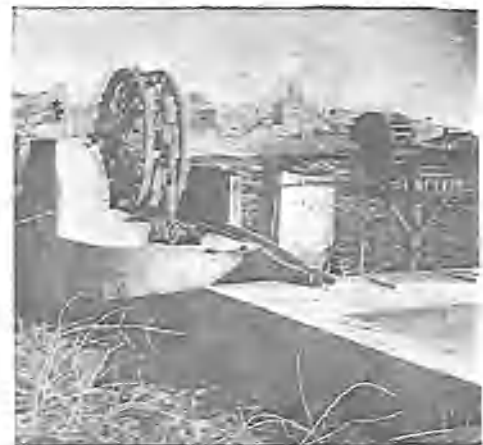
No asombran menos las salas de hilados, en que bailan millones de husos, manejados también por mujeres, en el incesante ir y venir de las correderas, con una velocidad vertiginosa y entre el

estruendo de la complicadísima maquinaria.

Curiosos son también los talleres de estampados, en que la tela, tendida sobre correas sin fin, entra bajo los rodillos, en que están grabados los más variados y caprichosos dibujos, y sale pintada, engomada y seca. Y, por último, no hay más remedio que admirar el motor, inmensa mole que ocupa un pabellón entero, con su volante de muchas toneladas que voltea incesantemente, haciendo retremblar el edificio...

Deploro no poder detallar más por las razones antedichas, y siento tener que callar todo lo relativo á la renombradísima é importante fábrica de alfombras y tapices de los Sres. Sert, hermanos é hijos, cuyos productos gozan de gran crédito en todos los mercados del mundo.

Llevaba yo para los Sres. Sert, etc., etc., mi correspondiente carta de presentación, y con ella en el bolsillo y con Cilla de acompañante (que tenía encargo de comprar un tapete de lo más



SITGES. — Una noria.

primoroso que hubiera), eché á andar por las intrincadas calles de la ciudad antigua, situadas á la derecha de la Rambla.

Nos presentamos á la puerta de la fábrica y expusimos nuestra descabellada pretensión al portero. Es decir, entonces no era descabellada; lo fué después, como se deducirá de la relación. El portero, á vuelta de algunos dimes y diretes nos hizo entrar en el almacén á esperar al encargado.

Este almacén es grandísimo, y en sus mostradores y estanterías, amplios aquéllos y perfectamente distribuidas éstas, están expuestas las manufacturas de la casa. Vimos allí, con el sosiego de la larguísima espera, mantelerías, tapices, alfombras, de finísimo tejido, de variados dibujos, de clases distintas... ¿Cómo harían todo aquello? La curiosidad nos espoleaba para entrar en los misteriosos talleres; pero el encargado tardaba, tardaba como un guardia de orden público en presentarse en el sitio de la reyerta.

Llegó al fin nuestro hombre, nos miró con cierta desconfianza y se paró á dos pasos esperando que rompieramos el silencio. Confieso que se me puso un nudo en la garganta ante la actitud majestuosa y dominante del recién llegado, que no supe decir palabra, y que á duras penas me atreví á sacar, trémulo y tembloroso, la carta salvadora.

Cogióla el buen señor, volvió á mirarnos de arriba abajo y se entró en el gabinete que sin duda le servía de despacho.

La carta tenía cuatro líneas; no exagero á ustedes si les digo que tardó quince minutos en enterarse y estudiarla con-



cienzudamente, quince minutos de angustia en que Cilla y yo nos mirábamos sin atrevernos á respirar. Al cabo de ese tiempo salió el respetable empleado con la cartita entre los dedos, se acercó lentamente á nosotros me devolvió el papel y me dijo con una sequedad indescriptible:

—No se puede pasar.
Ni más ni menos que el portero de Eldorado.

Y no aguardando réplica, que yo no me hubiera atrevido á darle, nos volvió la espalda y entró majestuosamente en el despacho sin más explicaciones.

Allí quedamos Cilla y yo, él con su encargo de tapete dentro del cuerpo y yo con la recomendación de los dueños de *El Siglo* en la mano, avergonzados, pálidos, confusos, perdidos entre los tapices y la mantelería, y dando gracias á Dios de que aquel hombre no nos hubiera dado cuatro cosecorrones encima.

Por aquel entonces, según los periódicos, estaba el jefe de la casa en Madrid, gestionando con no sé qué ministro no sé cuáles concesiones que habían de favorecer al comercio y á la industria catalanes...

¡Noble y santa misión que el Sr. Sert no hubiera podido cumplir si el Ministro hubiera estado con él tan amable, cortés y atento como el representante de los Sres. Sert, hermanos é hijos estuvo con nosotros!

VI

La prensa de la capital del principado, que por su circulación é importancia influye casi tanto como la de la corte en los negocios públicos, cuenta con buen número de diarios, de información



VILAFRANCA DEL PANADÉS.—Iglesia de Santa Maria.

extensa y rápida, y muchos semanarios ilustrados que en su parte material pueden competir con sus similares del extranjero.

Figuran en primera línea entre los primeros el *Diario de Barcelona*, *El Noticiero*, *La Vanguardia*, *La Publicidad*, *El Diluvio* y *Las Noticias*, que cuentan con abundante servicio telegráfico y activos corresponsales que les comunican cuantas noticias de interés llegan á las redacciones de los periódicos de Madrid algunas horas antes de que éstos las publiquen. Con lo cual se tiene conocimiento en Barcelona de los asuntos importantes tres horas antes que en la corte, porque es de advertir que los colegas barceloneses madrugan de un modo extraordinario, y á las cuatro y media de la mañana ya están inundadas las Ramblas de ejemplares de *La Vanguardia*, *La Publicidad* y *El Diluvio*.

Y antes que se me olvide, vaya un saludo para la vieja *Campana de Gracia*, célebre en los anales periodísticos, redactada en catalán, con profunda intención política casi siempre y verdadero derroche de ingenio cuando lo requiere el caso.

Hija legítima de la anterior es *La Esquilla de la Torratxa*, decano de los periódicos festivos, de índole puramente satírica, y en el cual han colaborado y colaboran los mejores escritores y dibujantes de Cataluña. Sus artículos y sueltos tienen, por lo común, verdadera gracia, y sus caricaturas han llamado poderosamente la atención en muchas ocasiones y han merecido los honores de la reproducción en multitud de periódicos extranjeros y nacionales.

Entre los ilustrados de otro género figuran *La Ilustración Artística*, *Barcelona Cómica*, *La Seta* y algún otro, cuyo principal aliciente es la abundancia de grabados, el buen gusto de la confección y las inmejorables condiciones del papel y de la parte tipográfica.

Porque hay que hacer constar que en impresiones y grabados Barcelona está á la cabeza del resto de las ciudades de España.

Para comprobarlo, y entre las muchas imprentas que hubiéramos podido visitar, escogimos la de Ramírez (ó Henrich y C.^{as}), que dispone de un verdadero palacio, construído de nueva planta para el objeto á que se le destina.

Son admirables, por su acertada disposición, los vastos salones destinados á las cajas y á las máquinas de distintos sistemas para las tiradas tipográficas, litográficas y fototípicas. Llamen la atención especialmente la litografía y la fototipia; la primera, por la delicadeza con que se *tratan* en la piedra colores y purpurinas, y la segunda, por el exquisito cuidado con que directamente desde el cristal pasa al papel la misma fotografía, con su finura de tonos y riqueza de detalles.

Hay, además, en locales independientes talleres de fotograbado montados á la última moda, máquinas especiales de ingeniosísimo mecanismo para la tirada de billetes de tranvía y de ferrocarriles, que salen de ellas á millares con su numeración correlativa y sus contraseñas correspondientes; grandísimos almacenes de papel, tinta y demás utensilios, y desvanes inmensos para secar.

La máquina engomadora y secadora ocupa también un gran espacio; es de extremada sencillez, pues consiste en unos rodillos sobre los cuales se extiende la goma líquida, entre los cuales pasa la ancha cinta de papel continuo, que se desenrolla y tiende por medio de ingeniosa combinación, recibiendo el calor del fuego lento que lo seca casi instantáneamente.

De la animación de todas las eslas no hay para qué hablar, puesto que siempre están ocupadas por un ejército de cajistas, marcadores, litógrafos, plegadores, encuadernadores, etc., etc.

La producción diaria de esta imprenta es enorme. De ella salen libros, periódicos, cromos, etiquetas, marcas de fábrica, sellos, láminas, cubiertas de cajas de cerillas, prospectos, billetes... todos los productos, en fin, de la tipografía, de la litografía, y de todas las artes y oficios similares y accesorios...

En fin... ¡da envidia!

VII

Y ahora vamos á entrar en un terreno resbaladizo al que no quisiera yo que me acompañaran señoras.

El sexo débil puede y debe pasar por alto este capítulo, de que no me es posible prescindir porque me he impuesto la tarea de dar cuenta de todo, aunque claro está que he de procurar salvarle con balancín y saliendo del paso con medias palabras.

Es el caso, púese, que la gente alegre ha hecho una leyenda en que se pinta á Barcelona como un París chiquito en lo que al vicio se refiere, y no faltan por esos mundos personas mayores que se hacen lenguas de los camarines de Venus, saturados de perfumes de Oriente, adornados con terciopelo y oro, espléndidamente iluminados, en los cuales atraen como sirenas engañadoras



HOSPITALET.—Una Alquería.



HOSPITALET.—Carr de fàbrica.

al desprevenido caminante mujeres hermosísimas, educadas en el refinamiento del placer y cubiertas de seda y piedras preciosas...

Afortunadamente no hay tales carneros.

A las altas horas de la noche, los callejones estrechos y sombríos de Atarazanas presentan un aspecto sui generis materialmente cuajados de infelices casi harapientas, á las cuales sirven de centros de contratación inmundos cafetines situados en los sótanos á derecha é izquierda. Allí, entre el humo de los cigarros, hacen sus conquistas marineros y obreros, embriagados por la atmósfera pestilente y engañados por los menurjes de las *odalisecas*. No de tan baja estofa como éstas, aunque poco les falta, son las que exhiben sus gracias en el templo de la leyenda. En el cual no hay tales cancelas doradas, ni muebles riquísimos, ni tupidas alfombras, ni cortinajes de raso, ni espejos de tres lunas, ni oro ni brillantes...

La imaginación de los concurrentes ha convertido el percal en terciopelo, el pino en caoba, los deslucidos adornos en fiecos de plata y pedrería fina, y en arpa de oro el clásico piano desvendado.



VILLAFRANCA.—Casa de D. José Baltá, donde murió Don Jaime III.

Las presas en semejante cárcel (casi ninguna española, dicho sea para honra nacional) son unas cuantas infelices que muestran con absoluta indiferencia sus encantos dejando caer maquinalmente las raídas túnicas, y cuyas estudiadas posturas, que cambian como autómatas, lejos de encender la pasión, dan lástima y vergüenza.

Si, vergüenza y lástima inspiran aquellas desgraciadas reclusas, sossas, aburridas, condenadas por el destino á no ver más que las paredes de su destartado encierro, á desfilar constantemente ante los hombres y á no recibir jamás un beso en la boca...

Contaré, ya que me he metido en el atolladero, una historietita escandalosa referente al caso, y de cuya autenticidad no respondo. Refiérese que no hace muchos años, en la primitiva casa de esta clase, de tal manera y con tan cruel despotismo se trataba al rebaño de mujeres, que éstas decidieron abandonar el redil, y burlando la vigilancia de la explotadora, presentaron á la autoridad sus razonadas quejas.

Por su desgracia, entre los parroquianos de la casa figuraban señoras de muchas campanillas que echaron sobre el expediente todo el peso de su influencia, y el asunto no pasó adelante. Tomaron entonces las interesadas una resolución brutal, casi inverosímil, que se puso en práctica con un valor y una sangre fría verdaderamente heroicos. Echaron suertes, y la que sacó bola negra se arrojó desde el balcón á la calle y se deshizo el cráneo contra los adoquines.

Como esperaban, fueron sus compañeras á declarar, y aprove-

charon la ocasión para protestar de su encierro y para expresar su firme voluntad de salir de él. ¡Como si no! Los parroquianos de marras volvieron á poner en juego su valimiento, y el sacrificio de la desdichada resultó inútil.

Al poco tiempo otra mujer cava destrozada en el arroyo, y volvían sus compañeras á exponer sus quejas ante la justicia y á declarar el firme propósito de matarse una tras otra, hasta excitar la atención pública y obtener por medio del escándalo la libertad ansiada. Esta vez, ante el temor de que las infelices cumplieran su palabra, callaron las influencias y la cárcel quedó vacía. Pero se abrió inmediatamente otra, que es la que he tenido el disgusto de describir un poco más arriba.

¿Verdad que esta terrible epopeya del vicio da escalofríos y eriza los cabellos?

Desde el balcón de una peluquería *sita* en la Rambla y notable por su lujo he presenciado un desfile lúgubre.

Acababa de verificarse una ejecución de pena capital en la persona de un parricida y tornaba del triste lugar procesionalmente el cortejo.



HOSPITALET.—Casa de labor.



MATARÓ.—Fuente de la Rambla.

Abrieron paso varios guardias municipales á caballo, con sus marciales uniformes á la alemana; seguían en largas filas disciplinantes ó *nazarenos*, tapados los rostros, con enormes y rectas caperuzas negras, largos túnicos y velas encendidas; iba detrás el clero y hasta una docena de monaguillos con hopalandas y bonetes rojos y cerraba la marcha una imagen de Cristo crucificado cubierta por espesísima gasa...

Tan extraño espectáculo á mediodía, en plena Rambla, cuajada de transeuntes, iluminada por un sol espléndido, perfumada por las flores y animada por el canto de los pajarillos de los puestos, no podía menos de impresionar profundamente...

Y ahora vamos á recorrer la provincia, que ya es hora.



El tren á la salida de la estación de Mataró.

VIII

No puede darse nada más encantador que el camino de Barcelona á Villanueva y Geltrú. El tren, atravesando el bosque de chimeneas de Sans, se separa de la falda del Montjuich y entra en el llano, un llano que bastaría por sí solo para pintar el carácter del pueblo que le habita, ordenado, trabajador y metódico.

Está labrado el terreno con amor, con escrupulosidad exagerada si cabe; no hay un palmo que no produzca doble de lo que debe... La vía férrea se acerca después á la costa y marcha unida constantemente á la línea del mar, bordeando una montaña coquetona, sobre atrevidas trincheras y altos terraplenes, atravesando numerosos túneles y acompañada siempre por el rumor de las tranquilas aguas. Como si el ingeniero se hubiera propuesto ante todo producir el asombro en los viajeros, al salir de las negruras de un túnel aparece siempre el mismo cuadro: el mar, los peñascos de la costa y las

lanchas de pesca cuyas blancas velas brillan á lo lejos... Y vuelta á entrar en otro túnel y torna á cambiarse la decoración con variedad infinita y con el mismo fondo.

Villanueva y Geltrú es una ciudad populosa, limpia, arreglada, con calles largas y tiradas á cordel; no tiene otra cosa de particular que la plaza Mayor, acicalada y correcta, y el edificio destinado á Biblioteca-Museo de Balaguer.

Este Museo demuestra hasta dónde puede llegar el poderoso esfuerzo individual y el amor de un hombre á su país. El exministro y poeta catalán ha logrado reunir mucho y de todo: en la Biblioteca millares de volúmenes, algunos muy raros y curiosos, en las salas de pintura cuadros de las mejores firmas, en la de esculturas estatuas de gran mérito, y en las colecciones arqueológicas infinidad de objetos de todas las épocas, á cual más interesante.

No todo es bueno, ¡ay, no! Sobre todo, en los lienzos hay algunos premiados por puro compromiso en las Exposiciones, que tal vez por esta circunstancia han permitido á los autores ó al Gobierno echarlas de generosos donantes, obligando á D. Víctor á aceptarlas por corteza. Y allí están, ocupando un sitio que no debieran.

En un restaurant de la rambla de Ventura, amplia y hermosa vía situada muy cerca de la estación del ferrocarril, y por consiguiente de la Biblioteca, almorzamos opíparamente por la modesta suma de diez reales, y á la una en punto de la tarde emprendimos á pie la caminata á Sitges, donde nos atraía un suceso llamado á tener gran resonancia en la provincia, suceso que requiere explicaciones previas.



La escuela modernista, ó decadentista, ó de los cerebrales, ó de los desequilibrados, ó como quiera llamáresla (aunque yo no estoy seguro de que todo eso sea una misma cosa, y libre Dios de meterme en esas profundidades que ponen á un hombre á dos dedos de la locura), tiene en Cataluña numerosos y decididos partidarios, porque, en Barcelona especialmente, es donde en cuestiones artísticas se nota más que en el resto de la Península la influencia francesa.

Este modernismo, por lo poco que yo he podido pescar al vuelo, consiste en ver la naturaleza de distinto modo que los demás mortales, quienes, según los modernistas, no están seguros de lo que ven, ni de lo que oyen, ni de lo que tocan. Así los poetas y los novelistas dicen y cuentan cosas extraordinarias y extravagantes, en estilo completamente libre, sin trabas de gramática ni cosa parecida; los pintores ven los objetos de un color que parece que no tienen y los copian con atrevidos manchones brillantes; los músicos descubren á cada paso melodías extrañas y hacen lanzar á los instrumentos quejidos entre wagnerianos é in-

fernales; los dibujantes destronan y retuercen las figuras, despreciando las proporciones y burlándose de la perspectiva, y todos, pintores, poetas, músicos y aficionados suelen ser estrambóticos en el vestir, lánguidos y tristes en el mirar, descuidados en el alfiler, cortos de vista y melencólicos. Ni más ni menos que los antiguos románticos que despreciaban la vida, amaban la tuberculosis pulmonar y bebían vinagre.

Claro está que estas exquisiteces del color, de la nota y de la idea no podemos apreciarlas en lo que valen los que no somos cerebrales del todo, y no tenemos, por lo tanto, suficientemente desarrollada la inteligencia y afinado el gusto artístico; pero ya me guardaré yo bien de burlarme de ellas, porque á lo mejor, á la vuelta de un siglo, resulta que la realidad es tal como la ven los actuales modernistas, y la planicie del mar, iluminada por el sol poniente, tiene color de yema de huevo.

Pues bien, uno de los principales mantenedores del modernismo catalán es D. Santiago Rusiñol, pintor de verdadero talento que, cuando prescinde de la nueva escuela, hace cuadros de primer orden, y hombre de voluntad de hierro que lucha brava y constantemente por su idea y dirige con viril energía la aguerri-
da falan-



MATARÓ.—Carrera de la Sociedad La Inocencia.

ge de adeptos. Está equivocado ó no, la figura de Rusiñol es interesantísima, como lo demuestra la revolución artística que se debe á él en gran parte y el haber conseguido que se conozca el lindísimo y encantador pueblecito de Sitges, que es su cuartel general, con el nombre de la *Meca del modernismo*.

Posee allí, á la orilla del mar, una hermosa vivienda que ha convertido en museo de antigüedades, en el cual lo más notable es una completísima colección de clavos y objetos de ferretería. Llámase este original retiro *Can ferrat*, que significa madriguera de hierro.

Y vamos ahora al suceso transcendental que nos atraía á Sitges, como devotos peregrinos ansiosos de hallar la tierra santa.

Tratábase del estreno de la primera ópera catalana, *La Fada*, del maestro Morera, joven compositor de grandes alientos que había ido á beber la inspiración en los profundos barrancos y en las altas cumbres de los Pirineos. El caprichoso cartel anunciador de la *Quarta festa modernista*, del cual figura una reproducción en estas páginas, revela ya, en su dibujo prerrafaelista y un tanto *destornillado*, la índole de la *cuarta festa*, que había excitado poderosamente la curiosidad y la envidia de Barcelona, hasta el punto de que muchos días antes todas las localidades del elegante teatro de Sitges habían sido vendidas á muy subidos precios, respondiendo la *crème* de la sociedad á la poderosa iniciativa de Rusiñol.

El argumento de *La Fada*, basado en una leyenda catalana de la Edad Media, es el siguiente:

La escena pasa á orillas del lago negro de Evol. El caballero Jausberg de Peracolls, contrariado en sus amores con Gueralda por el padre de ésta, conde de Evol, la roba una noche y se la lleva á la grupa del caballo. Para descansar de la caminata se sientan cerca del lago, y cantando su pasión y las maravillas de la naturaleza, se quedan dormidos. *La Fada* surge en esto del fondo de las aguas, se enamora inmediatamente de Jausberg, jura que será suyo y no de Gueralda, y para lograrlo llama á sus compañeras, que encantan y hechizan las armas del caballero, dejándolas sin poder alguno. Llega en persecución de los fugitivos el conde de Evol con buen golpe de guerreros, desafía á Jausberg, riñen, y como el raptor no puede defendirse por el encantamiento antedicho, el padre ofendido le atraviesa de una estocada y manda colgar su cadáver de una roca sobre el lago. La gente del conde se retira tirando piedras al lago, acción que, según la leyenda, levanta tempestades; efectivamente, la tormenta se desencadena, quéjense chillando las ondas y vuelve á aparecer de nuevo la Fada, que, abrazándose al cadáver de Jausberg exclama triunfante: *¡Ja es meu!* De la música hechas grandes elogios previos el periódico *La Veu de Sitges*, que dedicó al acontecimiento un número extraordinario,



MATARÓ.—Cruce de la Palma.



Parto de una casa de Villanueva.



en el cual, para hacer rabiar á los barceloneses, se decía, sobre poco más ó menos:

«En esta nuestra querida Sitges ha venido á consagrarse la entrada de la música catalana en el gran arte antes que en la populosa é instruida Barcelona, un poco maleada por el rau-rau de grillo de las seguidillas y trozos de zarzuela...»

Salimos, pues, de Villanueva y nos perdimos en la montaña, por la manía de no preguntar dónde estaba la carretera. Echamos por un sendero peligroso, sumamente difícil, sirviéndonos de guía la línea de la costa. Obligados á separarnos de ésta por los enormes peñascales y terraplenes de la vía férrea, pronto ¡ay! se horró el sendero para desesperación de Cilla, que se creyó alejado para siempre de los seres queridos.

Hubo que echar á campo atravesá, cruzando el monte, volviendo y revolviendo, con los pies deshechos, con el cuerpo destrozado y sin la esperanza de llegar al estreno.

La caminata duró más de tres horas, con un calor de mil pares de decadentes...

Por fin, cuando conseguimos arribar á la carretera, á un kilómetro próximamente del pueblo, íbamos hechos dos lástimas, y en tal estado nos encontró una alegre turba de muchachas, que á la cuenta iban á pasar la tarde en una cercana casa de labor, que no pudieron contener la risa al vernos. Por la encantadora campiña se alejaron, gritando socarronamente:—¡Plata y oro que vendré!

Llegamos á Sitges. Las calles bullían de gente encopetada que había ido de Barcelona en trenes especiales, abundando el sexo bello y débil, verdaderamente bello por la estampa y verdadera-



MATARÓ.—Socando una barca.

mente débil por haber accedido á los ruegos de aquellos decadentes á ver pasar en escena la leyenda del hada criminal y el vidente furioso. No hubo modo de entrar en el teatro y tuvimos que contentarnos con esperar á la puerta del teatro que se presentara una oportunidad que no llegó, presenciando el desfile de elegantes damas y de caballeros vestidos estrafalariamente, soñadores y pálidos.

Santo y bueno que se propaguen tan sanas ideas, que se enaltezca la música regional, y que por un alarde de dinero y de influencia se lleve á los cantantes del Liceo á interpretar en Sitges una ópera en un acto; pero... ¿qué necesidad tienen los modernistas de mezclar el frac con el payero flexible, de dejarse crecer el pelo y de poner los ojos lánguidos?

En vista de que la tensión del espíritu era insuficiente para contrarrestar el cansancio de la materia, fuimos á la estación á esperar pacientemente la llegada del primer tren, señalada en la guía á las 8,50. Cuatro horas mortales de necesidad! Desde el andén, donde casi nos tendimos rendidos de cansancio, se oían sin interrupción apenas las salvas de aplausos con que el escogido público que había ido á presenciar el estreno acogía las peces de concierto anunciadas en el programa y los primeros números de la flamante ópera.

Desde el fondo del alma, deplorando no haber podido contribuir al buen éxito, envío mi parabién al maestro Morera y le deseo larga serie de triunfos...

Por fortuna, acertó á pasar por allí un tren de mercancías que llevaba un coche de viajeros. Fué nuestra salvación. En él regresamos pian pianito, idemestado pian pianito! á la ciudad de Wifredo el Velloso.

Por cierto que contemplando aquel mar tranquilo y brillante, aquella campiña perfumada y siseña, aque-

llas montañas alegres que empezaban á ser iluminadas por la luna, no pude menos de dudar que en semejante cuadro puedan hacer efecto las historias de hadas caprichosas y enamoradizas, cuyas apariciones fantásticas requieren las espesas y tristes brumas del Norte.

Más bien parece que han de encajar el rau-rau de los grillos y el alegre repiqueteo de las castañuelas en las peces de las zarzuelitas en boga.

IX

Paralela á la del litoral, algunos kilómetros tierra adentro, corre la línea férrea que va de Barcelona á Tarragona y Valencia, y antes de unirse á la primera en San Vicente atraviesa los términos de Hospitalet, San Feliu de Llobregat, Molins de Rey, Martorell, San Sadurn de Noya y Vilafranca.

Es Hospitalet de escasa importancia como población, pero de mucha bajo el punto de vista agrícola. Comprende en término la mayor parte de la llanura del bajo Llobregat, terreno feracísimo que abstece de legumbres y hortalizas á Barcelona. La campiña, como la palma de la mano, se riega abundantemente por una red de canalillos y acequias, y se labra además con la tenacidad propia

del buen catalán, que de las piedras seca pan.

Así es que su riqueza es incalculable.

Toda la llanura está cuajada de casas de labor diseminadas en una gran extensión desde la falda del monte hasta el mar. Recorrimos una gran parte de ella, admirando el orden, la limpieza que se respiran por doquier y sin otro incidente lamentable que el del paso de una acequia que á Cilla se le antojó insostenible abismo imposible de salvar. Llevaba en la mano una maquinilla fotográfica del tamaño de unos gemelos de teatro... y acabó por confesar que aquello era lo que le impedía arriesgarse á dar el salto... Hubo que librarle de tan enorme peso, y encomendándose entonces al santo de su particular devoción, que ignoro cuál sea, se lanzó por fin con gran arrojo y... con la ayuda de un labrador que le esperó en la grilla opuesta con los brazos abiertos.



SITGES.—Cartel anunciador de La Fada.



MATARÓ.—Corro de la Isaura.

En la playa, que está á legua y media próximamente de Hospitalet, tuvimos ocasión de observar curiosos detalles de los pescadores de la región. Hacen éstos una vida completamente nómada, levantando cahafas ó tiendas de esteras y maderos viejos en el punto de la costa de que han de partir, para levantarlas y trasladarlas al día siguiente ó al cabo de algunos días. Tienden las redes, pescan lo que se puede buenamente, duermen poco y mal y se marchan con la música á otra parte. Los viajeros del tren que pasa por la costa pueden ver, á las altas horas de la noche, en diferentes parajes de la playa, largas filas de hombres y mujeres con las cuerdas de la red al hombro, formando triste y silenciosa procesión... Son éstos infelices desheredados que van recorriendo todo el litoral de Levante, miserables y andrajosos, alimentándose de moluscos y yerbajos, y ganando rara vez, después de muchas horas de trabajo, lo bastante para comprar un pedazo de pan.

Así es que son gente levantisca y capaz de armar camorra por un quitame allá esas pajas.

Hospitalet no tiene más edificios notables que el destinado á casa consistorial, juzgado y escuelas, que es un verdadero palacio de piedra, con amplias y bien dispuestas habitaciones, regalado á la población por D. Rosendo Arús. Por cierto que, según datos, costó, con el mobiliario inclusive, 17.000 duros, y... pasma tal baratura de un edificio grande, macizo y sólido.

El pueblo tiene alumbrado por gas, de la fábrica de Barcelona, que lo manda por una tubería de algunos kilómetros. ¡Primer zarzazo del monstruo que alarga sus uñas para devorarlo!

De Hospitalet fuimos á Villafranca del Panadés, antiguamente llamada Villafranca de los Penados, porque según la tradición, con objeto de repoblarla, se la concedieron franquicias y exenciones y se envió como base de población numeroso contingente de presidiarios.

La ciudad prosperó rápida y notablemente, porque así como en el bajo Llobregat se cultivan legumbres y cereales, en el alto Llobregat y en el Panadés se produce rico y abundante vino.

La población es muy grande; sus calles son largas, limpias, perfectamente urbanizadas, siendo las principales la de Parellada, la de la Cort, la Rambla, formada por la carretera de Tarragona, el paseo de Prim, y lo que se llama impropriadamente plaza de la Constitución, porque no es tal plaza, sino una calle un poco más ancha que las demás.

Nos costó grandísimo trabajo entendernos con los habitantes, porque *ningu parla castellá*, y cuando casualmente se tropieza con una persona á quien se pescan cuatro palabras seguidas, parece que se da con un oasis, y se la recibe con la satisfacción consiguiente.

—¿Por dónde se va á la plaza?

—Tiren per el cap del carrer á man dreta.

Es lo único que se saca en limpio.

Los obreros de Villafranca son, como los del resto de Cataluña,



atentos, ilustrados, afeccionados á reuniones en centros de instrucción, ó cuando más en los cafés. Rara vez hay riñas y escándalos.

Visitamos la casa de un obrero para quien llevábamos carta de recomendación. Una sencilla escalera de madera, adosada á una de las paredes del ancho portalón, conduce á unas cuantas habitaciones modestas, en cuyo humilde ajuar, limpio y bien ordenado, se advierten las costumbres patriarcales. Mientras la mujer va y viene cuidando los pucheros, los chiquillos juegan en la salita ó en el corredor que da sobre el pequeño huerto, bajo la vigilancia del avi, tipo clásico de facciones enérgicas, sentado en ancho sillón de cuero, con su calzón ajustado, sus medias azules, sus alpargatas, faja y chaleco rameado con botones colgantes, sus guedejas blancas que parecen formar parte integrante de la morada barretina que cubre su cabeza desde las lejanas mocedades y tiene marcadas, como el dueño, las señales de los años...

El castellano para el avi es como el sanscrito para cualquier otro mortal. Su piole entiende algo, él ni una palabra... y allí está en su sillón, silencioso é inmóvil, mirando á los visitantes con la más absoluta indiferencia.

Visitamos también el Ateneo obrero, á que acude gran número de socios hijos del *traball*, que sostiene una escuela y posee una biblioteca modesta, pero cuidadosamente escogida, y el Tivoli Panadés, bonito teatro de madera, bastante espacioso, bien acondicionado, con paseos, café y jardines.

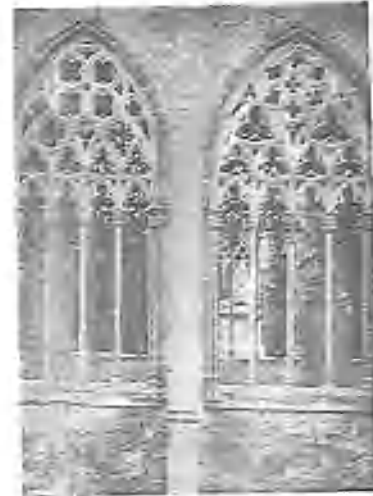
Existen además otros dos casinos, el Centro de la Unión y el Centro Agrícola Panadés, este último en un soberbio edificio situado en la Rambla.

Tomamos unas copas en un establecimiento de bebidas que tiene la particularidad de ocupar una antigua capilla gótica en que estuvo expuesto el cadáver de D. Jaime III de Aragón, antes de ser conducido al monasterio de Santas Creus, donde reposan sus cenizas. Tan lucido y numeroso debió de ser el acompañamiento del entierro, que á través de los siglos ha quedado como tradición en Villafranca. Hay quien dice que desde la capilla ardiente (convertida hoy en depósito de unas cuantas docenas de pipas) hasta el citado monasterio, que está ya diez leguas de distancia, ya en la provincia de Tarragona, no se interrumpía la fila de acompañantes con hachas encendidas.

Lo que prueba que la imaginación popular, auxiliada por el tiempo, ha aumentado algo y aun algo los acompañantes y las hachas.

Murió D. Jaime en una casa de fachada notable, propiedad hoy de D. José Baltá, adosada á la antiquísima iglesia de Santa Maria.

Martorell, Molins de Rey, San Feliu y San Sadurni de Noya son pueblos grandes y de gran importancia vinícola, especialmente el último, que requiere una detenida visita porque en él está establecida la fábrica de Champagne



Vista.—Ventanas del coro de la Catedral.



VILAFRANCA.—Tomando el sol.



Codorniu, cuyos productos, luchando con la rutina propia de nuestra tierra que nos hace preferir á lo propio todo lo que viene del extranjero, van abriéndose paso en el mercado y llegarán indudablemente á desbancar á los *Champagnes* franceses, artificiales en su mayoría é infinitamente más caros.

Para que se descorazonen los escépticos que han dado en correr la voz de que en Cataluña todo es falsificado, diré que el Champagne Codorniu es natural, es decir, que se obtiene haciendo fermentar el vino en las botellas y no saturándole de ácido carbónico. El primer procedimiento es lento, exige algunos años de labores; el segundo es breve y sencillo. Puede echarse mano á una botella de vino blanco común por la mañana, introducir en ella el ácido carbónico y servirlo como champagne por la noche. Este último es el más usado y sirve para dar la castaña á los señoritos aficionados á la orgía; pero está desterrado en absoluto de la fábrica de San Sadurní.

Esta fábrica tiene terrenos propios, plantados de cepas escogidas

cuidadosamente, y todas las operaciones, complicadísimas y pesadas, se hacen en ella con esrupulosidad rigurosa. Procuraré dar sucinta cuenta.

Hecha la vendimia, el fruto llega á los inmensos patios del establecimiento y en ellos algunas docenas de mujeres hacen una minuciosa selección de racimos, separando las uvas picadas, ó podridas, ó no suficientemente maduras. Puede decirse que no entra en las prensas un solo grano que no haya sido reconocido y registrado previamente.

Préñase el fruto, aprovechando únicamente el primer mosto que sale, pues si se aprieta demasiado el ollejo de la uva negra, el líquido toma color y no sirve para champagne. Este primer mosto se co-



IGUALADA.—En mendigo.

meza en botas de diez hectolitros y á las veinticuatro horas se trasiega para que se desprenda de la arena y posos que puedan acompañarle y se le deja fermentar en las bodegas en bocoyes de seis hectolitros, que han de ser precisamente de roble de Rusia.

Dura la fermentación próximamente quince días y exige gran cuidado, pues á diario hay que añadir á cada bocoy el líquido que pierde, tapándolo con una hoja de parra.

Hácese después el tercer trasiego y siguen rellenándose los bocoyes cada dos ó tres días, hasta que, llegado el mes de Enero, se clasifican los vinos según sus tipos, se hacen los *coupages*, se corrigen sus defectos, se les clarifica con cola de Rusia y á las tres semanas se trasiegan nuevamente. Operación que se repite al entrar la primavera, época marcada para la segunda fermentación.

Se examinan y escogen detenidamente las botellas y los corchos, desechando los que tienen la más pequeña mácula, que puede ser causa de la pérdida del licor, se examina éste al microscopio para cerciorarse de que hay fermentos buenos y, aprovechando días claros con viento Norte y alta presión barométrica, se procede al embotellado.

La fermentación, que puede suspenderse si del líquido no se hizo un buen examen microscópico ó se embotelló en día lluvioso, empieza inmediatamente á romper las botellas defectuosas, y entonces se depositan, formando pilas, en grandes cuevas á treinta metros de profundidad, donde continúa durante largo tiempo el tiro de botellas que es-

tallan (diez ó doce mil cada año).

A la cueva grande, que mide doscientos metros de longitud, se desciende por una escalera de dos metros de anchura, nueve tramos y ciento cuarenta y cuatro escalones... En estas cuevas permanecen las botellas dos años por lo menos, siendo cambiadas de sitio y agitadas cada mes para que el poso no se adhiera al casco...

No detallaré las últimas operaciones de agitación de las botellas al salir de las cuevas, para dar el punto al Champagne, tarea que se lleva á cabo diariamente durante dos ó tres meses, ni del *degorge*, que consiste en destapar bruscamente las botellas para hacer salir los posos, ni de la dosificación, ni del taponamiento definitivo, ni del embalaje, etc., etc., porque sería el cuento de nunca acabar.

Con lo dicho basta para que ustedes formen idea de las dificultades con que se tropieza para obtener un buen Champagne y de la importancia innegable de la magnífica fábrica de San Sadurní de Noya.

Donde no aconsejo á ustedes que vayan, porque su dueño, el Sr. Raventós, es demasiado amable... y no suelta á las visitas hasta que están á medios pelos.

X

Barcelona, por la parte Norte, acaba verdaderamente en Pueblo Nuevo, pero continúa alargando la zarpa hasta Badalona, que, bien mirado, no es sino un barrio de la capital. Barrio populosísimo, esencialmente fabril. Hay allí fábricas de todo, de tejidos, de cristal... desde la vía se ven la de tintas de imprenta y litografía de Lorilleux, la de anís del mono, la de refinar petróleo de Deusth, para no citar más que las que se anuncian por todas partes y conoce todo el mundo.

Otro pueblo importante de esta parte del litoral es Masnou, con hermosas calles, soberbios edificios y una playa animadísima y pintoresca, y, por último, ya en el límite de la provincia Mataró,



MATARÓ.—Calle de Riera.



IGUALADA.—Calle de San Pedro.

una ciudad bastante grande que debe su celebridad á la fabricación de géneros de punto.

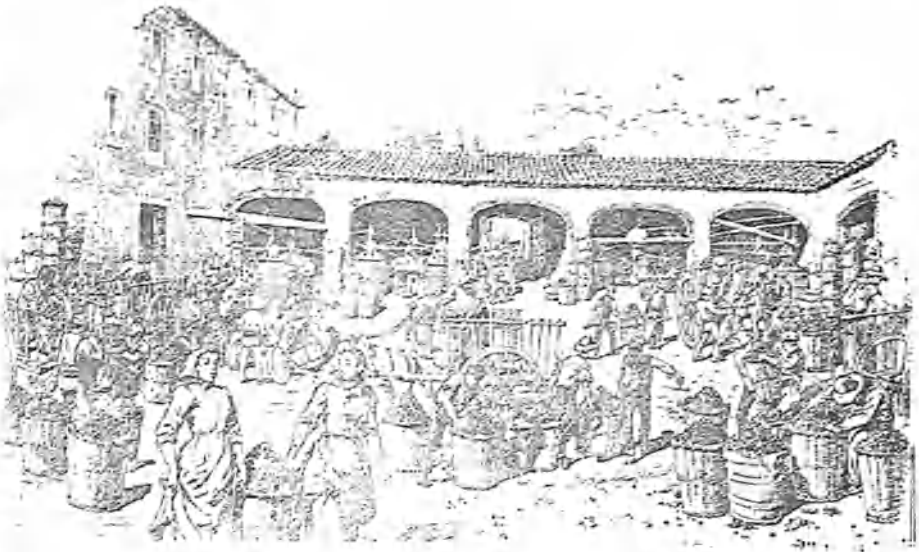
Como por el Mediodía, la vía se tiende también por este lado, siempre rasando la costa, ismida á ratos por el mar, que la besa y arrulla constantemente. De modo que á la izquierda (yendo á Mataró) se ven casi sin interrupción torres, fábricas, calles espaciosas, paseos, monumentos... y á la derecha la playa, siempre la playa, con sus inacabables filas de barquichuelos. Desde la ventanilla del vagón, á la ida y á la vuelta, pueden presenciarse todas las faenas de los pescadores, preparando las redes, botando las lanchas, izando las velas, partiendo veloces sobre las aguas, y luego la vuelta á la arena, el desembarque, la recogida de las redes, la distribución del pescado...

Al apearnos en la estación de Mataró, una turba de muchachos nos recibió diciendo:

—¿Vol que li porte la cacheta?

Lo escribo tal como me sonó, y supongo que querrá decir: «¿Quiere que le lleve la cajita?» Para cuya suposición no se necesita, por cierto, ser un lince.

Por no aceptar el ofrecimiento estuvimos á pique de que nos ocurriera un desaguisado. Porque tomamos por la calle de San Antonio arriba en demanda de un hotel ó casa de comidas y fuimos á parar á la de Riera, que es la principal de Mataró, donde hay muchos cafés, bastantes casinos y... algunos dentistas; pero nada de fondo ni de cosa que se le pareciese. A no ser por un alma, mejor dicho, por dos almas caritativas que nos condujeron á la fondo de Mont-



SAN SADURÍ.—Fábrica de champagna; patio de las greneas.

rrera y disfruta de todo género de adelantos y comodidades. Faltabale únicamente la luz eléctrica, cuya instalación se estaba haciendo por aquel entonces.

No hay que decir que empleamos gran parte de nuestro tiempo en pasear por la playa, viendo salir al mar desde la arena una lancha empujada á brazo sobre rodillos de madera, y viendo entrar otra, tirada por una pareja de bueyes guiada por un payés con barretina y zuecos enormes.

La gente desocupada se entretiene en un juego que llaman de las bolas y que no puede ser más inocente, pues consiste en arrojar unas bolas grandes para acercarla á otra chiquita colocada á cierta distancia. El *quid* está en pegar á la bola del contrario para que la última bola que se tire quede mas cerca de la pequeñita y gane el juego.

Y han de saber ustedes que en la fabrica de Cabot, una de las más acreditadas de Mataró, se construyen camisetas, medias y calcetines.

No hablaré de los telares en que se tejen las piezas, porque, con ligeras variantes, son iguales á los que se emplean en las demás clases de tejidos, y ya he procurado describirlos en otra ocasión. Ahora debo añadir únicamente, que una vez terminada cada pieza, pasa á otra máquina, cuya misión consiste en pegar los talones á las medias, y por último á las máquinas de coser, que en un vasto salón, y con el estrépito consiguiente, movidas por el vapor, hacen las costuras con rapidez vertiginosa.

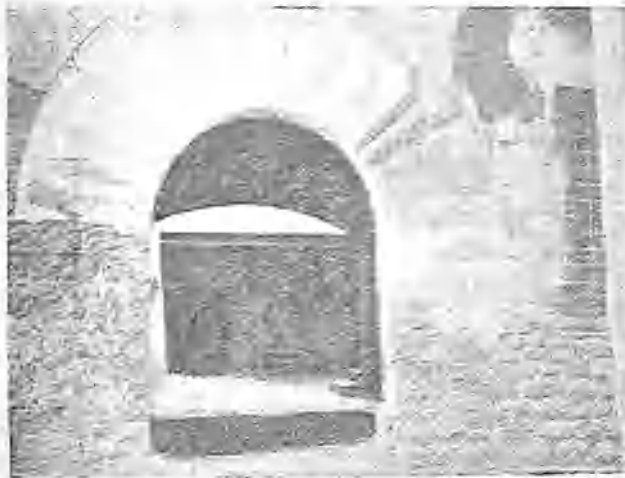
Para los cuerpos de camisetas se usan unos telares verticales y cilindricos, que tejen en círculo, y, por lo tanto, sin costura. El movimiento de rotación se hace rápidamente, porque la parte inferior del aparato se apoya en ruedecitas que dan vueltas sobre un carril circular de hierro. El conjunto es de un efecto sorprendente.

Hay una sección de reparaciones servida por mujeres, como lo está también el taller en que se pegan los botones, á mano, con la velocidad de la centella, se arreglan las trencillas y los puños, y pasan las piezas al negociado de las dobladoras, que las dejan en disposición de salir al mercado.

El tejido es de una perfección y finura asombrosas. Todas las camisetas parecen de seda, y las hay que se venden á 5,50 pesetas... ¡la docena! Las más caras son de 37 ó 38 pesetas.

Para comprender la importancia que esta industria tiene en Mataró, basta decir que se consumen en las fábricas de género de punto, por término medio, doscientos vagones de carbón al mes.

Por cierto que, por patriotismo puro, empezaron á hacerse pedidos á Asturias para competir con los del extranjero, y en cuanto se enteraron los asturianos subieron los precios, y los fabricantes añojaron inmediata-



VIC.—Entrada y patio de la Academia de la Juventud Católica.

serat y además nos pagaron el almuerzo (un almuerzo opíparo de que formaba parte un arroz á la catalana que estaba diciendo «¡tracoso!»), ¡ay! nos hubiéramos muerto de hambre. Por fortuna nos pusimos como el chico del esquilar y pudimos recorrer toda la ciudad con el pretexto de favorecer una digestión penosa. Ciudad que es, como la mayor parte de las de provincia, aseada y co-



TARRASA.—Torre de la Iglesia.



Paseo en Sabadell.

país y tomaría sus medidas para remediarlas... y que á mí me dejarían entrar sin tantas dificultades á visitar los escenarios y las fábricas de Cataluña.

XI

Salimos para Igualada á las cinco y media de la madrugada, una madrugada más fresquita y más lluviosa de lo que fuera menester. Por el camino (Ramblas y paseo de Colón) nos llamaron la atención dos cosas: la excesiva iluminación de la capital á tales horas y que ya anduvieran por las calles los vendedores de *La Publicidad* y de *La Vanguardia*.

De la estación de Martorell, una bonita población situada en el principio de una cordillera sumamente pintoresca, arranca el ferrocarril central catalán de vía estrecha, que describe un extenso semicírculo en torno al Montserrat, á gran distancia, naturalmente. La mole de la montaña se destaca siempre escueta, enorme y pelada entre las otras cumbres cubiertas de verdor y labradas hasta las cimas.

Llegamos á Igualada á las ocho y media. El nublado estaba que daba gusto verlo, con lo cual mi desesperación rayaba en lo indescriptible. El aspecto de la población, llena de barro y bajo aquel cielo plomizo, infundía una tristeza espantosa.

Igualada es un gran pueblo que tuvo mucha importancia en la última guerra civil, y en todas, absolutamente en todas las casas se conservan los letreros indicadores de los alojamientos: capitán, jefe, oficial, sargento, soldado...

Además, en algunas fachadas de los barrios extremos se ven los desconchados producidos por las balas, y un caserón que estaba destinado á escuelas municipales tiene aún los huecos tapiados y las aspilleras abiertas en los muros.

Abundan en Igualada los callejones y pasadizos cubiertos, sombríos, de un carácter de antigüedad hasta cierto punto encantador... En la población hay gran escasez de agua potable, y la poca que hay es de mala calidad; sirvenla á domicilio en pipas colocadas en carros entoldados, con una campanilla que aturde.

En vista de que los nubarrones macizos continuaban desfilando sobre nuestras cabezas, entramos, para *hacer tiempo* y para ver si éste mejoraba, en un café á cargo de *Moná*, en la calle de San Pedro Mártir, que es la carretera, muy ancha y con excelentes edificios. Nos despacharon unas chicas muy *monas* también, y nos costó el líquido la modestísima suma de veinte céntimos...

La iglesia de Santa María, de estilo gótico sencillo, tiene un retablo en el altar mayor recargadísimo de adornos y figuras. En una de las fachadas está esculpida una inscripción en que se hace constar que Igualada fué la primera población que se alzó en armas y acudió á los montes del Bruch, donde sufrieron la célebre derrota los franceses.

Y... nada más.

En vista de que allí nada teníamos que hacer, y menos aún que retratar, porque daba la tristísima casualidad de que, mientras la campiña estaba fuertemente iluminada por el sol, una franja de apretadas nubes rodaba de Este á Oeste precisamente sobre Igualada con el patente y decidido propósito de estorbarnos, volvimos á la estación, con ánimo de detenernos en Martorell unas cuantas horas. Si ustedes leen en la guía que el tren sale de Igualada á las 10,50 no lo crean ustedes. Nosotros teníamos esa idea y nos costó cara, porque aunque acudimos temprano, vimos tranquilamente desde la empalizada marchar el tren, nuestro tren, sin decirle «por ahí te pudras».

Después, cuando ya no tenía remedio, nos enteramos de que la hora de salida era las 10,32.

—Y ¿á qué hora sale el siguiente?— preguntamos.

—Á las cuatro y veintiocho minutos de la tarde.



SALADELL.—Café y teatro de Euterpe.

casinos y circos, casi todos con su teatro particular correspondiente, y á más dos teatros públicos: el Principal, que es de invierno, y el de Euterpe, que es de verano.

Esto prueba el grado de cultura de la ciudad, un poco alicafada (la ciudad, no la cultura) cuando la visitamos, porque la mayor parte de la exportación de géneros de punto se hace á Cuba y á Filipinas, y las guerras de ambas colonias han paralizado el tráfico casi por completo.

Y ahora caigo en que sería muy conveniente que en estos viajes me acompañara el señor presidente del Consejo de ministros, ó algún consejero responsable, por lo menos; con lo cual se lograrían dos ventajas: que el Gobierno conocería las verdaderas necesidades del

mente en los pedidos... Lo que prueba, por si no estaba probado todavía, que la avaricia rompe el saco.

La mañana principal de los mataronenses es la asociación. Hay más de una docena de



SALADELL.—Un rincón del café de Euterpe.



La Bauma.

¡Voto á Deus! ¡Seis horas más en Igualada sin tener ocupación alguna y sin saber dónde meternos!

Como no era cosa de pasarse la juventud á la intemperie, dimos con nuestros buecos en la fonda de España, donde, en honor de la verdad, no pudimos entendernos con nadie, porque todo el mundo hablaba un catalán herméticamente cerrado.

Por señas nos indicaron una habitación grande en el entresuelo, y allí nos metimos á esperar el momento de *dinar*, entreteniéndonos, durante una hora larga, pegaditos á los vidrios del balcón, lácios, mudos y melancólicos, en ver desfilar los nubarrones, cadáveres más espesos.

Poco después llegó un cojo, que nos dijo en catalán algo que debía de ser poco interesante, puesto que se dió por satisfecho con una sonrisa de aprobación y se quedó allí, junto al brasero, envolviéndonos en una mirada inquisitorial.

Llamáronnos á comer. Subimos y encontramos la mesa mate-



VICH.—Grupo de sobras en los alrededores de la catedral.

El valle es encantador, alegres las montañas; en algunos picachos se ven los castillates y fortines que sirvieron de algo en la guerra, y el pueblecito es muy pintoresco, pero no lo suficiente para pasar en él dos horas mortales.

Llegó el tren del central catalán y volvimos á Barcelona.

En mi vida he pasado un día más aburrido ni peor. A no ser por el acto de *pasar* la mesa en la fonda de España y por la cómica vigilancia del cojo, la monotonía hubiera sido inaguantable.

XII

En tres cosas se distingue Vich de las demás ciudades del mundo: en los salchichones, de fabricación especial, en la cría de los canarios y en los seminaristas.

No abundan las fábricas de salchichón tanto como era de esperar, pues el curioso que recorre Cataluña y se acostumbra á no ver más que fábricas, se figura que en Vich no ha de encontrar otra cosa. Y sí hay. Es una población antiquísima y conserva de su pasada grandeza muchas curiosidades arquitectónicas en sus calles tortuosas, pendientes, enrevesadas.

Tiene, además, algunas vías anchas y espaciosas y edificios modernos bastante buenos.

De la manera de hacer el salchichón no tengo para qué dar á ustedes cuenta, porque todo el mundo, sin exceptuar los niños malabares que el Padre Feijóo ponía como modelo de ignorancia, sabe algo de embutidos.

Lo que llama la atención son las amplias salas, adornadas, á guisa de colgaduras, por millares de salchichones curándose y secándose. Dícese que su fama depende precisamente de eso: de que el aire de la montaña que los orea y cura les da ese exquisito perfume inimitable en las falsificaciones.

De la cría de los canarios tampoco puedo sorprender ni publicar



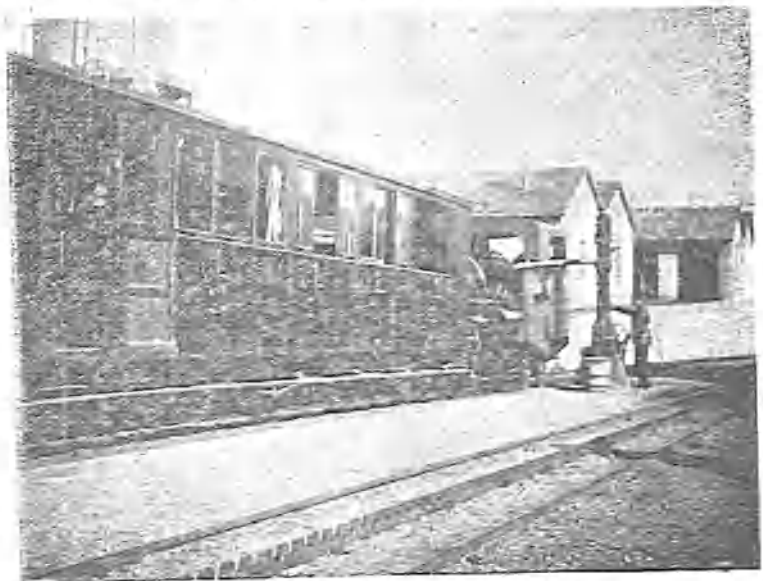
Seminaristas de Vich.

rialmente llena de viajeros. El dueño de la fonda, un hombrecote como un castillo, en vista de que ni con calzador podía colocarnos, nos distrajo grandemente empeñándose en añadir una tabla más, operación que se hizo muy lentamente, á puñetazo limpio, con gran estrépito de vajilla y gran alboroto de voces ásperas é ininteligibles. Puso el hombre en su empeño más vigor y más energías que sus ilustres antepasados en la gloriosa acción del Bruch.

Los viajeros, al concluir la comida, se enteraron de que mi *cojeta* encerraba una máquina fotográfica, y la tomaron con que les hiciera un grupo *por lo que fuera*. Claro está que no pudo ser. ¡Qué más hubiera yo querido que tener un rayo de sol!

Volvimos á tomar café del *Mona*, y allí uno de los viajeros el más *asequible* de todos, nos contó una extraordinaria aventura ocurrida en Igualada no hace muchos años. Ello fué que, en un arrebato de moralidad semihumorística, unos cuantos jóvenes *trancaron las portas* de las casas de mal vivir y las prendieron fuego con lo que tenían dentro. No sé si se achicharraron los habitantes ni qué fin tuvo aquella atrocidad, porque nuestro distinguido compañero tampoco lo sabía; pero supongo que las llamas matarían los gérmenes *per seculi a saeculorum*...

Después de un segundo paseo por la población, ó mejor dicho, por la orilla del río, al borde del cual está situado el populoso é intrincado barrio de las tenerías, que demuestra que la industria del curtido de pieles es una de las más importantes de Igualada, emprendimos á pie la caminata hasta Vilanova del Canó, primera estación de la línea férrea yendo hacia Martorell.



Estación de Monistrol en el ferrocarril de cremallera.



MONTSEBBAT.—Aposento del venerable José de las Llanitas.

es secreto; pero supongo que estará el *quid* en la habilidad de los encargados del encaste y de la manutención.

Hay casas antiquísimas con portales oscuros, tetricos, conventuales, como cumple á una ciudad eminentemente eclesiástica. En su seminario reciben educación cerca de mil quinientos alumnos, que pululan por todas partes luciendo sus esbeltas figuras.

Lo raro de estos colegiales está en el sombrero, que es forzosa y reglamentariamente de copa muy alta y completamente recta. Como la mayor parte de los estudiantes procede de los pueblos de la montaña, son de ver aquellos mozos sanotes y bastos vestidos de pana en su mayoría y con la *bimba* de moda muy atrasada, que les sienta como á un santo Cristo un par de pistolas. No hace mucho usaban alpargatas blancas los más de ellos, pero se prohibió terminantemente semejante calzado y sólo se permiten negras, que disimulan algo la *incongruencia*. Estos sombreros de copa se abandonan en cuanto se acaba la carrera y pasan á manos ó á cabezas de los estudiantes que principian, y como van pasando incólumes de generación en generación, hay *castora* de esas que sabe más latín que Nebrija, y desde luego más que su propietario.

Ustedes figúrense un aldeano de Castilla, de Aragón ó de las Vascongadas con su traje del campo y una chistera enorme, y tendrán una idea exacta del aspecto de la mayoría de los seminaristas de Vich.

En esta población deben visitarse y son dignos de admirarse los edificios y monumentos siguientes:

La catedral, con una fachada muy notable de principios del siglo actual, el retablo del altar mayor, de alabastro, que data del siglo XV, el claustro, que es una verdadera maravilla, y la torre bizantina, única parte que se conserva del templo primitivo.

El claustro del convento de Santo Domingo, de estilo plateresco, con veinticuatro columnas de mármol de Cataluña, de una sola pieza, rematadas en capiteles prodigiosamente cincelados, el del convento del Carmen, el hospital de Santa Cruz, obra del siglo XIV, y por último la notabilísima biblioteca y el rico museo arqueológico del palacio episcopal, en

los cuales se guardan más de 20.000 volúmenes en la primera y muchos centenares de verdaderas y curiosas joyas del arte cristiano en el segundo...

En nuestra visita de inspección nos acompañó un comisionista muy amable, que mientras yo rabiaba porque las nubes no desaparecían nunca, él se moría de gusto.

—¡Ya parece que llueve!—decía á cada paso el hombre con una cara de satisfacción que me partía el alma.

—¡Caramba!—me atreví á contestarle una vez.—¡No se alegre usted por eso! ¿No comprende usted que mientras llueva ó esté para llover yo no puedo hacer instantáneas y pierdo el viaje?

—Si, señor; pero yo no pierdo el mío.

—¿Por qué?

—Porque soy viajante de una fábrica de paraguas.

El camino entre Barcelona y Vich es sumamente pintoresco. Cruzanse primero algunos pueblos del Llano, con sus torres de recreo, sus hoteles, sus fábricas y sus calles tiradas á cordel; vense por todas partes vias férreas que parten de la capital y se dirigen al centro de la Península, á Francia y al límite de la provincia, y se atraviesa el Montseny, cordillera de montañas altísimas, con barrancos profundos, risueños valles y praderas deliciosas, todo cultivado á la catalana, es decir, aprovechando el terreno palmas.

Los baños termales de Caldas de Montbuy, los más calientes de España, tienen su vía férrea especial, que partiendo de la directa á Francia en Mollet, atraviesa la de San Juan de las Abadesas (ó de Vich) en el mismo punto y conduce al balneario por un camino verdaderamente encantador.



XIII,

Tarrasa y Sabadell no tienen la culpa de que el cielo, que no me ha sido propicio ni mucho menos durante mi viaje á la provincia de Barcelona, lo fué menos aún cuando fui á visitarlas.

Llovió dos días seguidos con fastidiosa insistencia, para satisfacción y recreo de mi amigo de Vich, y sobre no poder, como hubiera sido mi deseo, reproducir por medio del grabado la animación de colmena de sus calles, la salida de millares de obreros de las fábricas, el aspecto verdaderamente asombroso de ambas in-



Font de Montserrat.

industriales poblaciones, tampoco pude entretenerme á mi gusto contemplando todo eso á la brillante luz del sol, detalle importantísimo para tan animado cuadro.

Con un fondo gris, oscuro, triste, bajo la desagradable impresión de un chaparrón constante que ennegrece los edificios, horra los términos y encharca las calles, es imposible conocer el verdadero aspecto de pueblo alguno.

Sabadell y Tarrasa, célebres por sus fábricas de paños, que en ambos puntos son muy numerosas y á cual más importante, son tan parecidas, que cuando se sale de la primera para visitar la segunda parece que no se ha movido uno.

Igual estilo en las construcciones, idénticas calles larguísimas y rectas, con aceras estrechas y casas de uno ó dos pisos, el mismo tráfico incesante, la misma animación del trabajo, igual estado de adelantos en la urbanización, teléfono, gas, luz eléctrica...

Sabadell tiene su Rambla, la indispensable Rambla, que ha merecido de la compañía del ferrocarril el honor de una estación independiente, ancho paseo casi en el centro de la población, un edificio moderno destinado á casa consistorial y otro, bastante bueno, que ocupa el Banco de Sabadell.

Hay dos teatros, el Principal y el de Euterpe. El segundo, situado en la antedicha, tiene además un café espacioso y bien decorado, con patio ó terraza amplia para el verano.

Tarrasa tiene también su teatro.

En este último punto hemos corrido lo indecible para encontrar donde comer. Teníamos noticias de que había buenas fondas, pero seguimos no entendiendo palabra del catalán y consideramos inútil preguntar nada. Supusimos que hallaríamos algo en la plaza Mayor, pero... no había nada de eso.

Un vinatero amable, habitante en una de las calles próximas, nos indicó la fonda Española, y allí nos encaminamos con un apetito de que no quiero acordarme.

En una habitación del piso bajo, en que por la cerrazón del cielo y la estrechez de la calle no se veían los dedos de la mano, encontramos varias mesitas independientes. En una de ellas nos sirvió el almuerzo, con exageradísima amabilidad, el propio dueño de la fonda, que iba preguntándonos en purísimo catalán que platos deseábamos.

Por no dar el brazo á torcer confesando nuestra absoluta ignorancia del idioma de Serafi Pitarra y Narciso Oller, escogimos al azar entre lo que iba diciendo, y así resultó que tomamos un caldo y... tres platos de carne, ni uno más ni uno menos. *Estofat* con patatas, manos de vaca, asado de cabrito... Fué la segunda parte de la aventura de un mi amigo que hizo un viaje á Paris, figurándose que sabía francés, entró en un restaurant, y señalando la lista siguiendo el mismo orden en ella indicado, tomó sin respirar... ¡cuatro diferentes clases de sopa!

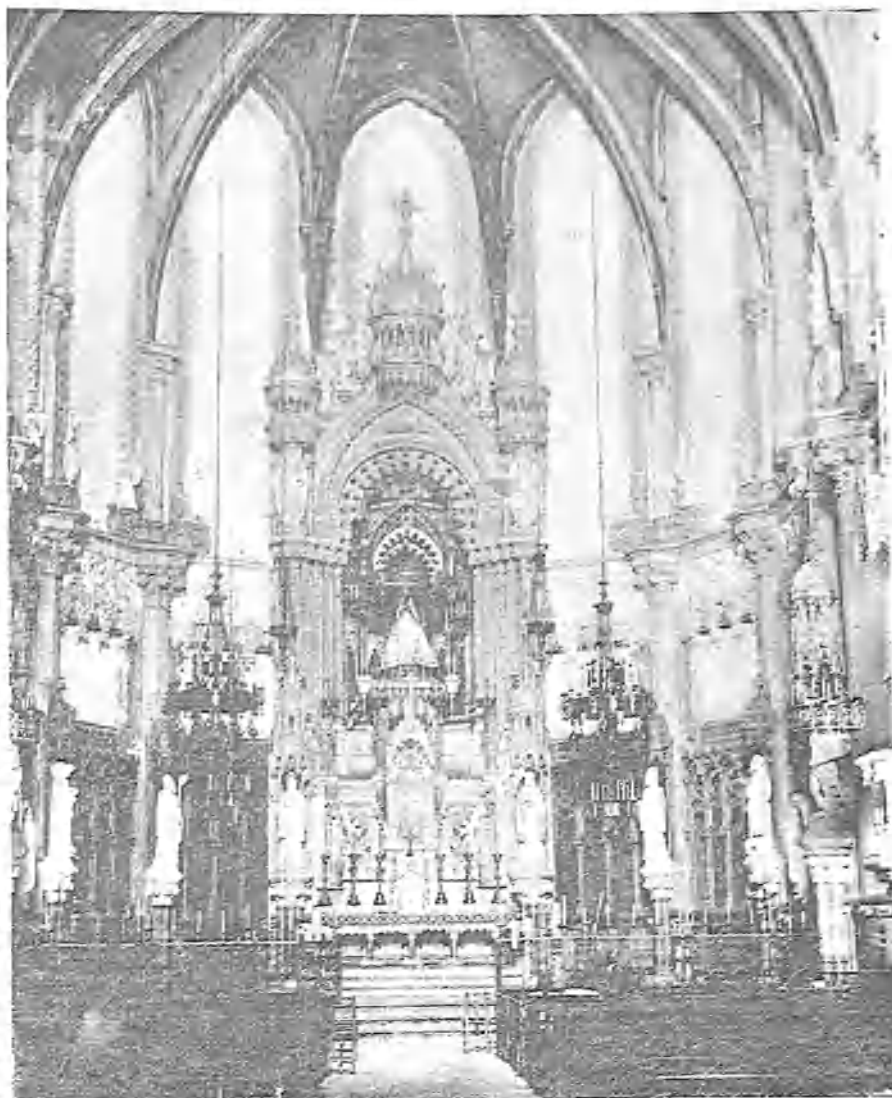
A los postres se acercó nuestro amo y servidor, todo en una pieza, y nos preguntó con cariñosísima expresión en el semblante si nos había gustado la comida. Dijímo-le que sí, y empezó á explicarse con una encantadora ingenuidad que me llamó la atención, teniendo en cuenta la tierra que pisaba. Como la conversación iba para largo, tuve que declarar mis escasos conocimientos de su idioma, y entonces, en castellano relativo, nos preguntó que... si éramos los investigadores del timbre, como él había supuesto, porque los esperaba de un momento á otro para... ¿vaya usted á saber para qué los esperaba!

De modo que aquella amabilidad y aquella abundancia de carne se las debemos á los incógnitos representantes de la empresa arrendataria del impuesto.

Tomamos café en el de Colón, situado en la plaza. Estaba materialmente lleno de obreros con blusas azules y gorras de seda que jugaban al dominó y á las cartas, sin voces, sin escándalo, de una manera culta y digna...

NIV

Estas líneas que ustedes tienen la desgracia de leer tengo yo la



Altar mayor de la iglesia de Montserrat.

dicha de escribirlas en las altas cumbres del Montserrat, sobre peñascos como catedrales, dominando con la vista toda Cataluña, teniendo allá muy lejos, enfrente, los nevados Pirineos, á la derecha el mar, á mis pies el llano sembrado de ciudades.

Cuando Bartrina dijo aquello de

«La cosa más sublime,
el cuadro más hermoso
que he visto en este mundo,
ni pienso ver en otro,
fué el techo de tu alcoba
reflejado en las niñas de tus ojos»,

por fuerza no había estado en Montserrat. Porque no hay techo de alcoba, visto de manera alguna, más hermoso que este cuadro preparado por Dios para admiración de los mortales.

Esta montaña es de una grandiosidad espantosa. Kennnó á describirla; es indescriptible. La impresión que se recibe desde la ermita de San Jerónimo no es para contenta; parece que se abarca con la mirada el mundo entero. Me limitaré á relatar, pues, sencillamente las peripecias del viaje.

Llegamos procedentes de Barcelona, á la estación de Monistrol á las doce y media de la tarde. En el verano hay muchos trenes que suben á Montserrat por el ferrocarril de cremallera, pero en el invierno no hay más que uno



Ferrocarril de cremallera.



MONTSEERAT.—Cruz de Geria.



Aposentos y plaza de Montserrat.

que sale á las diez de la mañana y vuelve por la tarde. Por precisión tuvimos que darnos tono de príncipes pidiendo un tren especial para nosotros. El jefe reclamó por teléfono á Montserrat el material necesario, y quince minutos después vimos descender entre los pelados picos del monte la pequeña locomotora que venia á buscarnos.

Dueños absolutos del tren (¡híspete, paval!) dimos la orden de marcha y el convoy empezó el descenso hacia el pueblo de Monistrol agarrándose con los dientes de las ruedas centrales á los de



MANRESA.—Fachada posterior de una fábrica.

la cremallera para no partir como una exhalación y destrozarse en un barranco.

Pasada la estación de Monistrol, donde la máquina tomó agua y donde el conductor del tren, por pura fórmula, se apeó para gritar «Cinco minutos de parada!», comenzó la locomotora á trepar como un gato por las escarpadas breñas. Parecía vérsela agarrarse á la cremallera para hacer hincapié trabajosamente y salvar la empinada cuesta. Al principio el desnivel no es sensible apenas y pueden recrearse los ojos en la contemplación de un panorama tranquilo y apacible; pero apenas se entra en el verdadero Montserrat la cosa cambia de aspecto y empieza el miedo. Un miedo horroroso, insuperable, porque el carril se asienta en un sendero estrecho labrado en la roca, al borde de abismos cuyo fondo no se distingue, entre gargantas que asentan, sobre despeñaderos insondables. Y el tren sube y sube, y á medida que avanza hacia los serrados picos, las montañas que le rodean van quedando confundidas con el llano, los pueblecitos parecen microscópicos, el espacio se ensancha y el corazón se encoge...

La estación de Montserrat está situada á dos pasos de la fonda, en la cual se sirve de comer, muy bien por cierto; siendo de notar un licor especial, muy parecido al *Chartreuse*, fabricación de los

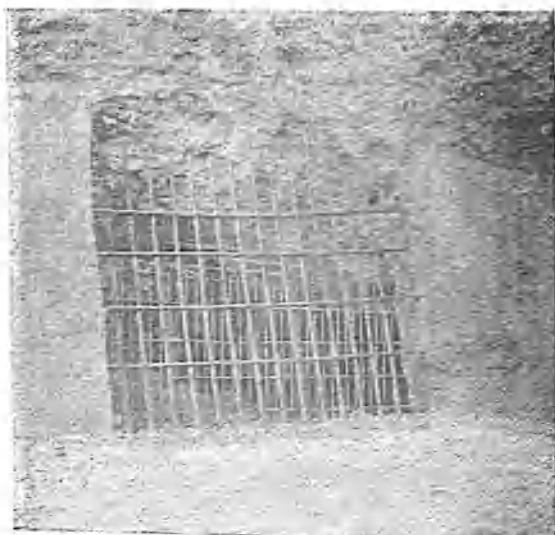
frailes del propio monasterio, y unas perlas en dulce, supongo que de la misma procedencia, y de las cuales abusó Cilla lastimosamente.

Pero allí no puede hacerse otra cosa que comer; para hospedarse hay que utilizar lo que llaman aposentos que, por el periodo improrrogable de tres días, proporcionan gratuitamente los frailes. Estos aposentos están en el monasterio mismo y en otros muchos edificios colindantes y contruidos expresamente con este objeto. La puerta principal de cada edificio está siempre abierta, así como las de todos los pisos. Únicamente tienen llave las celdas.

Del reparto de estas llaves se encarga el padre aposentador, persona sumamente servicial y simpática que nos ha obsequiado mucho, enseñándonos detalladamente el suntuoso templo gótico y el camarín de la Virgen. Este padre necesita, especialmente en el verano, desplegar una actividad extraordinaria, porque aunque hay mil cuatrocientos aposentos disponibles, hay días en que es tal la concurrencia de viajeros, que cuesta Dios y ayuda colocarlos á todos. Cada celda tiene una cama muy bien dispuesta, con catre de hierro y dos colchones. Los servidores de los reverendos se encargan de la ropa que han de mudar y limpiar para cada viajero.

Como he dicho antes, los frailes proporcionan las habitaciones sin estipendio alguno, dejando al interesado en libertad de hacer ó no hacer al convento la limosna que á bien tuviere. En cada piso de los edificios destinados á aposentos hay, además, muchas hornillas perfectamente acondicionadas para el servicio de los peregrinos.

Repartidas por todo el monte, en una extensión de muchas leguas, hay multitud de ermitas dedicadas á diferentes santos; pero lo que primero excita la curiosidad del que á aquellas alturas sube



Cueva de Garín.

es la cueva de Garín, por el ambiente poético y religioso de que la ha rodeado la leyenda.

¿No la conocen ustedes?

Pues cuéntase que allí en la segunda mitad del siglo IX distinguíase muy Juan Garín entre todos los anacoretas desperdigados

por el Montserrat por su vida austera y sus acrisoladas virtudes, que le habían dado fama de santo en muchas lenguas á la redonda. El conde Wifredo tenía una hermosísima hija de diez y seis años poseída del espíritu malo, que la atormentaba incesantemente, y para librarla del terrible mal decidió acudir en demanda de auxilio al santo ermitaño, para lo cual partió de Barcelona con lucidísimo séquito.

Encontró á Garín en los breñales de Montserrat, le expuso su pretensión y se retiró con su acompañamiento á la ciudad, dejando á su hija encomendada al asceta, en lo cual cometió imprudencia grave, como se verá luego.

Porque, instigado por el demonio, Garín se enamoró furiosamente de la doncella, abusó de ella brutalmente y, para borrar los rastros del crimen, la cortó á cercén la cabeza, abandonó el cadáver en la misma cueva, tapió con grandes peñascos la entrada y trató de huir de aquel lugar maldito. Pero apenas había andado algunos pasos oyó una voz del cielo que le condenaba á permanecer en el estado de bestia hasta que un prodigio le revelase que la cólera divina estaba satisfecha.

Inmediatamente Garín empezó á andar á gatas y su cuerpo se cubrió de largo pelo, con lo cual quedó de la más extraña catadura que puede imaginarse.

Con el trabajo que es de suponer fué á Roma, confesó sus crímenes al Papa, que le dió la absolución, y volvió, después de tres años de viaje, á los vericuetos de Montserrat á continuar su extraña penitencia. Siete años después, entreteniéndose Wifredo en una cacería, sus monteros dieron con aquella nunca vista alimaña y la rodearon para darla muerte. Impidiólo el conde y mandó que la condujesen á Barcelona.



MONTSERRAT.—El monasterio.

Poco tiempo después, celebrándose un banquete en una casa de campo, los convidados de Wifredo mostraron deseos de ver aquella fiera extraordinaria, y apenas entró en el aposento, un niño de tres meses, que estaba en brazos de su nodriza, se separó de ellos y, dirigiéndose al bicho raro, rompió á hablar, con el consiguiente asombro de los circunstantes, diciendo:

—¡Levántate, Juan Garín, que Dios te ha perdonado!

Alzóse el ermitaño, desapareció como por encanto el espeso vello que le cubría y confesó su crimen, demandando perdón al conde.

Se lo concedió éste, y al día siguiente marcharon juntos á Montserrat para buscar el cuerpo de la víctima y darle sepultura. ¡Cuál no sería su asombro al encontrarla viva, sana y completa, sin otra señal que una línea roja marcando el sitio por donde había sido cortada la cabeza!

Wifredo hizo á su hija abadesa del monasterio que en aquellas cumbres acababa de fundar, y que es el mismo que hoy está ocupado por religiosos, y Garín continuó en el monte su vida ascética, muriendo al cabo de mucho tiempo en opinión de santo.

Para ir á la cueva, abierta en abrupta y pelada roca, donde parece imposible que puedan llegar seres humanos, hay que seguir un sendero tortuoso, no más ancho de un metro en bastantes trozos, y bordeando la montaña á una altura tal que se pierda la idea del espacio. Domina el vértigo, el horrible vértigo constantemente; hay que agarrarse á las malezas, sostenerse en los picos de las rocas y tomar aliento cada dos minutos.

La cueva es pequeña; para penetrar en ella habría que arrastrarse si no hubieran tenido la precaución de cerrar la entrada con una doble verja de hierro. Muchos visitantes han querido dejar allí recuerdos de su presencia y han arrojado dentro, á través de la reja, papeles con sus nombres, tarjetas, sobres de cartas y... la mayoría cartoncitos anunciadores de sus respectivas industrias. Así, abundan los que dicen, por ejemplo: «Fulanó de Tal, primera casa en muebles de Injo.—Gran ferretería de Mengánéz.—Fábrica de botones de Perengano y Perencejo...»

Asimismo en los aposentos, aunque en el portal de cada edificio hay un aviso impreso en el cual los padres suplican á los viajeros que no escriban en las paredes,



MONTSERRAT.—Los colegiales.



MONTSERRAT.—Capilla de San Acisclo y Santa Vitoria.



MANRESA.—La estación.

están éstas materialmente cuajadas de nombres, de pensamientos, de frases de distintos gustos. Copiaré uno que pinta un carácter bondadoso y dulce. Dice así:

«José Gran Soldevila, de 22 años de edad, natural de San Andrés de Palomar, en el día 25 de Junio de 1896 llegó á ésta á las nueve de la mañana, y se marchó, quedando muy satisfecho de estos santos lugares y de sus muy dignos guardadores, en el día 27 del mismo, á las 5.30 de la tarde. Salud, nobles viajeros.»

Y la firma después.

De letreros parecidos están llenos las rocas, los escondrijos, las cruces, las paredes y puertas de las ermitas... ¡toda la montaña!

Hay que tener en cuenta que Montserrat es en toda Cataluña el sitio predilecto de los recién casados para pasar la luna de miel al amparo de la Virgen, en aquellas soledades agrestes y en las misteriosas celdas; y que no escasean tampoco las parejas de otra índole que buscan aquel encantador rincón del mundo para dar rienda suelta á la pasión mal reprimida. Y sabido es que el amor tiende á grabar nombres en las cortezas de los árboles y en los espe-



MANRESA.—Un trapero.

jos de los gabinetes reservados. Volviendo á la cueva de Garín, diré que en ella se conserva una estatua de tamaño natural representando al anacoreta, con lengua barba y los pies desnudos, en actitud de meditación y como de remordimiento, echado y apoyado en el brazo derecho, y otra más pequeña, que casi no se ve entre las sombras de la caverna y que no sé si copia la imagen de

la Virgen de Montserrat ó la de la desventurada hija de Witfredo, decapitada en aquel sitio. En el cual no puede uno menos de reconstruir la leyenda. Vense los caballeros del séquito del conde trepando, con lujosos arreos, por la escarpada montaña, salvando espantables precipicios para buscar la curación de la doncella; se imagina uno los episodios terro- ríficos del drama y la ruda penitencia del criminal andando á cuatro pies por semejantes vericuetos, cosa cómoda y fácil para la subida, pero punto menos que imposible para el descenso.

Paseando al caer la tarde por uno de los intrincados senderos del monte, rodeados de sombras que no permitían alcanzar á ver la tierra del llano y sólo adivinar amenazadoras sobre las cabezas aquellas tremendas moles de los peñascos, sostenidas no se sabe cómo, oímos entre las malezas vo-



Los guardavias de Montserrat.



MANRESA.—Muralla del Carmen.

ces argentinas que surgían al parecer del barranco, y que el eco repetía cien veces en las cercanas crestas.

Maravillados y suspensos detuvimos el paso y vimos aparecer súbitamente por un recodo media docena de figuras blancas con tocas negras. Eran las monjas encargadas de la limpieza y arreglo de las ropas del monasterio y de los aposentos, que regresaban cantando de una excursión á las ermitas.

Apenas había desaparecido la visión, resonaron más allá, en las concavidades de las rocas, alegres carcajadas de niños, ruido de carreras, de saltos, de juegos. Nos dió miedo aquello. No comprendimos que criatura alguna pudiera brincar y correr en tan escabrosos parajes, y de pronto se nos presentaron, en bulliciosa bandada, más de treinta muchachos de doce á quince años, con sombreros paveros, sotanas y becas negras. Eran los colegiales del monasterio, donde se educan para



Obreros de Manresa.

misioneros en nuestras posesiones de Ultramar, en el supuesto erróneo de que para cuando concluyan los estudios hemos de tener tales posesiones.

Por la misma razón que á la subida, es decir, por no haber más que un tren que ya había marchado á la hora que le necesitábamos nosotros, tuvimos precisión de pedir otro especial, que esta vez subió de Monistrol, previo el telefono correspondiente.

No se asusten ustedes. Los dos trenes especiales, con un coche de lujo y con todo el personal de la línea á nuestras órdenes, no costaron más que 66 pesetas. Es decir, que gracias á ese pequeño aumento en el presupuesto de gastos, pudimos equipararnos en las alturas de Montserrat al czar de todas las Rusias, que no hubiera podido hacer sino otro tanto.

Del descenso á Monistrol no quiero hablar. Aún me tiemblan las carnes. Se ve á la máquina, al salir del túnel cercano á la estación de partida, lanzarse sobre el abismo, y... se ponen los pelos de punta al considerar que una rotura del freno, un desperfecto en una rueda ó en un eje bastarían para precipitarse en uno de aquellos barrancos profundísimos y para que no quedara ni siquiera polvo del convoy ni de la carga.

Por fortuna, jamás ha ocurrido el menor accidente, y son tan excelentes las condiciones del material, se vigila con tan exquisito cuidado y se tiene previstos todos los casos de tal manera, que debe desecharse el temor de que ocurra.



MANRESA.—Llegada de una tariana.



MANRESA.—Casa de la Caridad.

XV

El contraste entre el silencioso, el sublime recogimiento de Montserrat y la animación bulliciosa con que nos encontramos á las siete de la tarde á nuestra llegada á Manresa no pudo ser más fuerte. Entrase en la populosa y riquísima ciudad catalana por un estrecho puente sobre el río, y en seguida hay que subir empinadísimas cuestas por calles embaldosadas hasta la cumbre del ribazo en que se asienta.

Al llegar á una plazoleta notamos el sordo rumor de la multitud, estampido de cohetes, son de músicas...

—¿Qué es eso?—pregunté al mozo que portaba la cajeta.

—La procesión de la *llum*.

—¿De la *llum*? ¿Y por qué se hace hoy esa procesión?

Se atarugó el hombre al ver que yo insistía en hablar en castellano, masculló unas cuantas palabras ininteligibles y calló como un muerto.

Pero en cuanto dejamos los equipajes en la posada del Centro, situada en el paseo del Borne, corrimos espoleados por la curiosidad hacia donde el confuso rumor seguía percibiéndose.

Y vimos destilar en la plaza, frente al consistorio, adornado con colgaduras de terciopelo é iluminado con profusión de mecheros de gas encerrados en grandes bombas, una lucidísima procesión con el cortejo siguiente:

Dos heraldos á caballo con ricos y flamantes trajes; guardias municipales con uniforme de toda gala, botas altas, pantalón color blanco, levita con cordones y casco, con plumero; guardas de

facequias, con chaquetones y gorras de vivos encarnados, serenos, bomberos; hasta media docena de cabezudos que bailaban que se las pelaban; dos gigantes con trajes de telas brillantes y costosas recamados de oro y pedrería gorda; banderas y pendones; el alcalde y los concejales de rigurosa etiqueta; infinidad de personas respetables con bandas, cruces y hachas de viento en las manos, y por último el clero y una escultura representando la Santísima Trinidad. Cerraba la marcha un piquete de infantería con charanga.

Aquella era la procesión de la *llum*, que desfilaba lentamente entre apiñada muchedumbre, bajo los balcones en que se agrupaban algunos centenares de muchachas bonitas.

¿Y qué significaba aquello? Pues lo siguiente:

Es el caso que allí por el año 1345 el reverendo obispo de Vich, no puedo decir á ustedes por qué causa, había puesto en entredicho á la ciudad de Manresa y además era propietario de una gran extensión de terreno que había de cruzar forzosamente una facequia en pro-



MANRESA.—Paseo de D. Pedro III.



MANRESA.—Iglesia de San Bartolomé.

yecto, base de la riqueza agrícola y del porvenir floreciente de la ciudad. Su Eminencia no daba permiso para que roturasen sus tierras ni levantaba tampoco el entredicho, con lo cual ocasionaba al vecindario dos grandes males, uno espiritual y material el otro. En esto, al mediar un día sereno y claro con un cielo puro y límpido, vióse partir desde las alturas del Montserrat una luz brillante que, dirigiéndose derechamente á Manresa, fué á posarse en la



llave mayor de la puerta principal de la iglesia del Carmen. De esta luz partieron al cabo de un rato otras dos que fueron á fijarse en las capillas de la Trinidad y de San Salvador.

Acudió la gente, se maravilló grandemente de la aparición, y una vez que todo el pueblo pudo dar fe del asombroso prodigio, las tres luces volvieron á fundirse en una que tomó de nuevo el camino de Montserrat, donde desapareció, mientras las campanas de la catedral repicaban sin que alma nacida se acercase á ellas.

Es de notar que, al disgregarse las luces, quedaron las tres del mismo tamaño, sin disminuir por eso el de la primitiva, y al reunirse no la aumentaron tampoco, con lo cual se vió claramente que representaban á la Santísima Trinidad.

Corrió la voz del milagro, ablandóse el obispo, se levantó el entredicho y se hizo la acedia.

En celebración de suceso tan fausto se celebra todos los años, con la pompa ya dicha, la procesión de la luz, cuyo origen no

había sabido explicarme el mozo, tal vez porque lo ignoraba en absoluto.

Cuando se deshicieron en un laberinto (para nosotros al menos) de callejas oscuras los últimos restos de la procesión eran próximamente las diez de la noche, y nos encontramos desorientados y perdidos en una población grande, absolutamente desconocida, y



MANRESA.—Fontes de la Seo.

por la fatal manía de no preguntar nada á nadie, estuvimos á punto de tener un grave disgusto.

No sé el tiempo que empleamos en caminar á tientas por calles abandonadas y silenciosas, de prisa unas veces, creyendo haber encontrado el hilo que había de conducirnos al paseo del Borne, despatío y desalentados otras, desalentados y sin esperanza de dar con el alojamiento.

A la puerta de una casa jugaban unos cuantos chiquillos.

—Dí, pequeño—me atreví á preguntar al mayor,—¿hacia dónde cae la plaza Mayor, el ayuntamiento, vamos?

Desde la plaza ya estaba yo seguro de saber el camino.

El muchacho nos miró en silencio, haciendo grandes esfuerzos para contener la risa, y en vista de que yo repetía la pregunta por si no me había entendido bien, se dirigió á sus compañeros, les dijo no sé qué y todos rompieron á reír como locos.

Pero de la contestación pedida... ni jota.

Por suerte, un transeunte que acertó á pasar por allí se paró en la acera de enfrente, atraído sin duda por la escena cómica, y viendo que no podíamos salir del atolladero, se acercó á nosotros y tuvo la amabilidad de guiarnos á la posada cuando ya casi no podíamos tenernos de pie.

Nuestro salvador resultó ser un viajante murciano que nos



MANRESA.—Las Fontes.

acompañó durante la cena, nos presentó en el casino y hasta nos invitó á presenciar con él una sesión de la *Lliga de Catalunya* que se celebraba aquella noche.

Declinamos el honor de escuchar los discursos de la *Lliga*, que habían de pronunciarse en catalán, por añadidura, dimos las gracias á nuestro acompañante y nos retiramos á reposar tranquilamente.

Manresa es una ciudad grandísima, con calles tortuosas, de respetable antigüedad, en rápidas y ásperas pendientes, paseos de primer orden, callejones intrincados y rambas muy extensas...

Es tal vez la ciudad más rica de la provincia de Barcelona, donde hay tantas y tan florecientes, porque además de contar con infinidad de fábricas dedicadas á diferentes industrias, que producen grandes cantidades de mercancías, es el núcleo del comercio menudo de toda la comarca y, gracias á la acequia de la cuestión, su suelo fértil, bien aprovechado, da rendimientos cuantiosos en cereales y vinos. Además, sus montes son abundantes en arbolado.

De modo que lo reúne todo, y si á esto se añade que sus habitantes son catalanes de pura raza, dicho se está que saben sacar partido de tan excelentes condiciones.

Compramos, para desayuno, dos tortillas de las que venden en la estación y que disfrutan de grandísima fama, y

tomamos el tren para regresar á nuestros lares.

Estas tortillas no tienen de particular otra cosa sino que se sirven calentitas á los viajeros, que por lo general traen en el cuerpo muchas horas de camino y les saben á gloria.

Si las dejan ustedes enfriar... resultan iguales á las que se hacen en el resto del mundo.

XVI

Antes de concluir quiero relatar un incidente del viaje de vuelta, que, aunque al parecer careció de importancia, no deja de ser interesante.

Ello fué que acabábamos de salir de la estación de Calatayud, poco después de las doce de la noche, durmiendo como unos benditos, particularmente Cilla, que en eso es tardío, pero seguro, y apenas el tren había tomado toda la velocidad, se abrió bruscamente la portezuela y me despertó una ráfaga de aire fresco.

Abrí los ojos, esperando encontrarme con el revisor de billetes, y cuál no sería mi asombro al contemplar, de pie junto á la puerta que acababa de cerrar, un mocetón con boina y bufanda, que al ver que me incorporaba con toda la rapidez posible, me dijo:

—Caballero, soy un pobre obrero sin trabajo...

Esas frases, que tantas veces ha oído uno en las calles sin fijar la atención en ellas... ¡no saben ustedes el efecto que hacen en un vagón que rueda á todo escape entre las sombras de la noche!

En nuestra excursión á Albacete habíamos comprado sendas navajas que nos servían para partir las viandas, y como á falta de pan buenas son tortas, la mano se me marchó instintivamente hacia la herramienta, y pude contestar al obrero con relativa tranquilidad:

—Bueno, pues siéntese usted allí, al otro extremo del coche, y hablaremos.

Obedeció el hombre, no muy sereno tampoco, y entretanto vi que Cilla, con los ojos encarnados por el sueño y muy abiertos por la sorpresa, iba cambiando lentamente de postura y metía también la mano en el amplio bolsillo de la americana donde reposaba la de Albacete.



Pescadores de Mataró.

—Usted dirá—exclamé entonces dirigiéndome al recién llegado, á quien veía con placer á respetuosa distancia.

—Pues yo quería que me escondieran ustedes para que no me echaran mano, porque voy á Madrid á buscar una ocupación y no tengo para pagar el billete.

—¿Aquí? ¡Ay! Aquí es imposible esconderle á usted, porque no hay dónde. En cuanto venga el revisor tiene que verle por fuerza.

—Pues me habían dicho que en primera iría mejor.

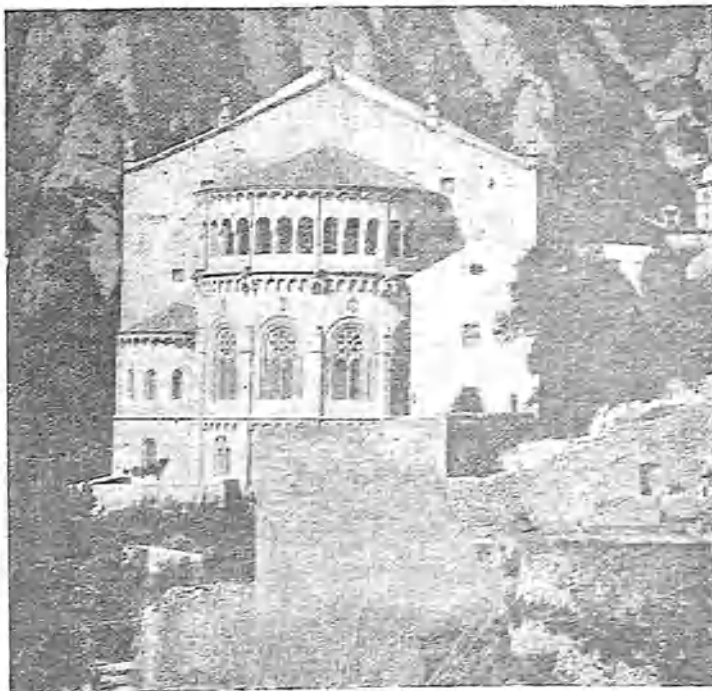
—Sí iría usted mejor, pero no puede ser. Por consiguiente, en cuanto lleguemos á la primera estación va usted á apearse.

Y aquí se acabó la conversación, porque el hombre no volvió á decir palabra. Diez siglos nos parecieron, por la violenta situación en que todos nos encontrábamos, los diez minutos que el tren tardó en llegar á Terrer. En cuanto se detuvo, abrí la portezuela y dije al obrero:

—Ande usted de prisa; no hay más que un minuto de parada.

Y él, sin replicar, saltó al estribo y se perdió en las negruras del andén desierto.

¿Era un ladrón que, viendo una sola maleta en la red del departamento, pensó encontrar un solo viajero á quien desvalijar impunemente? ¿O era efectivamente un infeliz que huía de la miseria y se dirigía á la corte en busca del pan que no encontraba en su pueblo? No he podido averiguarlo, pero el susto fué de órdago y... ya no pudimos pegar los ojos en toda la noche.





BURGOS

I

Es punto menos que imposible, al llegar á la antigua capital de Castilla, sustraerse á la poderosa influencia de los recuerdos.

Desde que se divisan á lo lejos, recortando el horizonte, las elegantísimas agujas de la catedral, el tren que le conduce á uno resulta anacrónico; la imaginación levanta en el montículo que domina la población el castillo formidable, reconstruye la fuerte muralla coronada siempre de centinelas y ve salir por las puertas apiñadas masas de mesnaderos que abandonan sus hogares para hacer incursiones atrevidas en tierra de moros.

Y puesto que el presente queda oscurecido por el pasado, hagamos, por excepción, un poco de historia.

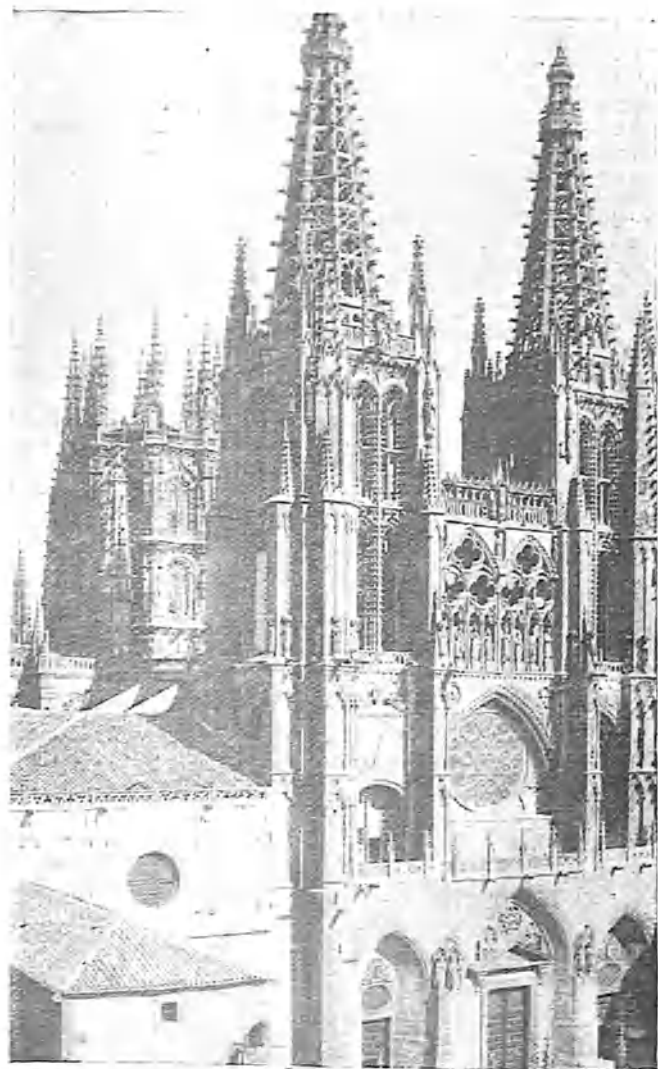


BURGOS.—Carro de transporte.

La población de Burgos, al menos con relativa importancia, data no más de la época de la dominación árabe. Los labradores de las riberas del Arlanzón, hostilizados frecuentemente por los invasores dedicados á la rapiña, viéronse obligados á construir en la cumbre del cerro un castillo que les sirviera de defensa y refugio y agruparon el caserío en la falda.

Este caserío, resistiendo unas veces y asolado otras, sufrió todas las vicisitudes de aquella guerra, hasta que, contenidos los moros por Alfonso III, encargó este rey á Diego Porcelos la fortificación seria y formal de la plaza.

Porcelos, que había combatido con fortuna en Briviesca y Pancorbo, construyó de nuevo y con mayor solidez el castillo, levantó la ciudad con las convenientes obras de defensa y la pobló con gentes de la montaña, á las cuales hizo un llamamiento. Quedó, pues, Burgos en disposición de resistir los ataques de los musulmanes, que jamás volvieron á entrar en ella, y adquirió en poco



BURGOS.—La Catedral.

tiempo excepcional importancia bajo el dominio de los condes.

Uno de éstos, Nuño Fernández, fué muerto de orden del rey, se ignora por qué causa, y los castellanos nombraron entonces dos jueces, Lain Calvo y Nuño Rasura, encargados no sólo de administrar justicia, sino de regir la ciudad políticamente. De tal manera, con tanta rectitud cumplieron su cometido ambos jueces, que sus nombres han quedado en la historia y se veneran á través de los siglos, citados como modelos de virtudes cívicas.

A éstos sucedió Fernán González, primer conde independiente, hábil político y guerrero insigne, á cuya muerte empezó Castilla,

con la aquiescencia del rey de León, á ejercitar su derecho de elegir libremente sus condes.

Al fin, por una serie de matrimonios y herencias, vino Castilla á unirse á Navarra y poco después á León, formando un solo reino, que volvió á desmembrarse á la muerte de Fernando I, el cual repartió sus estados entre sus hijos, originándose la guerra civil, en la cual llevó la mejor parte D. Sancho, hasta que la lanza de Vellido Dolfos vino á dar al traste con sus ambiciones frente á los muros de Zamora.

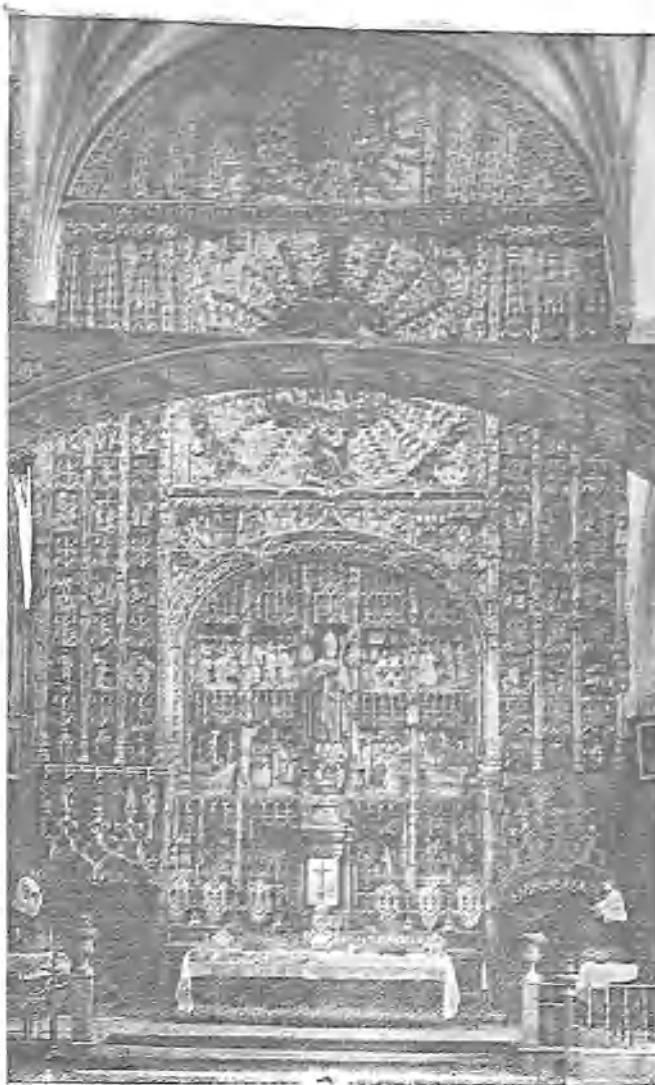
En esta época de revueltas, de luchas intestinas, de pelea contra los moros, surge la figura de Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, que no por ser harto conocida deja de requerir capítulo aparte.

II

Nació (si es que nació, que algunos lo dudan) el héroe de la leyenda burgalesa el año 1026 según unos, el 1040 según otros. Era hijo de Diego Lainez, descendiente de Lain Calvo; peleó primero contra los moros por Don Fernando I, siguió después en sus correrías á D. Sancho y persiguió hasta el mismo portillo del muro zamorano al traidor que quitó la vida á este monarca.

Al heredar la corona D. Alfonso VI, los nobles castellanos no se avenían á darle posesión de ella hasta que el rey jurara solemnemente no haber tenido arte ni parte en la muerte de su hermano. Avínose á esta condición D. Alfonso, aunque de mal talante, y Rodrigo de Vivar tomóle el juramento en la iglesia de Santa Gadea de Burgos, con las altivas y arrogantes palabras siguientes, de que da cuenta el romancero:

«Villanos máente, Alonso,
villanos que non fidalgos
de las Asturias de Oviedo,
que non sean castellanos;
con cuchillos montañeses,
no con puñales dorados;
abarcas traigan calzadas
y no zapatos de lazo;
capas traigan aguaderas;
no de contray delicado;
y sáquente el corazón
por el siniestro costado;
si fuiste ni consentiste
en la muerte de tu hermano.
¿Juraste así?...»



BURGOS.—Relato de San Nicolás.

la fantasía popular, una serie no interrumpida de hechos asombrosos y extraordinarios, de victorias inverosímiles y de hazañas gigantescas.

Después de la muerte de Rodrigo de Vivar sufrió Burgos las alternativas de los reinos de León y Castilla, hasta que, clavado el pendón de los Reyes Católicos en los muros de Granada, como si la ciudad hubiera terminado su misión de llevar el peso de la reconquista, fué perdiendo paulatinamente su importancia política y militar, conservando sólo la histórica y la artística.

III

Entramos en Burgos de noche. Iba el carricoche del hotel de París bordeando el río Arlanzón, dejándonos apenas ver en la orilla opuesta, en la penumbra, las



BURGOS.—Solar del Cid.



BURGOS.—Puerta del palacio de la marquesa de Castrofuerte.

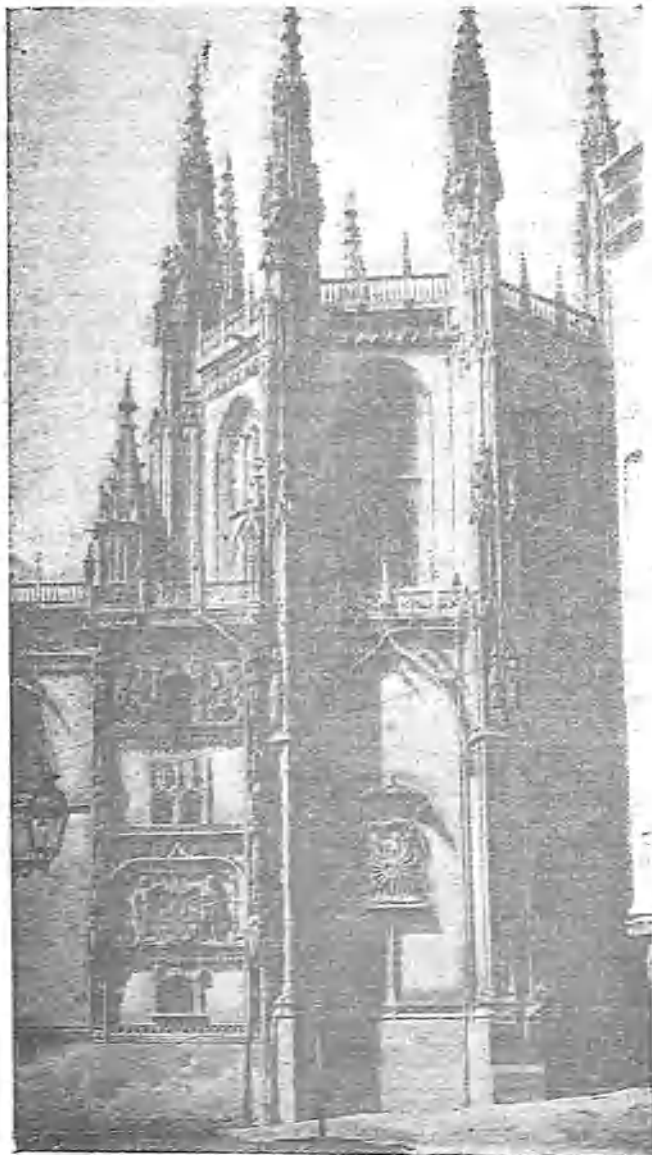


BURGOS.—Plaza Mayor.

frondosas arboledas del paseo del Espolón, la monumental puerta de Santa María, los restos de las murallas, los encajes de piedra de las agujas de la catedral y la mole del apiñado caserío, hasta que, cruzando un puente, vino á dejarnos en las puertas mismas de la fonda, cuyo lujo, comodidades y acertada distribución nos dejaron encantados desde el primer momento. Y sentiría que esto oliera á reclamo, porque bien sabemos Dios, el dueño y yo que pagué la cuenta religiosamente.

Después de cenar opíparamente en el amplio comedor nos lanzamos á la calle, atraídos... por lo que atrae irremisiblemente á todos los viajeros, lleguen á la hora que quieran. ¡Por la catedral!

Dimos con ella entre el dédalo de callejuelas tortuosas y empi-



CATEDRAL DE BURGOS.—Ábside del Condestable.

nadas que la circundan, y contemplamos en éxtasis aquella obra maravillosa, de finísimo encaje pétreo, que se levanta majestuosa y solemne como un espectro de pasados siglos entre las espesas sombras de la noche.

Con eso hubimos de contentarnos por entonces, y volvimos á la ciudad moderna, viendo en plazuelas y paseos multitud de barracas de saltimbanquis, tiendas portátiles de baratijas, los restos, en fin de la feria que había terminado algunos días antes.

Ya en el Espolón, en la acera del café Suizo, nos llamó la atención la extraordinaria afluencia de gente que paseaba contemplándose, con elegantes atavíos, y en la cual abundaban las muchachas bonitas.

—¿Es fiesta hoy?— preguntamos al mozo del café.

—No, señor.

—¿Pues cómo hay tanta gente paseando á estas horas?

—¡Ah! Eso es el ferial.

Nuestro hombre llamaba irrespetuosamente *el ferial* á aquella simpática exhibición de muchachas con y sin novio, entre las cuales habría alguna descendiente de las virtuosas y altivas castellanas que, vestidas con sayal burdo y dándole á la rueda, esperaban al esposo que había ido á tierra de moros para volver cargado de preseas... ó para no volver nunca.

Dimos allí por terminada nuestra excursión nocturna, entre otras razones, porque á pesar de correr el mes de Julio, corría también un viento demasiado fresco para los que llegaban del horno madrileño, sin abrigo de ninguna especie.

Y á la mañana siguiente, sin guías engorrosos ni acompañamiento, pudimos satisfacer á nuestro gusto el ansia de recrearnos en la catedral horas y más horas. Procuraré describirla sucintamente con ayuda de vecino, es decir, con algunos datos á la vieta, porque ya he dicho varias veces que no me meteré solo, si Dios quiere, en honduras arquitectónicas, para no correr el riesgo de decir disparates (1).

Empezó la construcción del templo Fernando el Santo en 1221 y la terminó Carlos I en 1442; pertenece al estilo gótico florido, de lo más florido que puede imaginarse, y hay quien dice que no hay obra de fábrica más hermosa en el resto del mundo.

A los lados de la fachada principal se levantan dos torres de

(1) Todos los datos referentes á la catedral están tomados de la descripción de Burgos hecha por D. Valerín Picatoste.



BURGOS.—Puerta mudéjar en la muralla.

grandísima altura, con ventanas rasgadas en los cuerpos superiores, terminando el último en una airosa barandilla con torrecillas en los ángulos. Rematan ambas torres en pirámides de ocho caras, de tan finísimo calado que más parecen de encaje de Almagro que de durísima piedra. Es imposible formarse idea de delicadeza semejante no viéndola. Parece mentira que tan complicada labor pueda resistir el empuje de los vientos y la destructora acción de la lluvia. Verdad es que está recogida y sujeta con una complicadísima red de abrazaderas de hierro.



Hay en el primer cuerpo de la fachada tres magníficas puertas ojivales, en el segundo un elegante corredor de torrecillas de crestería y un elegante rosetón calado, y en el último dobles ajimeces con ocho estatuas y la inscripción *Pulchra est et decora* calada en la piedra.

La portada del Norte se extiende entre dos machones rematados por pirámides de crestones; la puerta, también de arco ojival, está adornada con las estatuas de los doce Apóstoles y multitud de adornos é imágenes; en el cuerpo central se abren grandes y magníficas ventanas y en el superior son de admirar tres ajimeces con estatuas y una barandilla calada á lo largo del muro con pirámides de crestería.

La puerta de la Pellejería, de estilo plateresco, está dividida en tres secciones verticales, las dos laterales más estrechas que la central, y las tres recargadísimas de elegantes adornos.

Por último, la puerta del Perdón, con una verja gótica, consta



BURGOS.—Palacio de la Diputación.

también de tres cuerpos; en el inferior, representando la gloria, figuran las estatuas del Salvador, de los Apóstoles y de ángeles y santos hasta el número de sesenta. En el segundo cuerpo se abre otro rosetón calado con vidrios de colores, y el tercero, como en el de la puerta del Norte, remata en tres ajimeces por cima de los cuales corre una barandilla enlazando otras dos torres.

La iglesia es de tres naves atravesadas por la del crucero, que es una verdadera maravilla.

La capilla mayor, separada de las naves laterales por seis verjas del siglo XVII, tiene un retablo corintio, jónico y dórico con relieves admirablemente tallados.

Es también muy notable el coro, en cuya parte interior abundan las estatuas de santos mezcladas con caprichos de asuntos mitológicos.

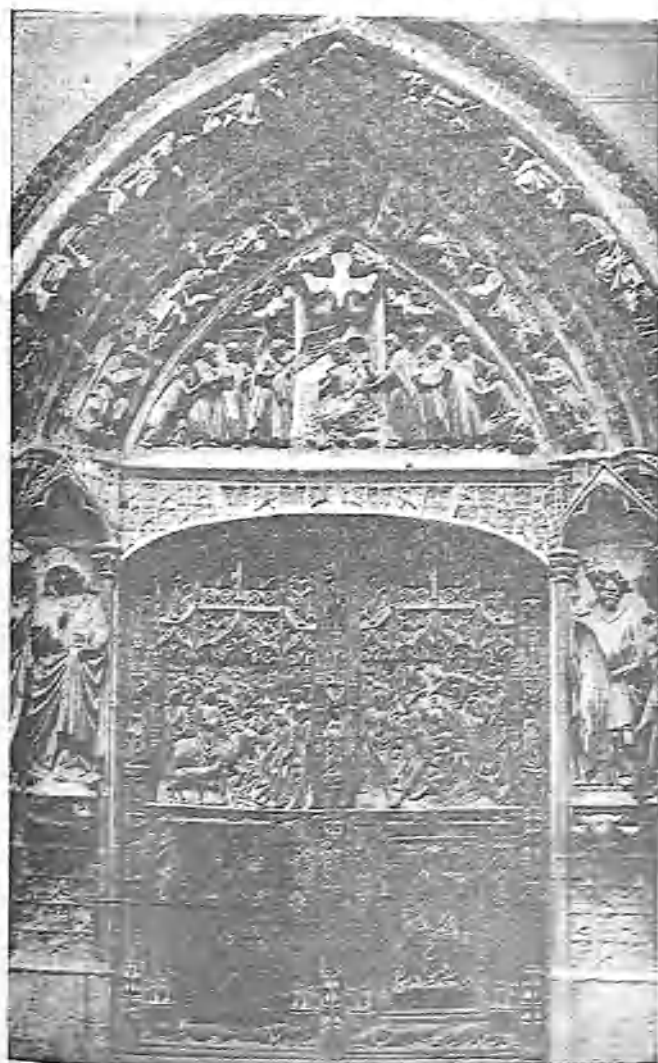
Y sería el cuento de nunca acabar detallar el mérito de las inmensas capillas abiertas en las naves laterales: la del Santísimo Cristo, en que se conserva la imagen del celeberrimo y milagroso Cristo de Burgos; la de la Presentación, con infinidad de sepulcros, esculturas de Berruguete y cuadros de los mejores artistas; la de San Juan de Sahagún, con las reliquias de este santo y tres estatuas de la Virgen; la de la Visitación, con una hermosa estatua yacente del obispo D. Alonso de Cartagena; la del Ece-Homo, en la que, en una urna de alabastro, se conservan los restos del fundador arzobispo Peralta; la de Santiago, con un magnífico arco sepulcral; la del Condestable, cerrada por una preciosa verja del Renacimiento, con sepulcros y esculturas de grandísimo mérito; las de San Gregorio, la Natividad y San Nicolás, junto á la cual se encuentra la famosa escalera de Siloe; las de la Concepción y Santa Tecla, y por último, la del Corpus Christi, todas ellas cuajadas de preciosidades artísticas de distintos gustos y ordenes.

En la subida del archivo se ve el llamado cofre del Cid que, según la leyenda, sirvió al héroe para engañar á unos prestamistas judíos cuando, desterrado por el rey, quiso salir á campaña y se encontró sin dinero, y se valió de la artimaña de empeñar el arcón haciendo creer que estaba lleno de alhajas, siendo así que no contenía más que sacos de arena.

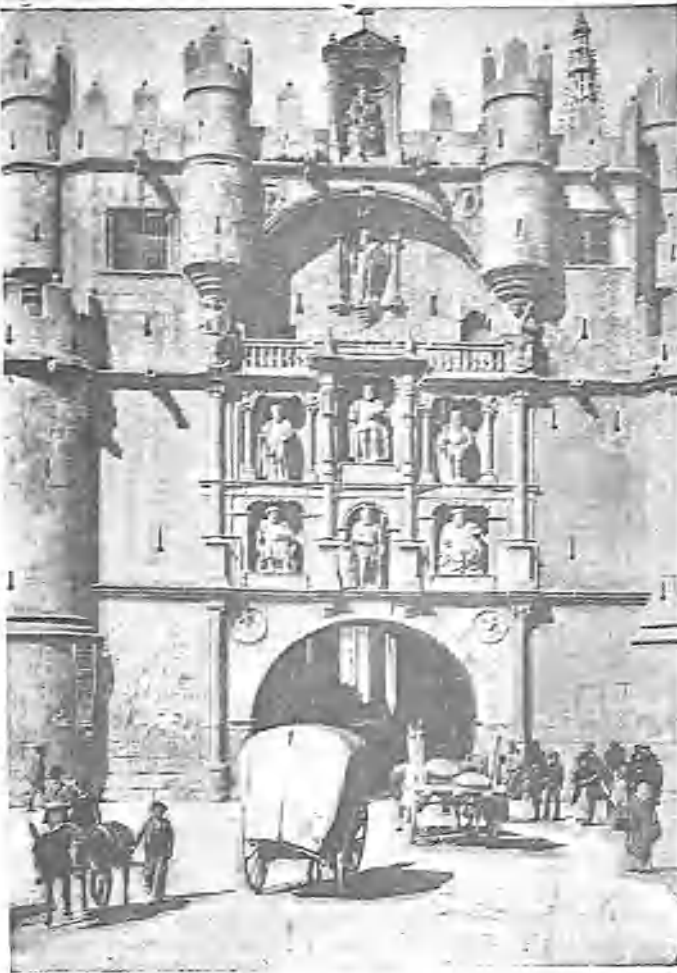
Hay que tener en cuenta, para que este detalle no redunde en desprestigio del de Vivar, que por aquel entonces (como ahora) se tenía por acción meritoria engañar á un judío, y además el Cid pensaba devolver el préstamo, como lo hizo efectivamente con los primeros despojos.

En la...

Tan célebre como la catedral, ó más, si me apuran un poco, es el *Papa-moecas*, enorme muñeco de madera de grotescas facciones y espantable catadura, que armado de un mazo asoma entre el ar-



CATEDRAL DE BURGOS.—Puerta del claustro.



BURGOS.—Arco de Santa María.

matoste ridículo y de mal gusto que sirve de cuadro al reloj interior del templo, colocado á la izquierda de la entrada principal, y que llama inmediatamente la atención por su descomunal tamaño.

Este muñeco, que al igual de otros muchos que andan desparramados por esos campanarios de Dios, no debió de tener otro objeto que el de dar las horas golpeando con el mazo en la campana, posee, sin embargo, su leyenda ó leyendas correspondientes.

Cuéntase que cierto noble caballero que tenía hecho pacto con el demonio encargó á éste un juguete ó divertimento con que entretener á una dama de conducta dudosa con quien sostenía relaciones y que á la cuenta era caprichosilla y rara, y el diablo construyó aquel autómatas que se movía y daba gritos siempre que el reloj señalaba una hora.

La endemoniada invención atrajo la curiosidad pública y adquirió gran fama, hasta que, enterado del caso San Isidoro, arzobispo de Sevilla, intervino con sus exorcismos y oraciones y consiguió rescatar el alma del caballero; siendo entonces trasladado el artefacto á la catedral de Burgos para borrar su diabólico origen.

Dícese también que el *Papa-moscas* no es obra de Satanás, sino de Dios, que castigó á un mal cristiano que iba á la catedral, no á rezar, sino á hacer señas y gestos á una dama de quien estaba prendado, con vir-



tiéndole en semejante mamarracho para que sirviera de burla á las gentes.

Por último, hay otra versión no menos interesante y novelesca, que es la siguiente:

El rey D. Enrique III, el *Doliente*, fijóse un día, durante los divinos oficios, en una hermosísima joven que contemplaba extasiada el sepulcro de Fernán González. Volvió el rey al día siguiente y volvió también la doncella, y en estas idas y venidas y encuentros casuales acabaron por enamorarse uno

de otro, sin que la cosa pasara á mayores, quedando reducida á miradas furtivas y suspiros ahogados.

Así pasó algún tiempo, D. Enrique acudiendo de incógnito á la catedral á recrearse en la belleza de la desconocida, y ésta ruborizándose castamente cuando el rey la miraba. Por fin, como todas las cosas tienen un término, un día la joven dejó caer su pañuelo al retirarse de la iglesia, recogiólo el rey y se lo guardó tranquilamente, ofreciendo en cambio á la dama el suyo de finísima batista.

Aceptó ella el obsequio con la emoción que es de suponer, y cuando el galán pudo creer con fundamento que la aventura iba á entrar en una fase más práctica, tuvo el cruel desencanto de... no volver á ver á la incógnita. En vano acudió un día y otro á la hora en que solían verse; la joven no pareció más por el templo.

El chasco, como ocurre siempre en casos semejantes, avivó la pasión del rey, que no tuvo desde entonces otra preocupación que la de aquellos extraños y malogrados amores.

Al cabo de un año cazaba el rey en las cercanías de Burgos, y por uno de esos incidentes comunes en el ejercicio de la caza, se separó demasiado de sus monteros y se perdió en lo más intrincado del bosque. Después de muchas vueltas y revueltas procurando orientarse, hete que se le presenta de improviso una manada de lobos que se lanzaron sobre él con el decidido propósito de devorarlo. Se defendió el cazador bravamente, matando unos cuantos de sus feroces enemigos, hasta que, farto de fuerzas y sin esperanza de socorro, rodeado por los restantes, encomendó su alma á Dios y se dispuso á morir.

En esto se oyó entre los matorrales cercanos un tiro de arcabuz, acompañado de un grito estridente que puso en dispersión á los lobos que quedaban. Volvióse el rey para conocer á su salvador, y ¡cuál no sería su sorpresa al contemplar á la doncella del templo, con los músculos de la cara horriblemente contraídos, desfiguradas las facciones, inmóvil, con los espantados ojos fijos en él y sin poder articular palabra. El espasmo producido por la aparición del rey en tan grave peligro había producido tales trastornos en la dama.

Acercóse á ella D. Enrique, y al querer estrecharla entre sus brazos, la joven cayó muerta, murmurando trabajosamente:

—¡Te amo!

Loco de dolor, encargó á un artífice moro la construcción de un autómatas que recordara la aventura, y el moro hizo el muñeco aquel, con las facciones descompuestas y que lanzaba chillidos estridentes con intervalos iguales, en memoria del grito que salvó la vida del monarca.

El *Papa-moscas*, que ahora permanece inmóvil apoyado en la ventana del reloj, estaba oculto hasta cinco minutos antes de sonar cada hora. Entonces se abrían las hojas de la ventana y aparecía el muñeco. Llegaba el momento y se ocultaba, y asomaba tantas veces como había de tocar la campana, acompañando esta acción



BURGOS.—Casa del Cordón ó del Condestable.



[CARTUJA DE MIRAFLORES.—Estatua de D. Juan de Padilla.

con un gesto grotesco y un grito extraño. Pero como este juego quitaba la devoción á los fieles, se inutilizaron los resortes, y el *Papa-moscas* quedó silencioso y quieto hasta que una mano compasiva le diga de nuevo: «¡Muévete y chillat!»

IV

Á la salida de la catedral, y frente á la puerta del Norte, nos llamó la atención otra puerta de un palacio ó casa particular verdaderamente notable. Contemplándola estábamos cuando se nos acercó un guardia del ayuntamiento, con la sonrisa en los labios, y nos preguntó cariñosamente:

—¿Están ustedes viendo eso? ¡Es anti gñismo! Entren, entren ustedes.

Y no tuvimos más remedio que complacerle, porque el caserón que, según el guardia, pertenece ó perteneció á la marquesa de Castrofuerte, estaba abierto de par en par y lleno por todas partes de trastos viejos y telarañas.

Nada conserva de sus antiguos esplendores, si no es el techo de la escalera, de fina madera labrada, que se está cayendo á pedazos, y al-

gunos detalles del patio, que también se derrumba por momentos. Por eso el guardia, partidario de las reformas, insistía incesantemente en que todo aquello estaba estorbando, porque era una lástima que en un solar tan hermoso no pudiera vivir nadie, siendo así que podría edificarse, en lugar del palacio *antigñismo*, una buena casa de vecindad que se alquilaría en seguida...

Despedímonos con algún trabajo de nuestro cariñoso acompañante, que ni á tiros quería separarse de nosotros, y echamos cuesta arriba (hacia el cerro donde se asienta el celeberrimo castillo origen de la población, volado por los franceses al emprender la retirada), en busca del solar del Cid, ó sea el sitio en que se supone, ignoro con qué fundamento, que estuvo edificada la casa en que nació el héroe.

En el camino, en lo alto de una meseta, frente al cementerio, se levanta un sencillo monumento dedicado á la memoria del insigne guerrillero D. Juan Martín *el Empecinado*, que, después de luchar bravamente contra los invasores, acabó de mala manera en Roa. Y poco más allá de esta modesta pirámide, rodeada de una verja, en la calle de Fernán González y á pocos pasos de la muralla, están los mojones que señalan el solar, y en el centro, sobre una base común, una pilastra y dos obeliscos, con una inscripción recordatoria la primera, y las armas del Cid y de la ciudad los otros.

Dícese que las piedras que forman la base y el escudo heráldico que se ve entre ellas constituyeron parte de la casa del Cid... Sea ó no cierto, el caso es que, á pesar de la pobreza del monumento, la impresión que produce aquel pedazo de tierra es muy honda y muy grande, ni más ni menos que si se hallara uno en presencia del origen de una nación cristiana.



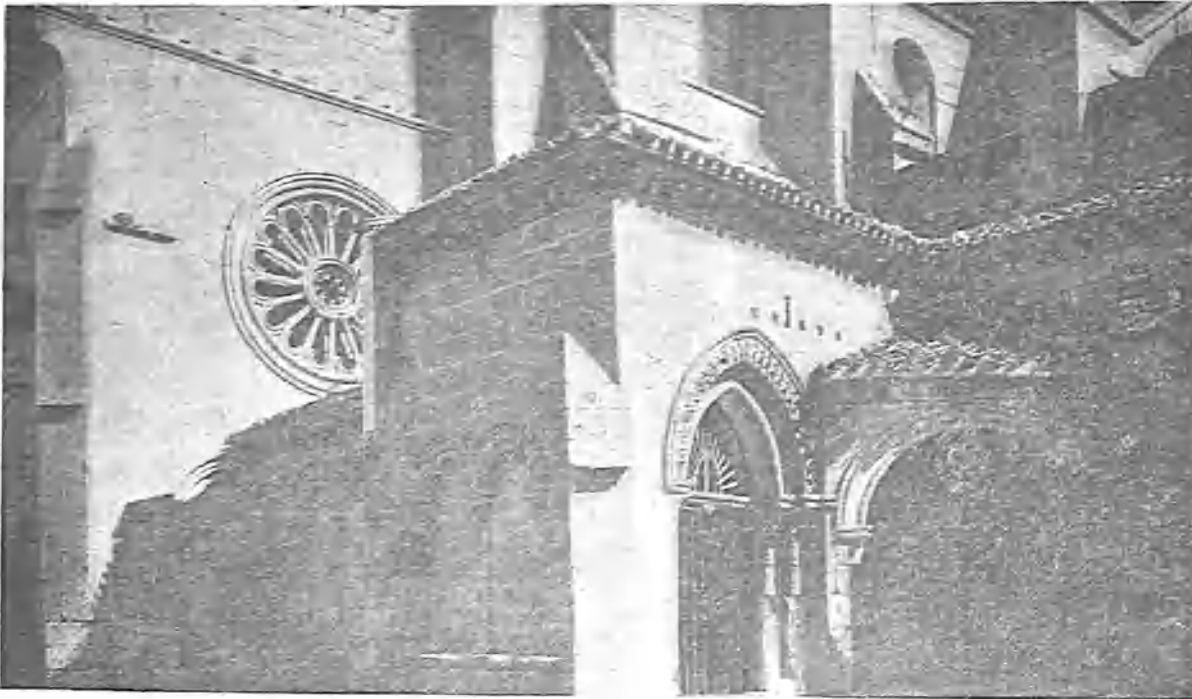
Salimos fuera del antiguo recinto por la cercana puerta que creo se llama de Fernán González, ó al menos se abre en el límite de la calle del mismo nombre, que continúa la carretera, y descendimos del cerro bordeando la muralla, la misma venerable muralla de Diego Porcelos, que sirvió de defensa á la primitiva población de Burgos y que se conserva en bastante buen estado por aquella parte.

Del otro lado de la muralla, ya en el llano, se extiende una gran barriada, y poco antes de llegar á las márgenes del río se levanta la ciudad nueva, con sus calles anchas y sus edificios de primer orden.

Las riberas del Arlanzón, antes de entrar en el paseo propia-



Mujeres de Estépar.



Monasterio de las Huelgas.

mente dicho, están orladas de frondosas y frescas alamedas. Chocónos mucho ver llegar, por los caminos y las carreteras, muchos sacerdotes rurales, caballeros en mulas ó horriquillos á los cuales espoleaban tenazmente. Momentos hubo en que en el espacio que

no funcionaba en él compañía de 'ningun a' clase.

V



Burgos.—El Espolón.

abarcaba la vista se divisaba hasta una docena de clérigos con las sotanas remangadas y los sombreros enjetos por pañuelos de hierbas. Poco después tuvimos explicación satisfactoria de aquella especie de romería.

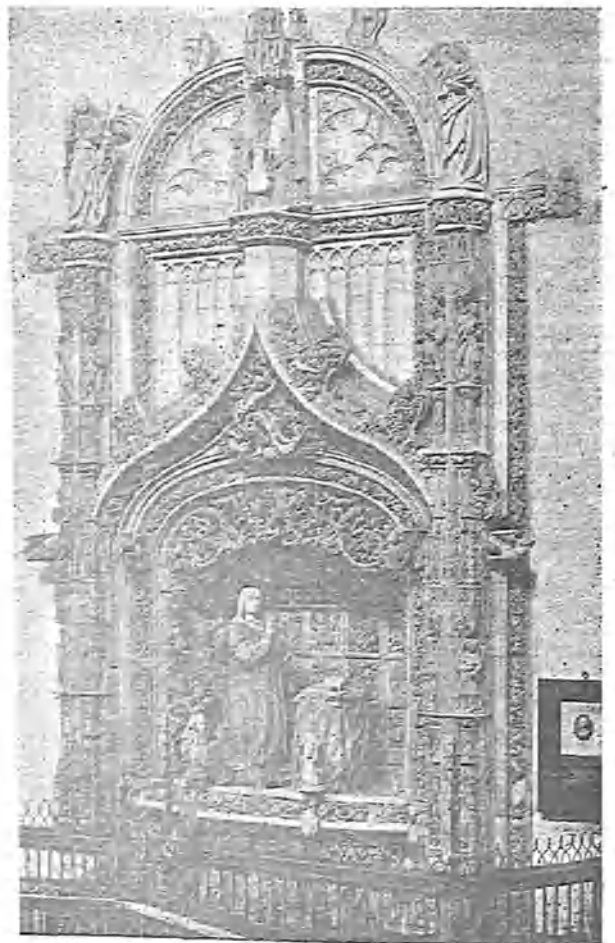
Había muerto el día antes en Burgos un acaudalado propietario, persona de relativa importancia en el país, y la familia había hecho fijar en todas las esquinas esquelas mortuorias participando que se abonarían cuatro pesetas á cada sacerdote que dijera una misa por el alma del difunto en cualquiera de las iglesias de la capital. De aquí que aquellos pobres curas, no muy sobrados de recursos, acudierande todos los pueblos, aun de los más lejanos, á decir su misa y á cobrar las cuatro pesetillas correspondientes.

Estas noticias se las debemos al guardia cariñoso, á quien volvimos á encontrar cerca del soberbio edificio destinado á palacio de justicia, en una calle en que crece la hierba á sus anchas, cuando íbamos á entrar en el paseo del Espolón.

El cual paseo, dicho sea sin ofender á ninguno, puede competir con los mejores



Al principio del Espolón, frente al puente de Santa María, está el arco del mismo nombre, construido en tiempo de Carlos V, en sustitución de la antigua torre de Santa María, que había servido de concejo, según unos por orden del emperador, que quiso demostrar de este modo su agradecimiento á la ciudad por su adhesión después de la guerra de las Comunidades, según otros por un acuerdo de las Cortes de Toro, y con el objeto de ensalzar la memoria de los principales personajes castellanos y para que sirviera de consistorio.



CARTUJA DE MIRAFLORES.—Sepulcro del Infante D. Alfonso.

Forman el monumento dos grandes cubos almenados, entre los cuales se abre la puerta de entrada, con arco de medio punto adornado con medallones y columnas. El segundo cuerpo consta de cuatro cubos más pequeños, con almenas también, y las estatuas del Cid, Diego Porcelos, poblador de Burgos, Fernán González, primer conde independiente, Lain Calvo y Nuño Rasura, primeros jueces, y Carlos V, bajo cuyo reinado se construyó la puerta. A la terminación de este segundo cuerpo corre una barandilla con un heraldo en cada extremo, y en el tercero y último, sirviendo de remate al monumento, se alzan otros dos cubos de menor tamaño; entre ellos hay un nicho con la imagen del Angel de la Guarda y sobre él una hornacina con la de la Virgen María, que sostiene sobre sus rodillas el Niño Dios.

En el interior del arco se halla el Museo provincial, donde se guardan multitud de joyas históricas y artísticas.

La plaza Mayor es muy espaciosa; están en ella las casas consistoriales, en las cuales se conservan interesantes reliquias y recuerdos, como son: la silla de los jueces y los restos del Cid y de Jimena, que, como los de todos los héroes, han recorrido en distintas ocasiones procesionalmente media España. La casa del Cordón ó del Condestable, habilitada para capitania general, data del siglo XV y fué construída por el condestable D. Pedro Fernández de Velasco.



BRIVIESCA.— Vista parcial.

respeto á su señora tía, no sólo no correspondió á su pasión, sino que se hizo el sordo á sus ruegos, y... no le faltó más que abandonar la capa en sus manos.

Irritada D.^a Lambra con el desprecio, y con el deseo de vengarse, hizo creer al bueno de su esposo todo lo contrario de lo que habia sucedido, es decir, que Gonzalo la requería de amores, Creyólo á pie juntillas Rui-Velázquez, al cual no se le ocurrió otra cosa, para castigar la supuesta ofensa hecha á su honor, que cometer una verdadera felonía.

Rogó á sus siete sobrinos que le acompañasen en una correría contra los moros, y en la falda del Moncayo les hizo caer en una emboscada preparada por gran número de infieles que cayeron sobre ellos y los pasaron á cuchillo. No se contentó con esto Velázquez: llegó al campo de batalla, hizo que cortasen las siete cabezas y se las envió como presente á Almanzor, que estaba á la sazón en Córdoba y tenía prisionero á Gonzalo Bustos, padre de los siete infortunados jóvenes, y al cual el feroz muslim presentó los sangrientos trofeos.

A todo esto, D.^a Lambra, que no podía imaginar siquiera que su esposo tomara pretexto de la falsa denuncia para cometer una barbaridad semejante, se volvió loca de dolor y de arrepentimiento al recibir la terrible noticia y se suicidó arrojándose desde uno de los cubos de la muralla.



De este modo me han referido la leyenda. Yo ni quito ni pongo infante.



PANCORBO.

Tiene una notable fachada con dos hermosas torres, coronadas unas y otras por elegante crestería de piedra.

La iglesia de Santa Agueda (Santa Gades) no tiene otra cosa de particular que el recuerdo del juramento exigido por Rodrigo Díaz de Vivar al rey D. Alfonso, y la de San Nicolás, obra del siglo XV, posee unas puertas admirablemente talladas y un magnífico retablo de piedra maravillosamente labrada, hasta el punto de que, uno se resiste á creer que aquellas filigranas puedan ser producto del trabajo del hombre.

Entre los edificios modernos descuella por su elegancia y buen gusto el palacio de la diputación provincial, situado frente al Salón, con un hermoso pórtico con columnas y escalera de mármol.

Por último, y para quitar á ustedes el amargor de la boca producido por tan exagerada ración de arquitectura, contaré á ustedes una tradición relacionada íntimamente con las murallas de Burgos y que, á mi entender, no es muy conocida.

Trátase de los siete infantes de Lara, cuyo trágico fin ha servido de base á tantos romances y cuentos, y refiérese que allá, á fines del siglo X, rigiendo el condado de Castilla Garcí-Fernández, había un noble llamado Rui-Velázquez, casado con una dama también principal y muy hermosa, doña Lambra.

Esta D.^a Lambra tuvo la debilidad de enamorarse locamente de D. Gonzalo, uno de los siete infantes, que eran, por añadidura, sus sobrinos. Repitióse aquí el lance de José y la esposa de Putifar, porque el joven, tal vez por no atreverse á faltar al



BRIVIESCA.— Puerta de la iglesia de San Martín.



Una mujer de Briviesca.

VI

El real monasterio de las Huelgas, de que habrá oído hablar seguramente todo el que sepa que existe Burgos, pues hasta nuestros días ha llegado el recuerdo de su antigua y excepcional importancia, fué edificado por Alonso VIII, con el título de Santa María la Real, en el mismo sitio en que tenían los reyes de Castilla su palacio de recreo, á dos kilómetros de la capital, á la orilla del río.

La abadesa de este convento, al cual reyes y papas se complacieron en otorgar fueros y prerrogativas, llegó á ser dueña absoluta de sesenta villas y lugares, cuyos impuestos cobraba, sobre los cuales ejercía única jurisdicción, nombrando alcaldes y repartiendo tributos. Reunía por eso rentas cuantiosas y llegó á tener grandísima influencia en todo el reino.

Las fiestas religiosas que en el monasterio se celebraban excedían en solemnidad y magnificencia á las de la misma catedral de Burgos.

El edificio no es muy notable; obedeció su construcción á las necesidades de la época, en que los templos habían de ser utilizados como fortalezas principalmente, y en que era preciso sacrificar la elegancia á la solidez y resistencia.

Consérvanse en él el pendón ganado á los moros en las Navas de Tolosa y muchos sepulcros de caballeros y personas reales. Baste decir que allí están enterrados cinco reyes, cinco reinas, once infantes, catorce infantes y multitud de guerreros, obispos y nobles. Durante la invasión francesa, los soldados de Napoleón saquearon el monasterio y se llevaron muchísimas joyas de inestimable mérito; por milagro patente, ó por considerar que poco provecho podrían sacar de ella, dejaron la bandera de los sarracenos, legada por Alfonso VIII.

A este mismo monarca se debe también la fundación del famoso hospital del Rey, magnífico edificio de grandes proporciones, que sirvió para hospedería y alojamiento de los peregrinos que se dirigían á Santiago.

Es notable la puerta llamada de los Romeros, del Renacimiento,



BRIVIESCA.—Plazuela y calle de Santa María.

to, con las estatuas del fundador, de San Miguel y de Santiago. Lo son asimismo el patio con sus hermosas ventanas platerescas y sus escudos y bustos de reyes, y la fachada principal, restaurada en tiempo de Carlos III, siguiendo el mismo estilo del resto de la fábrica, y en la cual se destaca otra estatua ecuestre del Apóstol matando moros.



Aldeano de las cercanías de Briviesca.

VII

Y puestos ya á recorrer los alrededores de Burgos, claro está que no podía faltar una visita á la celeberrima Cartuja de Miraflores, de modestísimo aspecto á primera vista, que se levanta en un montículo pelado y tristón, á tres kilómetros próximamente de la capital.

Cuéntase que en aquel ribazo, y á costa de no pequeñas dificultades, había el rey Enrique III, el de la aventura que dió lugar á la construcción del *Papamoscas*, logrado formar un ameno sitio de recreo con jardines, huertas y un suntuoso palacio. Pero su hijo D. Juan II, á quien sin duda no agradaba gran cosa el sitio, donó generosamente todo aquello á una comunidad de cartujos, que han seguido usufructuándolo hasta la fecha.

Al patio de entrada, triste y silencioso, se abre la puerta de la capilla, de estilo ojival, con algunos restos de adornos platerescos. En aquella puerta golpeamos nadie sabe cuánto tiempo, retumbando fatídicamente los golpes en las soledades del interior, como para hacernos entender que era casi una profanación turbar con semejante ruido la calma de un monasterio cuyos habitantes se consagran exclusivamente á la oración y al silencio.

Por fin, después de muchos porrazos, apareció una especie de sacristán ó demandadero que, previa la resistencia natural que yo he de encontrar siempre para estas cosas, nos dejó franca la entrada y se retiró prudentemente.

Penetramos en la iglesia, de una sola nave,



pequeña y sencilla, y lo primero que atrajo nuestras miradas, como atraerá seguramente las de todos los que caigan por aquellos andurriales, fué el magnífico, el maravilloso sepulcro de los reyes D. Juan II, donante del edificio á los frailes, y de su esposa D.^a Isabel de Portugal.

Es este monumento uno de los mayores prodigios del cincel. No acercándose á él y tocando el mármol, no scierta uno á comprender que aquellas labores finísimas, aquellos encajes casi transparentes no estén hechos por manos de ángeles sobre blanda cera. Tiene la forma de una estrella de ocho puntas, y es un maravilloso conjunto de delicadísimas estatuas, adornos, filigranas, doseletes y torrecillas, todo aéreo, elegante, de un gusto y de una perfección imponderables. No desmerecen del mérito del sepulcro las estatuas yacentes de los reyes, llamando especialmente la atención las vestiduras de la reina, plegadas con exquisito arte, y su tocado de encaje, de tal finura y transparencia que parece acabado de salir del telar.

Esta hermosa obra se debe (es decir, supongo yo que se pagaría á su debido tiempo) al célebre escultor Gil de Siloe, de quien es también el retablo.

Hay además en la iglesia otras dos inestimables joyas, que son:



Labrador de Briviesca.



BRIVIESCA.—Acequia del paseo del Callao.

el sepulcro del infante D. Alfonso y la magnífica sillería que se extiende á ambos costados del templo.

Es el primero un amplio nicho, abierto en elegantísimo arco, con multitud de adornos de crestería, flores y estatuillas, en el cual se destaca la esbelta figura del infante, de rodillas ante un reclinatorio y en actitud de orar. Estatua y marco constituyen un conjunto acabado, perfecto y verdaderamente admirable, de que no se puede formar, ni por la fotografía ni por la descripción, aproximada idea...

Durante nuestra larguísima estancia en la iglesia nos acompañó, de rodillas á uno de los lados del altar mayor, mudo, inmóvil y sin alzar la vista, un fraile cartujo, que parecía una estatua más, con su hábito blanco como la nieve.

Burgos. La aldea *ardía en fiestas*, como puede una aldea arder en eso; es decir, que en una era ó descampado de las afueras se habían reunido casi todos los habitantes á solazarse al son del tamboril y de la dulzaina. Apenas nos acercamos al corro, un grupo de moce-



BRIVIESCA.—Fuente de la plaza.

Cuando ya íbamos á retirarnos con intención de conocer algunas interioridades del monasterio, se levantó él también y desapareció sin hacer ruido, como un fantasma, sin mirarnos siquiera. Siguiéndole, fuimos á parar á un pasillo de paredes desnudas y blancas, estrecho y bajo de techo, al cual se abrían las puertas de las celdas... Nada, no se oía el más leve rumor; parecía aquello el interior de una tumba y daba escalofríos. Se adivinaba solamente á través de aquellos macizos muros la presencia de otras sombras, también silenciosas é inmóviles, como petrificadas, condenadas de por vida á la absoluta incomunicación con sus semejantes.

Cuando salimos de nuevo al patio, á pesar de la brillante luz del sol que iluminaba la colina, no pudimos desechar la impresión de tristeza... ¡Continuaba allí el silencio aterrador del campo-santo!

Empujamos una puertecilla y fuimos á parar á una especie de corral, en que se abrían algunas fosas recién cavadas. Eran indudablemente las sepulturas de los frailes abiertas por ellos mismos.

Más allá, tras una altísima tapia, se extiende la huerta, lo que debió de ser ameno jardín de recreo del rey Enrique, y que en la actualidad sirve para proporcionar á los reclusos su escasa ración de legumbres... ¡Ah, diablo! No se sale en verdad muy contento de la visita á la Cartuja.

Para aprovechar la tarde, dimos con nuestros huesos en Gamonal, humilde pueblecillo que hizo gran papel en la historia por su proximidad á



MIRANDA DE EBRO.—Calle de la Libertad.

fonos como hastiales se aproximó bulliciosamente á nosotros; y sin decir palabra empezó á bailar desafortadamente, con gran movimiento de brazos, á muy corta distancia y mirándonos con sarcronería.

No saben ustedes lo que acobarda y sofoca verse rodeado de hombres liechos y derechos, que danzan como si les corriera prisa



MIRANDA.—Doncella de sañor.

acabar, acercándose más cada vez y sin dejar de mirarle á uno á la cara.

No se sabe si aquello es obsequio ó burla, pero más huele á burla que á obsequio, y acaba uno por incomodarse por dentro, pero procurando que la inconciencia no se trasluzca, por el natural temor de que las cañas se vuelvan lanzas.

Al fin uno de los bailarines cesó en la tarea, y quitándose el sombrero, murmuró con voz que quería ser afectuosa y resultaba agresiva:

—¿Hay algo para los mozos?

Por lo visto todo aquello era una fineza que se dedicaba especialmente á los forasteros, para que cumplieran con lo que tuvieran voluntad.

Yo, que estaba muy quemado por el ridículo papel que á mi entender estábamos haciendo, quietos y silenciosos en medio de aquellos gañanes que

se agitaban como energúmenos, contesté inmediatamente de mala manera:

—Nada, no hay nada.

Por fortuna nos acompañaba en la excursión un distinguido periodista de Burgos, muy conocido y popular en toda la provincia, que indudablemente dió á entender á los pediguños que no debían tomar á mal la repulsa, porque veníamos de lejanas tierras y desconocíamos las costumbres del pueblo.

Á no ser por él, sabé Dios cómo hubiera concluido la bronca, porque los de Gamonal no tienen fama de sufridos ni de suaves...

VIII

Muchos y muy notables recuerdos históricos tienen, además de los ya citados, las cercanías de Burgos.

Por no hacer la relación eterna mencionaré únicamente el insignificante pueblecillo Vivar del Cid, compuesto de cuatro casucas medio derruidas, y cuna del héroe, según la tradición; los restos del monasterio de Fresdel-Val, entre el cual y el de Yuste dudó el Emperador Carlos V, cuando pensó retirarse de las mundanas pompas, decidiéndose al fin por el último; Atapuerca, donde se libró la terrible batalla que costó la vida al rey Garcé de Navarra, y el famoso monasterio de San Pedro de Cardena, construído por Alf. nso III, y reedificado y compuesto multitud de veces en distintas épocas.

Este monasterio debe su nombradía al hecho de haber sido trasladados á él, desde Valencia, los restos de Rodrigo Díaz, y de haber reposado en él durante muchos siglos en unión de los de su esposa D.^a Jimena.

Tiene de notable: la fachada principal y el patio, obras ambas del siglo XVII, una amplia iglesia de tres naves del siglo XV y la capilla de San Sisobuto, donde están el sepulcro de este santo, que fué abad del monasterio, y los de muchos parientes del Cid, por lo que se la denomina también capilla de los héroes.

En el centro se levanta un túmulo

de mármol del tiempo de Felipe V, bajo el cual estuvieron enterrados el Cid y Jimena, hasta que durante la invasión los franceses sequearon el convento, por no faltar á la costumbre, des trozaron cuanto pudieron y profanaron las cenizas venerables, que por último fueron á parar á Burgos, después de muchos traslados y paseos.

Allí se ve también el patio llamado de los Mártires, porque en él recibieron sepultura doscientos frailes pasados á cuchillo por los sarracenos, y cerca de la puerta de entrada dos frondosos árboles que indican, según parece, el sitio en que duern e por toda la eternidad el célebre Babieca, el caballo del Cid. En la actualidad habita el edificio una comunidad de escolapios.



Hablar de Burgos y no mentar el queso famosísimo de la tierra sería olvidado imperdonable.

Es blando, muy sabroso, de una incomparable suavidad, y no tiene más inconveniente que el de su difícil conservación, porque, como suele decirse, se va de entre las manos.

Por cierto que es raro que á ningún industrial se le haya ocurrido la explotación de un pequeño negocio: el de la venta del afamado queso en la estación del ferrocarril al paso de los trenes. Los viajeros pueden adquirir en todas partes, mejor ó peor acondicionados, los frutos ó productos especiales de cada país: naranjas y sandías en la línea férrea de Valencia, butifarra en la de Cataluña, pantortillas en Reinos, aguardiente en Monóvar, almendras en Alcalá, leche en las Navas, chocolate en el Escorial, cacharros en Andújar, mantecadas en Astorga, bizcochos en Guadalajara, etc., etc.

Y se venderían seguramente quesitos de Burgos si hubiera quien los pregonara, porque todo el mundo ha oído hablar de ellos y hay muchos que se irán al otro barrio sin conocer prácticamente el fundamento de su fama.

Propongo, pues, el estudio del asunto á los industriales de la población y... no pido nada por la idea.



La Sísida en una era de Miranda.

IX

—¿Van ustedes a bajar al pueblo?
—¡Ahí Pero ¿no está aquí mismo?
—No señor, está ahí cerca.

Así empezó nuestra excursión a Briviesca, a las nueve y pico de la mañana de un día excesivamente caluroso, poco después de haber partido el tren, que acababa de dejarnos en pleno campo, sin caserío a la vista, y siendo el otro interlocutor un chiquillo como de doce años que, sin más ni más, echó mano a los equipajes y los depositó sobre los lomos de un borriquito que esperaba pacientemente a la vera de la estación. Nos asustó aquello, porque cuando para llevar un modesto zurrón de cnero se necesita caballería, ¡buen pedazo de carretera polvorienta es de temer!

Por fortuna el pequeñuelo, como luego se demostró, tomaba excesivas precauciones. La población no está allí á la mano precisamente, pero no dista más que un regular paseo.

Nosotros entramos, precedidos del burro y del chico naturalmente, por la calle del Duque de Frías, que se denomina también paseo del Callao, y la forman por un lado un enorme caserón antiguo, en cuyo centro se levanta una iglesia, y por otro una acera de casas desiguales y destartaladas. Por el centro corre bulliciosamente una acequia con sus correspondientes puentecillos. El caserón antiguo, según lápida que lo atestigua, perteneció al linaje y casa de los señores de Velasco, que durante el siglo XIV hicieron en la villa muchas y muy importantes fundaciones. Torcemos á la izquierda y damos con la Plaza Mayor, en demanda de un café ó cosa parecida donde tomar un frugal desayuno. El pequeño guía, como diría cualquier traductor de folletines, nos dejó á la puerta de una casa en cuya fachada se ostentaba una muestra que decía: «Café del Mediodía».

Subimos. Nos encontramos con un rellano de escalera y dos puertas herméticamente cerradas. Sobre una de ellas se leía: «Entrada al café»; pero dentro no se oía nada; debía dormir todo el mundo, y Cilla, que no gusta de molestar á nadie á horas intempestivas, me convenció de que sería muy conveniente dejar el desayuno para otro día cualquiera.



Una calle en la parte alta de Miranda.

A esto se debe que hayamos recorrido Briviesca de mediano tálante y un tanto cariacontecidos. A mayor abundamiento, apenas habíamos dado algunos pasos por la calle de Santa María la Encimera, vimos depositado en el portal, según costumbre del país, un atadé entré cuatro blandones, y al terminar la calle, en la plaza del mismo nombre, no nos atrevimos á penetrar en la iglesia, porque llegó á nosotros el tristísimo rumor de una misa de requiem.

La susodicha iglesia, colegiata de Santa María, y único monumento de la villa, tiene una fachada relativamente moderna que, sin embargo, se está hundiendo y por todas partes se ven los sillares desmenuados y á dos dedos de derrumbarse. Algunos maderos inclinados sobre la acera advierten el peligro...

Dicenme que en esta colegiata se conserva una magnífica custodia de plata sobredorada con abundantes piedras preciosas, de que la hizo donación el ilustre briviescense D. Onésimo de Salamanca, obispo de Granada.

Aparte de eso, no tiene Briviesca nada de particular; algunos restos de murallas, algunas casas modernas con miradores y celosías y... un ambiente fresco de la montaña vecina que recrea en



Estación en la carretera de Villaquirán.

y en 1388 se celebraron en su recinto las Cortes que dieron al heredero de la corona el título de príncipe de Asturias.

Averiguado todo esto, y muertos de debilidad materialmente, tornamos al café del Mediodía con la vaga esperanza de encontrar abierta la puerta.

¡Ay! No lo estaba aún, por lo cual, venciendo las meticulosidades de Cilla, nos decidimos á llamar. Abrió un muchacho con los ojos cargados de sueño todavía, y sin descargarlos del todo nos sirvió al cabo de largo rato, en un modesto salón con algunas mesas, un café bastante cargado, pero ¡sin leche! En la mayor parte de los pueblos de España no hay costumbre de mezclar leche con café, lo cual es un martirio para los parroquianos trashumantes.

Confortado el estómago, gracias á la añadidura de una copa de anís del mono, emprendimos la caminata por la abrasada carretera en demanda de la estación, para esperar el tren que había de conducirnos á Miranda.



X

De cuya importancia estratégica y ferroviaria está enterado todo el mundo.

Recientes están los recuerdos de la última guerra civil carlista, en que Miranda jugó principalísimo papel por su situación topográfica y por haber sido casi siempre centro de operaciones, y vibra seguramente en todos los oídos la



MIRANDA.—Lugar donde se desbarata el Ebro.



Campesina de Ebro.

voz del mozo de estación anunciando que allí se paran tantos y cuantos minutos y que hay fonda.

Situada en el cruce de las líneas de Madrid á Francia y de Castellón á Bilbao, ambas de grandísimo movimiento de viajeros y mercancías, con la circunstancia de que á su estación llegan todos los trenes ascendentes y descendentes á la hora precisa de comer, no hay alma nacida que haya ido á baños (y á baños van casi todas las almas nacidas), ni viajante de comercio, ni industrial grande ni chico que no haya pasado por Miranda y no se haya precipitado á la gran mesa redonda, ansioso de viandas calientes. Los nombres de todas las demás estaciones se olvidan, se borran ó se confunden; el de la de Miranda está impreso en la memoria de todo el que haya salido de su casa con rumbo al Norte, para esparcir el ánimo ó dedicarse á los negocios.



Los aficionados á los inocentes placeres del ferrocarril, que son en mayor número de lo que parece (los placeres y los aficionados), gozarían lo increíble observando con tranquilidad desde los andenes el trajín verdaderamente endiablado á las horas de los cruces. Los expresos, los correos, los mixtos procedentes de Madrid, de Zaragoza, de Bilbao, de Irún, van llegando sucesivamente y dejándose el sitio unos á otros, se abren de golpe y porrazo todas las portezuelas, se descuelgan por ellas racimos de personas que se desparraman por la fonda y la cantina, y á los pocos minutos vuelven á ocupar sus puestos para salir pitando.

Especialmente en las épocas de principio y fin de veraneo aquello es un verdadero *maremagnum*; puede decirse que por allí desfila toda España ante los mismos platos y devorando el clásico é indispensable pollo con sus hojitas de lechuga...

Los más avisados, los que conocen el terreno y no olvidan ni en viaje las saludables reglas de economía, no se dejan arrastrar por el barullo y salen de la estación rápida y silenciosamente para almorzar con mayor sosiego y menor gasto en cualquiera de las fondas establecidas en una plazoleta á pocos pasos de los andenes de la vía de Logroño. De estas fondas, la más famosa y concurrida es la de Rámila, á la cual fuimos á parar nosotros, y en cuyo piso bajo, en amplios y alegres salones, se sirve á precios inverosímiles la sabrosa y bien condimentada comida por unas cuantas camareras vixcafnas y alavesas, vivas y relimpias como todas las yscongadas.

Como no teníamos prisa, pudimos observar á gusto el orden admirable que reina en medio de aquellas incessantes idas y venidas. A medida que van llegando los trenes van invadiendo las salas los viajeros, cargados de maletas y chirimbolos. De vez en cuando aparece en la puerta un mozo de la estación que grita: «¡Señores viajeros para tal parte, faltan cinco minutos!» Levántanse unos cuantos, recogen sus equipajes y dejan las sillas á los que vienen... ¡Es muy entretenido aquello!

Se toma el café (si se quiere, porque á nadie le ponen un puñal al pecho, en un patinillo sombreado por enormes castaños de Indias que le cubren con espeso toldo y donde se respira un aire fresco y puro que es muy de agradecer

«en los principios del ardiente Julio»;

se puede jugar al billar en una hermosa galería de cristales que da sobre alegre huerto y puede uno, por fin, dormir la siesta sobre mullido lecho, arrullado por los silbidos de la locomotora y el *trao-trao* de los trenes que entran y salen...

Miranda de Ebro está dividida por el río que la da nombre en dos barrios desiguales y completamente distintos. La parte

antigua, situada en la falda de un cerro en que se levanta un hermoso castillo, se compone de plazoletas irregulares y callejuelas intrincadas que forman un conjunto sumamente pintoresco. La parte nueva, en la cual la calle de la Estación es la más importante, tiene, en cambio, vías anchas y bien urbanizadas, hoteles, casas modernas muy elegantes, con miradores y celosías, etc., etc.

Las dos partes se comunican por un magnífico puente de piedra, otro más pequeño y el del ferrocarril de Francia.

De los edificios de la población merece mención especial la iglesia de San Nicolás.

El ábside, del siglo XI, es una verdadera fortaleza, formada por resistentes arcos de medio punto, con sólidos pilares. En cada arco hay una ventana con columnas que rematan en artísticos capiteles representando bichos y monstruos.

Y... no hay otra cosa de particular digna de contarse.

Si han pasado ustedes, como es de suponer, por la estación de Miranda, habrán visto al lado de la fonda principal otra más modesta á cuya puerta suele haber un gran cartelón que dice: «Comida á la española. Cubierto dos pesetas». Pues bien, allí entramos al ir á tomar el tren de vuelta, con el propósito de saborear el sabroso coído, que atrae como el imán cuando uno abandona sus lares, y nos sentamos tan guapamente entre una multitud de viajeros de escasa pecunia ó aficionados á los garbanzos. Pero ¡ay! nuestro plan no pudo realizarse, porque apenas habíamos dejado á un lado los trebejos y nos habíamos acomodado en las sillas, se acercó misteriosamente un camarero y nos dijo:

—¿Quiéren ustedes pasar á la otra mesa?

Entendí que lo preguntaba porque allí estábamos muy apretados, y puesto que ambas fondas pertenecen al mismo dueño, en el comedor principal nos servirían lo mismo, y no tuve inconveniente en contestar que, por nuestra parte, no había obstáculo para ir donde el quisiera.

Guiónos con mucha complacencia, y hete que, atravesando por un pasillo, nos encontramos en el salón, en el que come la gente adinerada, y sin más ni más empezaron á servirnos lo mismo que á los otros.

—Diga usted—pregunté al que nos había llevado—pero ¿aquí no se come como allí?

—No, señor—contestó el hombre;—esta mesa es mejor, aunque un poco más cara. En cuanto vemos en el otro lado alguna persona que por su *pinta* nos parece bien acomodada, suponemos que se ha equivocado y la traemos aquí.

—¡Porrat! Pero ¿y si yo no quería gastar más que dos pesetas y comer coído?



MIRANDA.—A lavar al río.



MIRANDA DE EBRO.—Una esquina.



—¿Usted? ¡Ca!
Y se fué sin más explicaciones.
Total, que tuvimos que apeschar con la ternera con guisantes, la fresca merluza y el consabido pollo con ensalada...
Entre tanto empezaron á llegar por las vías de Logroño, de Burgos y de Vitoria trenes y más trenes, largos, incabables, repletos de caballos cañones y soldados de todas armas, que saltaron á los andenes inundándolos de la alegría de sus gritos, de sus cantares y de sus uniformes vistosos.

¿Qué pasaba?
Poca cosa. En Bilbao habían sido elegidos concejales, con toda la legalidad posible, dos ó tres socialistas, y el Gobierno de la Nación, instigado por el cacique principal, soñando terribles peligros y sin pararse en barras, los había declarado incapacitados para ejercer sus cargos. Protestaron los obreros, hubo reuniones y discursos, la pasión política llevó su veneno á los pozos de las minas

y se temían graves trastornos.

Los viajeros que iban llegando de Vizcaya contaban horrores. Había habido tiros, cargas de caballería, heridos y muertos... Todo pura exageración, como se vió luego; pero el Gobierno creyó prudente adoptar precauciones, y allá fueron á converger en Miranda, para caer sobre la capital vizcaína, soldados de artillería, de caballería y de infantería de las guarniciones de Vitoria, de Burgos



ROA.—Casa de labor.

de Logroño, que cantaban y reían alegremente, bien ajenos del abuso brutal que indicaba su viaje.

Por fortuna, la cosa no pasó á mayores, y todo se redujo á un paseo militar; pero si se hubiera verificado el choque sangriento, ¿quién hubiera sido el responsable de arrojar unos contra otros á los obreros de los campos, de los talleres y de las fábricas, vistosamente engalanados con atalajes y cordones los unos, negros y destrozados por la ruda labor de la mina los otros?



XI

Cierran por el Sur la fértil y pintoresca llanura de Miranda las elevadas crestas de Pancorbo, peladas, escueltas, enormes, con espantables gargantas y estrechos desfiladeros, y al pie de los cuales se asienta un humilde pueblecito que se está cayendo de viejo.

Son grandemente estratégicos aquellos lugares, pues la disposición de la abrupta montaña forma una serie de fortalezas naturales, que pueden servir de llave para el paso á llanuras de Castilla. De aquí que Pancorbo haya tenido en sus buenos tiempos y pueda volver á tener el día menos pensado, mucha importancia bajo el punto de vista militar.

Las demás poblaciones dignas de mencionarse en esta parte de la provincia son á saber

Castrogeriz, antigua plaza fuerte



Labradores en el campo de Roa.

á orillas del Odra, que hizo gran papel durante la reconquista hasta que la rescató definitivamente del poder de los infieles el conde Fernán González. Fundó en ella un palacio D. Pedro el Cruel, palacio que cedió á los frailes franciscanos, que lo utilizaron para convento.

Pampliega, donde estuvo el monasterio en que encerraron al rey Wamba cuando, rapado traídoramente, tuvo que renunciar á la corona. Del histórico edificio no queda el menor rastro, y únicamente un obelisco indica el sitio en que se levantaba.

Oña, que nada tiene de particular, si no es su famosísimo convento, fundado por el conde D. Sancho para satisfacer el capricho de una de sus hijas, que á todo trance quería ser abadesa de alguna parte. Poco después, muerta esta señora en opinión de santa, se hizo cargo del edificio una comunidad de monjes, y tan buena maña se dieron, que extendieron grandemente su jurisdicción, obtuvieron fueros y franquicias y llegaron á adquirir mucho poder y extraordinaria influencia.

Desaparecieron los frailes y su iglesia quedó convertida en templo parroquial. Este monumento, que data del siglo XII, tiene de notable la puerta principal, de estilo románico; el interior que es una hermosa muestra del ojival; la sillería del coro, primorosamente labrada; el retablo plateresco del altar mayor y, sobre todo, los túmulos de menudo calado y talla prodigiosa que, á uno y otro lado de la capilla mayor, y bajo elegantes templete, guardan los restos del fundador del monasterio y de su esposa, del rey Sancho II, muerto en el sitio de Zamora, de Sancho Abarca y del infante D. García, hijo de Alfonso VII.

Tiene además el convento un magnífico claustro, con infinitad de sepulcros de obispos y guerreros.

Medina de Pomar, que conserva los restos del soberbio castillo de los duques de Frías, que se conocen con el nombre de *Las Torres*, porque lo que queda en pie son dos torres cuadradas y almenadas, y el convento de Santa Clara, que durante mucho tiempo sirvió de panteón á los susodichos Duques.

Y, por último, la antiquísima villa de Espinosa de los Monteros en cuyo término se dió la batalla en que cayó prisionero Riego, y á la cual dieron renombre los fieles servidores de los reyes, encargados de la custodia de sus personas.



ABANDA DE DUERO.—Carrros de transporte.



Un barranco en las cercanías de Aranda.

XII

Los detalles de nuestro viaje á Melgar de Fernamental no se me olvidarán en la vida, especialmente uno.

Habíamos invitado un mi amigo y casi paisano (pues el término de Melgar linda con la provincia de Palencia por la parte de Osorno) á que le acompañáramos en los días de la función de su pueblo, ofreciéndonos su casa. Aceptada la invitación, nos presentamos en Melgar poco antes de la hora de comer, y media hora después nos sentábamos á la mesa con los dueños media docena de invitados del sexo fuerte y unas cuantas chicas burgalesas y palentinas extremadamente simpáticas.

Esta última circunstancia me puso en cuidado desde luego, porque generalmente en cuanto tengo que tratar con alguna intimidad á las mujeres me ocurre un lance que me pone en ridículo.

Aquella vez no podía faltar, y no faltó, efectivamente.

Acomodado todo el mundo, previas las miraditas de curiosidad y las presentaciones correspondientes, apareció la sirvienta, llevando en las manos una sopera llena hasta los bordes de fideos con abundante cantidad de grasa, pues sabido es que las sopas de los pueblos pecan de sustanciosas.

Fuera por simpatía personal ó porque así se lo indicara por señas mi amigo, que pretendía honrarme de esa manera, el caso es que la moza empezó la repartición por mí. Pero ni tuvo la precaución de avisarme, ni yo estaba con toda la atención debida, y levantando distraídamente el brazo, no sé para qué, en el momento preciso en que tenía encima de él la descomunal sopera, volcóse ésta con gran estrépito, arrancando un chillido estridente á la que la llevaba y una exclamación á cada uno de los circunstantes.

Todo, absolutamente todo el contenido de la vasija cayó sobre mi pantalón como yó sobre mi prenda, como es de suponer, hecha una lástima, y yo quemado por fuera y atolondrado por dentro. No sólo no pude participar, como hubiera sido mi deseo, de la franca alegría que reinó en el banquete, sino que, acabado éste, se vió clara y distinta-

mente que yo estaba en grave compromiso, porque era absolutamente imposible salir de casa ni presentarse en parte alguna con una mancha como aquella.

Los demás convidados, que habían venido á la fiesta de los pueblos comarcanos, no tenían, como era natural, más pantalones que los puestos, y pensar en utilizar alguno del dueño de la casa era pensar en lo excusado, porque, como se dice vulgarmente, *me doblaba las carnes*, y hubiera sido lo mismo que meterme en camisa de once varas.

No sé quien indicó la idea relativamente salvadora de que aquello se quitaba fácilmente con greda, y que todo era cuestión de pasarse la tarde en calzoncillos, porque la greda requiere mucha calma para secarse y mucho tiempo después en la cepilladura.

Hubo, pues, que apenar con el remedio, y mientras los demás comensales echaban cada uno por su lado á gozar en lo posible de las fiestas, á mí, mustio y cariacontecido, no me quedó más recurso que el de acostarme en toda regla, entregando mi pantalón á la propia criada causa inocente del conflicto.

Tendíme, pues, en una mullidísima cama con no sé cuántos colchones (muchos, porque había que obsequiar á los forasteros) y me quedé á solas con mis pensamientos no muy alegres, en tanto que Cilla y los demás compañeros de hospedaje, las muchachas simpáticas inclusive, se iban al baile de la plaza ó Dios sabe dónde.

No hay que decir que, como á la ocasión la pintan calva, yo la aproveché para dedicarme á la más negra filosofía, considerando cuán fácilmente se truncan las ilusiones y se desbaratan los planes, cuya realización depende á lo mejor del vuelco de una sopera.

En estas y las otras, al cabo de no sé cuántas horas me quedé dormido.

Pero en lo mejor de mi apacible sueño sentí una algarabía como la que podría producir entrando tumultuosamente en la alcoba una legión de diablos, y creí oír una voz no muy clara que decía: —¡Vamost gte levantas ó qué?

Y al mismo tiempo una mano imprudente arrampapla con las cubiertas de la cama y me dejaba en ropas menores al aire libre.

Nadie sabe el trabajo que me costó volver de mi asombro al contemplar, rodeando el lecho, una porción de apreciables sujetos desconocidos que se reían de mí catadura á mandíbula batiente...

Por fin divisé entre el grupo la sonrosada faz de Cilla, mucho más sonrosada que de ordinario, el cual parecía también gozar del espectáculo como un bendito, y demostraba tener gran confianza y tratar con excesiva familiaridad á todos los presentes, especialmente al que había tirado de la manta, tuteándose de buenas á primeras.

¿Qué había pasado?

Pues, según se supo después, había pasado que los simpáticos melgareños habían cogido á mi compañero por su cuenta, y presentación por aquí, visita por allá, le habían traído y llevado toda la tarde,



ARANDA DE DUERO.—Entrada del pueblo.



ARANDA. — Un rincón de la plaza en día de mercado.

acabando por enseñarle unas cuantas docenas de bodegas, ¡de las mejores bodegas del pueblo! haciéndole catar una porción de caldos y catándolos ellos también para que se animara.

El resultado era de temer. El uno venía con la chaqueta del revés, el otro con la corbata de colorines hecha un guifiapo, el de más allá con el sombrero abollado y lleno de manchas, y todos juntos, alegres, parlanchines y atrevidos, habían resuelto que cesara mi forzosa clausura, aunque tuviera que salir á la calle como un tío de juguete cómico recién llegado de América (el tío, no el juguete)...

XIII

Aquella misma noche se celebraba un baile de sociedad, baile del señorío, que no puede faltar en las fiestas de los pueblos castellanos y que suele verificarse en el casino, cuando hay casino, en una panera, en el salón principal del ayuntamiento ó en el local de la escuela pública. Este último punto fué el escogido por los mozos de clase de Melgar para obsequiar á los forasteros.

Se habían quitado de enmedio las lar-

gas mesas destinadas á los alumnos y se habían colocado bancos y sillas á lo largo de las paredes. En la tarima ó estrado del maestro, junto al encerado y los mapas, se colocaría oportunamente la murga contratada al efecto sabe Dios dónde, murga cuya base era el clarinete (¡y cómo no), y que empezaría sus funciones en cuanto concluyera la de autómatas con que se inauguraba la velada.

Este teatro Guignol en estado primitivo, que se usa aún bastante en los pueblos pequeños de Castilla, no requiere más aparato que una colcha colgada de una cuerda, detrás de la cual se oculta el Maese Pedro infeliz que mueve los muñecos.

Y estos muñecos, toscamente labrados, son invariablemente el Cristóbal de cabeza gorda, armado de una porra descomunal, y otros dos ó tres representando personas de distintos sexos y categorías, destinados á sufrir, desde que empieza la representación hasta que concluye, los tremendos porrazos del protagonista.



Campeño de las cercanías de Aranda.

Ello se reduce á que aparecen y desaparecen por la parte superior de la colcha, diciendo unas cuantas palabras que repiten hasta la saciedad, intercaladas en una variada colección de aullidos, gritos, quejidos y aspavientos, y amenizando el escaso diálogo con golpes y más golpes.

Fué, sin embargo, aquello motivo de gran alegría para la concurrencia, que se refa á mandíbula batiente de la cachiporra de Cristóbal y de sus infinitas hazañas, y particularmente para nosotros, que nos hacíamos la ilusión de asistir á la representación de una pieza de brocha gorda, de las que ahora se usan mucho y tienen los principales efectos cómicos en los mismos apabullos, gritos, patadas, palos y manotones que la de Melgar.

Terminó ésta, desapareció la colcha, subió la murga á la tarima y empezó el baile.

Un baile con todas las de la ley, en que los mozos pusieron todo su empeño en demostrar agilidad y resistencia en las polkas, las jotas y los vales corridos, y las señoritas, emparejadas con lo mejor del cofre, se esponjaban con las invitaciones ó se repudrián al quedarse sentadas...

Cilla pasó la noche en amena conversación con los señores mayores, al lado de los músicos, y yo me lancé, recordando mejores tiempos de estudiante de aldea, á los placeres de aquella danza honesta y llena de atractivos; pero tuve que dejarlo también, en vista de que todas las muchachas, buscando tema para rehuir mis píropos, daban en la flor de hablarme del lamentable incidente de la sopera, que, por lo visto, no era un secreto para nadie en diez leguas á la redonda.

Cuando, ya de madrugada, cesó el bailoteo y fueron retirándose paulatinamente las mujeres y los señores formales que habían dado conversación á Cilla, quedamos en el salón nosotros y unos cuantos jóvenes de trueno, que, no por obsequiarnos, sino porque, según parece, es costumbre en casos tales, improvisaron un almuerzo de sopas de ajo con huevos, que despachamos guapamente sobre una de las largas mesas de la escuela.

Mucho nos confortó el refrigerio, y con él y unas cuantas horas de descanso, quedamos como las propias rosas para asistir á la corrida de novillos.

¡La corrida de novillos!

Este era, como es de suponer, el principal encanto de las fiestas, y desde las primeras horas de la mañana estaba la plaza rebozando gente. Se había hecho el redondel, como es de cajón, cerrando las bocacalles con carros que, para coger buen sitio, ocupaban desde muy temprano mujeres y chiquillos, armando una algarabía estrepitosa.



ARANDA DE DUERO. — Fachada de la iglesia de Santa María.



Los mozos de Melgar y de las cercanías, ansiosos de probar su arrojo ante la muchedumbre, formaban animados grupos, con las chaquetas ó las mantas al hombro, adoptando posturas jacarandosas apropiadas al acto que iba á celebrarse y discutiendo acaloradamente las condiciones del ganado. Balcones, rejas y puertas de las casas, tomados de antemano, brillaban con los colorines de los pafuelos y de las sombrillas, y por todas las calles adyacentes afluían con alegría bulliciosa, con la precipitación del que llega tarde, los restantes vecinos y *transeúntes* que habían pasado Dios sabe cuántos meses pensando en aquel dichoso momento que estaba al caer.

Por fin, se abrió la puerta del corralillo en que estaban encerrados los moruchos y apareció el primero de la serie, que fué saludado con una gritería atronadora. Tenía unas estas muy respetables... emboladas afortunadamente. Paso por alto los incidentes de la lidia, incluso los sustos que hubimos de pasar, apretujados primero contra las ruedas de un carro, y al cruzar la plaza después para entrar en la casa á que habíamos sido invitados, porque no parecía sino que el condenado animal nos andaba buscando las vueltas, y me limitaré á describir la suerte *del cesto*, grandemente cómica y que yo no había visto hasta entonces.

Un mozo de buenos puños, ó que él crea que los tiene por lo menos, coge un cesto de acarrear uva, de esos cestos enormes que



casi cubren á un hombre por completo, y atravesándole de parte á parte con un palo y empujando éste por los dos extremos, avanza hacia la res protegido por esta especie de muralla de mimbre.



Detrás de él, formando larguísima cola y agarrándose cada uno á la chaqueta del que va delante, marchan cuantos mozos quieren tomar parte en la suerte, y ésta consiste en aguantar á pie firme la embestida del novillo presentando siempre el cesto para recibir el topetazo.

Como los toros generalmente no acometen con mucho mimo, á cada golpe de la fiera cruje el cesto, se bambolea el cuerpo del que le sostiene y la oscilación repercute en toda la fila. La gracia está en maniobrar con ligereza para que el cornúpeto no arremeta nunca de costado, para lo cual, como es consiguiente, á cada pequeña evolución del cabeza de línea tienen que correr desenfrenadamente los de la cola. Así y todo, muchas veces uno se suelta, otro se cae, el bicho hace un *extraño* ó el del cesto no acude á tiempo á recibir el golpe y la fila se descompone con gran barullo y no pocas carcajadas de los espectadores, que celebran el zafarrancho que sigue el percance. Otras veces los que forman la cuerda no hacen bastante fuerza para sostener al que lleva el cesto y, al querer resistir la acometida, todo se viene abajo como un castillo de naipes. Por fortuna, como antes he dicho, las bolas de los

rancho que sigue el percance. Otras veces los que forman la cuerda no hacen bastante fuerza para sostener al que lleva el cesto y, al querer resistir la acometida, todo se viene abajo como un castillo de naipes. Por fortuna, como antes he dicho, las bolas de los



cuernos evitan graves trastornos y todo se reduce á unos cuantos revolcones y hocicadas. Y... con esto no canso más.

XIV

¿Han viajado ustedes alguna vez en tren de mercancías? ¿No? ¡Pues no saben ustedes lo que es gloria!

Y de mercancías es uno de los trenes que recorren diariamente el trayecto entre Valladolid y Ariza, uniendo los ferrocarriles de Zaragoza y del Norte. En él tomamos asiento, por mal de nuestros pecados, para dirigirnos á Aranda de Duero, situada próximamente en el promedio de la línea, á las siete en punto de la mañana, cuando ya picaba el sol de una manera desesperante.

Este calor de las llanuras de Castilla no se parece á nada si no es al del infierno. Aplasta, ahoga, dificulta la respiración, imposibilita los movimientos y produce un sopor, un aplandamiento indecibles. La dilatadísima campiña, en que se mueven trabajosamente los segadores, está bañada por un entulísimo polvo de oro que semeja un incendio de la atmósfera, mientras se aspira ese olor penetrante de la paja seca que viene de todas partes...

Y el tren iba caminando lentamente, como si le costara infinito trabajo avanzar entre aquellas oleadas de fuego, dejando ver en la lejanía los pueblos grises y tristonos, las cuadrillas inclinadas sobre la mies, los acarreadores cargando los carros con los pesados horcones de puntas de hierro, los trillos dando vueltas perezosamente, con un hombre sentado en el banquillo, achicharrándose en la inacción más absoluta...

Allá arriba, á larga distancia de la estación, edificado sobre un cerro, se ve el terroso caserío de Roa, que jugó importante papel en la primera guerra civil carlista, y donde encontró trágico fin el famoso guerrillero de la Independencia D. Juan Martín, el *Empecinado*. Roa fué incendiada por el cura Merino y no quedó piedra sobre piedra. Tan espantosa fué la catástrofe que, con estar tan lejana, aún se habla de ella con horror en muchas leguas á la redonda.

Por fin, después de hacer paradas interminables en todas las estaciones, para tomar y dejar vagones de mercancías, arrastrándose el convoy más que rodando, rabiosos de sed y con la piel abrasada, llegamos á la estación de Aranda, término de nuestro viaje. Allí nos embanastamos en un carricoche, que á los veinte minutos nos dejaba sanos y salvos, aunque con la sangre como el carbón, bajo el arco de entrada al pueblo, á pocos pasos del magnífico puente de piedra sobre el Duero y muy cerca también de la Plaza Mayor.

La cual ofrecía, en aquellos momentos precisamente, un aspecto animadísimo y curioso. Era día de mercado, y los mercados de Aranda, en esta época del año especialmente, tienen importancia excepcional, porque á ellos acuden los campesinos de toda la re-



ARANDA.—Calle del general Catañán.

gión á vender hortalizas y granos y á proveerse de instrumentos de labranza. Así es que materialmente no se podía dar un paso,

Los antiquísimos soportales, donde están los mejores comercios, hervían de gente, y la plaza entera estaba ocupada por pintorescos grupos de vendedores y compradores. Puestos de cacharros, cebollas, pimientos, baratijas, bieldos, palas, horcas, arados, etc., etc., y alrededor de ellos una abigarrada multitud de aldeanos de gorra de pellejo, calzón corto, zajones y abarcas, y mujeres de *aparejo redondo*, con sus refajos chillones y sus pañuelos rameados...

Para movernos con relativa facilidad hubo que esperar á la hora de la comida, en que aquello se despejó un poco.

Todas las calles afluentes á la plaza presentaban entonces, por cierto, un hermoso golpe de vista. Los forasteros, formando numerosos ranchos en las aceras de la sombra, desocupaban las alforjas y embaulaban sus viandas. Parecía aquello una romería en poblado. Y si á esto se añade el fondo de casucas viejas y destartaladas, de callejones pendientes y de soportales desiguales y variadísimos, se comprenderá que el cuadro ó los cuadros eran dignos de verse y reproducirse.

Aranda, cuya riqueza consiste principalmente en las cosechas y cereales de superior calidad, es una población de historia.



En ella fijaron su residencia en distintas ocasiones los Reyes Católicos, vivió allí el cardenal Cisneros, Felipe II la hizo corte durante dos años, y de ella (no de la corte de Felipe II, sino de Aranda) partió Napoleón con todo su ejército para caer sobre Madrid.

Poco conserva de sus pasados esplendores. Lo único verdaderamente notable, lo digno de admiración, lo que sorprende agradabilísimamente entre aquellas callejuelas, es el templo de Santa María, y más que el templo su monumental y magnífica fachada, una de las más hermosas fachadas de iglesias que yo he visto en mi vida. Siento que el fotograbado haya salido borroso, como por decisión de los genios maléficos me salen casi todos los fotograbados, porque no podrán ustedes formarse idea, ni siquiera aproximada, de aquellas finísimas labores, sutiles encajes y prodigiosas filigranas, que superan en mérito y delicadeza á cuanto la imaginación puede figurarse.

El interior, de tres naves, no corresponde ni con mucho á la magnificencia de la fachada, y solo es digno de notarse un pórtico del Renacimiento.

Gótica también, como la parroquial de Santa



ARANDA.—Plaza del trigo.

María, es la iglesia de San Juan Bautista, en la cual se celebró un concilio á fines del siglo XV.

Y no hay más monumentos, ó por lo menos yo no he visto otros.

XV

El cochero que nos condujo desde la estación era muy amable.

Se tomó por nosotros el mismo interés que se tomaría un padre por sus hijos; cuidó de encargarnos oportunamente nuestra comida en una posada de la plaza cuyo título no recuerdo, y quedó en volver á buscarnos á tiempo para no perder el tren de vuelta. Porque, eso sí, concluido el mercado, vista la iglesia de Santa María y visitada la población á paso de carga, no sé qué pueda hacer un cristiano en Aranda de Duero.

La posadera cumplió su palabra, y á la hora prefijada estaba dispuesta la mesa.

¡Ay! No puedo resistir al deseo de copiar el *menu* para regodeo interior de los lectores.

Se compuso aquél de lo siguiente: sopa de arroz abundante, sustanciosa y muy en su punto; cocido de garbanzos con chorizo, tocino, carne y habichuelas; escabeche de bonito con cebolla y pimientos, *lechazo* asado con ensalada y peritas de las que llaman cermeños y pastas para postres. Para los que no estén enterados advertiré que lechazo es el cordero *nonnato* que alían admirablemente en aquella tierra. Bueno, pues todo eso costó dos pesetas por barba. ¿Habrás visto baratura como ella? ¡Y aún creo yo que en el precio cargarían la mano, teniendo en cuenta que no se trataba de huéspedes estables!

Apenas habíamos metido el diente al último cermeño, se presentó en la puerta del comedor, á recordarnos que no es conveniente entregarse á los placeres de la gula, el cariñoso cochero; tan cariñoso, que al dejarnos media hora después en el andén, no



ARANDA. - Ajuste de una pala.

Lerma fué plaza fuerte de primer orden durante el período de la Reconquista; fundada por Alfonso VII, resistióse largo tiempo en ella D. Juan Núñez de Lara contra Alfonso XI, que para rendirla hubo de construir muros y fortalezas enfrente de los de la ciudad rebelde, y la engrandeció el célebre duque de Lerma, favorito de Felipe III, que mandó construir en ella un palacio y la colegiata.

Salas disfruta de renombre por los siete infantes de Lara, cuya historia y trágica muerte quedan relatadas.

En el distrito de Salas se levanta el famoso monasterio de Silos, fundado por Fernando I, y que conserva el maravilloso claustro del siglo XI, que encierra innumerables preciosidades artísticas, el sepulcro de Santo Domingo de Silos, consistente en una enorme piedra sostenida por leones, y la magnífica urna de plata y bronce en que se guardan las cenizas del santo





CÁCERES

I

Las regiones son como las personas: la que no se da tono se pasa sin él.

Hombre que no haga notar y que no exagere sus buenas cualidades, venga ó no venga á cuento, se irá á la tumba sin que las conozca alma nacida; provincia que por boca de sus habitantes no dé á conocer á las demás la hermosura de su territorio pasará por monótono y triste yermo por los siglos de los siglos, así sea un paraíso tan frondoso y bello como el de la Biblia.

¿Quién, al hablar de vegetación espléndida, de cielo diáfano, de vegas encantadoras, de riachuelos murmuradores y de montes magníficos, se acuerda para nada de la provincia de Cáceres? Serán citadas acaso las meridionales como floridas, fértiles y perfumadas, ó las del Norte como abruptas, maravillosas y sorprendentes; pero esta modestísima comarca extremeña, que reúne en sí las mejores cualidades de las del Septentrión y las del Sur, inadvertida quedará para los aficionados á lo bueno por no decir este suelo es mío.

Y vamos por partes.

Navalmoral de la Mata es el primer pueblo de relativa importancia que se encuentra en la provincia de Cáceres sobre ó cerca de la línea férrea directa de Madrid á Portugal.

Es un pueblo alegre, chiquitín, coquetón, dominado por unos cerros de no mucha altura cubiertos en toda su extensión de frutales, de olivos, de encinas, de viñedos... verdes de la falda á la cima, recortados en todas direcciones por las pequeñas tapias que separan unas de otras las heredades.



Niños de Navalmoral.

Desde la cumbre de uno de estos cerros, dominando el extenso valle que va á perderse en los límites de la provincia de Toledo,

contemplando enfrente la altísima sierra, oscura por el robledal macizo y salpicada en el lomo por caprichosos *brochazos* de nieve, se ve á los pies la diminuta población de Navalmoral, con sus caperuzas rojas, su campanario humilde y sus calles solitarias y tortuosas.

Los caminos que parten á derecha é izquierda parecen hormigueros, en cambio. Numerosos grupos de labradores se encaminan á sus faenas, á pie ó á caballo; forman en largas hileras las carretas de bueyes; algunos devotos y devotas se reúnen en grupos junto á la ermita de las Angustias, tapadas con sus mantillas negras las mujeres, envueltos los hombres en amplias capas para desafiarse al sol que tuesta; y mozas, viejas y niñas que no tienen labor forzosa en el campo ascienden lentamente por el áspero sendero que conduce á una fuente de agua cristalina que brota al pie de uno de los cerros...

La vestimenta femenina es cosa curiosa:

Consiste en corpiño ó *chambra* y falda corta, pañuelo de sandía cruzado por el pecho y otro pañuelo de distinto color colocado suelto en la cabeza, de modo que una de las puntas caiga sobre la espalda y las otras dos delante de los hombros. Sobre



NAVALMORAL.—Calle de Solie.

II



NAVALMORAL.—Casucas de la calle de Campomanes.

este pañuelo va colocado un sombrero ancho de paja, y más comúnmente de fieltro, flexible, exactamente igual al de los hombres y con el ala caída.

Todas ó casi todas las mujeres van descalzas de pie y piernas, marchando sobre los guijarros de las calles y por las escabrosas sendas del monte con una ligereza y una tranquilidad que espantan.

El detalle de la falta absoluta de calzado, primero que se echa de ver, choca extraordinariamente... hasta que se acostumbra uno.

Los niños, no siendo de pecho, rara vez se llevan en brazos, sino á horcajadas sobre una de las caderas, lo cual permite mayor libertad de movimientos y hasta creo que proporciona alguna comodidad á las cristuras. No lo aseguro, porque ni me ha llevado así ninguna moza de Navalmoral, desgraciadamente, ni me acuerdo de cuando me quitaron el pecho, como dice el colegialito del sainete *Pepa la frescachona*.

Las que van por agua á la fuente llevan el cántaro vacío tumbado sobre una almohadilla en la cabeza, y estos sistemas permiten conducir, sin grandes molestias y con relativo desahogo, dos niños y un cántaro...

Los hombres usan sombrero ancho, chaquetón, pantalón largo y zajones cumplidos, ó calzón corto y polainas.



Navalmoral de la Mata, visto de cerca, no tiene nada de particular absolutamente. La calle principal, que le cruza, es la de Don Antonio Concha, sin edificios notables, irregular y no muy larga. En su promedio está la fachada posterior de la iglesia, y en uno de sus extremos, en el vértice del ángulo que forma con el paseo (llamémosle así) de la Estación, se alza la sencillísima ermita de las Angustias, recientemente con-

vertida en parroquia. La fachada principal de la iglesia nombrada primeramente corresponde á la Plaza Mayor, y creo que única del pueblo, á la cual da también la del Consistorio, una modesta casita de dos pisos sin adornos ni fruslerías arquitectónicas.

Todas las demás calles de Navalmoral no son propiamente calles, sino callejuelas, pintorescas como ellas solas, con sus casucas bajas, irregulares y mal alineadas.

Pero... juro á Dios en primer lugar y á ustedes en segundo que el conjunto no puede ser más simpático.

Lo cual no quiere decir que, á la larga, no pueda acometer allí el aburrimiento al menos melancólico.



NAVALMORAL.—Ermita de las Angustias.

Camino más accidentado, más risueño, más... lindo, y ustedes perdonen, que el de Navalmoral á Hervás, especialmente desde Plasencia á este último punto, no creo que haya otro. (Es decir, sí creo que lo habrá y diré esto mismo muchas veces; pero téngase en cuenta que el que viaja rápidamente juzga por impresión y sin pararse á establecer comparaciones.)

Antes de intentar describirle, y por si acaso la descripción se queda en intento, debo recomendar, aunque ya sé que inútilmente, á las demás Compañías de ferrocarriles los nuevos coches con que forma sus trenes de viajeros la de Malpartida á Astorga. Se encuentran en ellos todas las comodidades apetecibles, comodidades que contribuyen naturalmente á que se admiren con más gozo las bellezas de los paisajes y á que se acuerde uno menos del precio del billete.

Son grandes salones divididos en departamentos, cruzados por un pasillo central, con dos espaciosas plataformas, una á cada extremo del coche. Cada departamento tiene cuatro asientos, y además en cada plataforma hay otras cuatro sillas de rejilla que, una vez desocupadas se recogen automáticamente...

Ya sé que estoy descubriendo el Mediterráneo, porque de esta disposición y hechura hay muchos vagones en diferentes líneas, pero esperen ustedes un poco.

La novedad de éstos consiste en que los departamentos de primera, preparados con verdadero lujo, no se reducen á ocho sillones, que más quitan que dan libertad al viajero, sino que estos sillones se convierten en cuatro camas completas, ó en dos de matrimonio de la manera más fácil del mundo... y sin aumento alguno de precio. Además, cada sección del departamento se aísla de la otra por medio de cortinas, y además, en las tres clases hay calo-



NAVALMORAL.—Por agua á la fuente del monte.

ríferos que se abren ó cierran á voluntad del consumidor, termómetros, retretes, perchas y otra porción de gangas.

Como ustedes ven, éste ya es otro Mediterráneo.

Volviendo á caminar hacia Hervás, con todas las comodidades especificadas, diré que... aquello es un encanto. Extensas praderas, verdes montañas, pintorescos carrejos, puentes rústicos, olivares, robledales, bosques de encinas... una vegetación exuberante, espléndida, y á cada paso distintos panoramas á cual más encantador y alegre, cuanto se diga es poco!

Al llegar á la estación de Hervás se siente haber llegado, y eso que se ve allí abajo un pueblecito rodeado de huertas, arrullado por el cadencioso rumor del río que se rompe en las presas, defendido de los huracanes por los picachos coronados de nieve, encerrado entre apretados bosques de copudos álamos, rey y señor de una vega florida y brillante.

Se nos acercó el hombre misterioso de todas las estaciones en que no hay coches que conduzcan al caserío.

—¿Tienen ustedes algo que llevar abajo?

—Sí, señor. Esto.

Cogió las maletas y echó á andar por la carretera que, describiendo una gran curva, va á parar al pueblo.

—¿Van usté á la fonda?



—Sí, señor; pero... oiga usted, ¿no hay otro camino más corto?
 —Hay otro, pero éste es mejor, aunque un poquito más largo.
 —¿Podremos tomar un refresco en cuanto lleguemos? ¿Hay café en Hervás?
 —¿Cafés? Tre na má.
 ¡Na má! ¡Todavía le parecían pocos al hombre!
 Salvada la curva, llegamos á la puerta de la fonda, que es á la vez, según reza el rótulo, *Círculo de la Unión* nada menos. Y, efectivamente, allá, en el fondo del portal, se veía un saloncito con unas cuantas mesas de mármol. En cuanto se arregló la cuestión del cuarto y se colocaron los equipajes, la sed abrasadora, excitada por aquel día caluroso, nos hizo pensar con delicia en la circunstancia de tener el *Círculo de la Unión* en casa.
 —¿Puede usted darnos—dije á la dueña—una botella de cerveza?
 —No hay.
 —¿Y gaseosa?
 —Tampoco. Aquí no se traen refrescos hasta que hace calor.
 —¡Caramba! Pues qué, ¿no lo hace ahora?
 —Lo tendrán ustedes, porque vendrán de allá abajo; pero aquí se van ustedes á helar si no echan mano de las mantas.



Cruz del siglo XIII á la entrada de Navalmoral.

Cilla me miró y yo miré á Cilla con asombro. ¡Cielos! ¿Sería cierto que hacía frío en Hervás y no lo sentíamos nosotros? Como si quisiera convencernos, la buena señora entró en la cocina y se puso á arreglar un brasero.

III

Callejones oscuros, intrincados, sucios, revueltos, mal empedrados; casucas negras de piedra con remiendos de madera, teja y ladrillo, vetustas puertas de dos hojas horizontales formadas de tablas sin labrar, con enormes cerrojos, clavos y bisagras llenos de herrumbre, cargados de siglos; corredores de madera que parecen derrumbarse sobre el transeunte, portales que parecen covachas, encrucijadas, revoltijos, cuestas... todo negruzco, desigual, enrevesado... Eso es lo que constituye la población de Hervás, dominada por una vetusta, sencillísima y pobre iglesia cuyos paredones grises se atreven á mirar cara á cara á las montañas vecinas, que con su verdor eterno y con sus perfumes agrestes infiltran la alegría en aquellas callejuelas, dándolas no sé qué belleza incompañable, saturándolas de una poesía especial, dulcísima, que arroba y suspende.

El panorama que se divisa á uno y otro lado del cerrillo en que se levanta el templo es variadísimo y pintoresco. Cerca del río, cuya corriente se utiliza en algunas fábricas de tejidos y de harinas y en la de la luz eléctrica, está el barrio de los judíos ó de las *sinagogas*, más revuelto, intrincado y pobre que los demás de la población; hacia el Sur se extiende el fértilísimo valle cuajado de huertas y de alamedas frondosas; al Norte se levanta la montaña, de un verde oscuro en los primeros términos por los espesos bosques de castaño, gris en las alturas lejanas, y blanca en los picos, desde los cuales se alcanza á ver la famosa sierra de Gredos, en la provincia de Avila.



NAVAMORAL.—Lavando en uno de los montes.

Lo que pudiéramos llamar arrabal moderno, que se extiende al extremo opuesto del río, tiene algunas casas de mejor aspecto, ó que lo parecen al menos, sin duda por el contraste con el núcleo del caserío que se agrupa en torno á la plaza del Relator González, pequeña, irregular, negruzca también, adornada con algunos soportalucos bajos, y de la cual parten los tortuosos callejones que en áspera cuesta conducen á la meseta de la iglesia parroquial.

Hay que ver á Hervás de noche, alumbrado por diminutas bombillas de luz eléctrica, que difunden una claridad tenue por la negrura de los paredones y el suelo, avorando pavorosos fantasmas, mientras el eco repite en la sierra el monótono rumor de las presas del río. Y se comprende que, con bombillas y todo, se pueda creer en trasgos y brujas.



IV

¡Hermoso amanecer el de aquel día de Mayo!

Brillaba el sol naciente en la nieve de las crestas, matizando de alegres tonos la campiña, haciendo relampaguear en las quebradas el agua rumorosa de los arroyos y las gotas de agua suspendidas en los yerbajos de las praderas, los



Una casa en la parte alta de Hervás.



Guardia civil en servicio de carretera.

aromas de la primavera llenaban el valle, y parecían brotar de un mar de verdura los tejadillos encarnados de Hervás.

Parece mentira que en aquel apiñado caserío, que cabe al parecer en la palma de la mano, se alberguen cerca de cinco mil habitantes, soliviantados de continuo por las luchas políticas, que los dividen en bandos para que se odien y persigan con inusitado encarnizamiento.

Preparábanse por aquella fecha las elecciones municipales y se agitaban y enardecían los sencillos montañeses, ni más ni menos que si se tratara de una gravísima cuestión de honra. En el vecino pueblo de Aldeanueva, donde los ánimos estaban más enconados, se esperaba que hubiera una verdadera batalla, cuyas consecuencias no podían preverse. Porque es de advertir que los vecinos de Hervás, criados entre la poética placidez de la exuberante naturaleza, tienen (la gente moza sobre todo) un geniecito de mil diablos, y por la cosa más pequeña se pasan á mayores y salen á relucir las pistolas y las armas blancas en un santiamén.

Relata ferro, como decía el otro.

¶ Efecto de este interés por las cuestiones públicas es un periódico denominado *El Ariete*, cuyos instintos de pelea constante se revelan en el título.



HERVÁS.—Soportales de la plaza del Relator González.

Este *Ariete* se imprime en Cáceres, por falta absoluta de medios en Hervás.

Población encantadora de la cual nada más tengo que decir por ahora.

Y vamos á Plasencia.

Ciudad que disfruta gran nombradía en la región y es considerada como la más importante ó una de las más importantes de la provincia. Y que revela su preponderancia á simple vista en lo sólido de sus construcciones, en sus monumentos antiguos que se destacan á gran distancia erguidos, orgullosos y firmes y en la animación de sus alrededores. Entramos en ella por un camino sombreado por copudos árbo-



Carreta de Navamorán.

les, cruzando el río Jerte y casi trepando por la empinada cuesta que da acceso á la calle en que se levanta el parador de Inés Cano, que nos había recomendado eficazmente el revisor de billetes del ferrocarril de Malpartida á Astorga.

Es esta calle, cuyo nombre siento no recordar, tortuosa, empinada, alegre, formada por edificios desiguales, y como ella son todas las demás de Plasencia. Asimismo, la Plaza Mayor, bastante grande, con soportales de épocas diferentes, tiene el mismo carácter de todas ó la mayor parte de las plazas de Extremadura. Pero en ésta abundan los paseantes del *señorio*, que en lo de mirar con cierta curiosidad mezclada de asombro á las máquinas fotográficas se parece al pueblo bajo como un huevo á otro.

Muchos y muy interesantes edificios hay en Plasencia; pero descuella entre todos la catedral, que se quedó sin concluir y que por esta circunstancia tiene, vista de lejos, un aspecto diferente de los restantes templos del mundo. Es obra de Herrera, que no la terminó por haber sido llamado á dirigir las del monasterio del Escorial, y no parece sino que en ella quiso estudiar el célebre arquitecto la amalgama de distintos órdenes.

La fachada principal, severa, imponente y en la cual todo pilares, frisos, ventanas, obedece á la línea recta, está labrada con finura y delicadeza y enajada materialmente de arriba abajo de figuras, ramajes y adornos que guardan entre sí admirable simetría. En el resto del edificio hay así como tentativas de variar el orden sin decidirse del todo, y aquí apunta un detalle gótico, y allá otro árabe, y más allá otro del Renacimiento... Las agujas son finísimas, pequeñas y esbeltas; la torre es sencilla, cuadrada, y al suspenderse la fábrica quedó á la altura de la bóveda, de modo que desde lejos apenas se la distingue. En cambio, campea sobre el tejado una airosa espadaña de tres cuerpos, ¡y calculen ustedes el efecto que





Labriegos de Hereta.

hará ver una catedral grande, maciza, sólida, con agujas góticas y con una espadaña humilde!

Conserva Plasencia de sus antiguas fortificaciones bastantes restos, lienzos de muralla, cubos, torreones, y allá en la parte más alta, cerca del acueducto y de la plaza de toros, los cimientos y algunas torres de lo que debió de ser fortaleza imponente; y de sus esplendores pasados muchas casas solariegas, de sillares grises, con inmensos portales y artísticos balcones y ventanas.

Hemos visitado el interior de una de estas casas, la del marqués de Mirabel, que tiene un notabilísimo patio con airosas columnas y una escalera monumental de una grandeza y severidad que dan escalofríos.

En la casa llamada del Dean, situada enfrente de la catedral, y de unas proporciones enormes por cierto, hay un balcón de esquina también muy notable. Y repartidos por toda la ciudad, arcos, pasadizos, escudos, labores y filigranas cuyo detalle sería el cuento de nunca acabar.

Atraídos por la fama de la *escalera al aire*, que es lo primero que citan los placentinos cuando por sus monumentos arquitectónicos se les pregunta, fuimos al antiguo convento de Santo Domingo, en que aquélla se encuentra, convento en que ahora habitan únicamente diez frailes.

Precio es confesar que si los nueve restantes son tan amables, complacientes y comunicativos como el que nos cupo en suerte para servirnos de guía en el interior del edificio, no es posible hallar sobre la faz de la tierra una comunidad más simpática.

Tenían razón los que allí nos habían encaminado. El convento tiene poco de notable, pero la escalera es una maravilla. Las horas muertas se pasa uno contemplando aquella atrevida fábrica y no se comprende que no se venga abajo. Es ancha, de piedra, consta de tres tramos y no tiene apoyo ni sostén de ninguna clase más que por la parte del muro. Está, pues, verdaderamente en el aire.

Tiene que ser aquello un milagro de equilibrio y un prodigio de cimentación, y si alguna vez he echado de menos los conocimientos rudimentarios de la arquitectura, fué entonces y es ahora, para apreciar su verdadero mérito y para dar á ustedes los sufi-



PLASENCIA.—Esquina de la casa del Dean.

cientes datos. Porque no me hago ilusiones: es imposible que mis lectores entiendan con explicación tan sucinta lo que aquella construcción atrevida es, significa y vale.

No podía faltar su correspondiente

leyenda de los ingleses, de esos ingleses viajeros que tratan de comprarlo todo y de llevárselo todo. Contáronnos que en distintas ocasiones habían pasado por allí *los hijos de la nebulosa Albión*, y que habían hecho á los frailes la proposición de venta del monumento, ofreciendo exorbitantes cantidades.

Lo creo verdad, porque yo también sentí deseos de traérmelo á casa, aunque sin saber á ciencia cierta cómo podría arreglarme para conseguirlo.

V

Lindísimas y encan... el... un á corras son las cercas durante la ciudad, y pint... Terminada ésmo grado... de madera para por el ejército liberal la pera... guerra civil. De dió que hubiera sido de la... ca si el buen Cayo Julio La... ponerla bajo la protección de



Vista de Plasencia desde el puente.



PLASENCIA.—El Acueducto.

altísimos montes, espesas alamedas, barrancos, arroyos, precipicios... paisaje que, al decir de los [que han tenido la suerte de visitarle, recuerda los de Asturias.

Plasencia tiene dos estaciones de ferrocarril, una de la línea de Madrid á Portugal y otra de la de Plasencia á Astorga. La segunda está situada casi en la misma población; pero para llegar á la primera hay que recorrer once kilómetros, más bien más que menos, pues aunque ambas están unidas por una vía férrea, no todos los trenes procedentes de Astorga empalman con los que se dirigen á Cáceres.

Y esos once kilómetros largos de talle fueron los que nosotros hubimos de echarnos al colete en un carricoche no muy cómodo y con un calor de más de la marca.

Por fortuna, el camino es muy agradable. Se crza primero el valle de Plasencia y se sube después, con la lentitud que es de suponer, á una extensísima meseta de regular elevación, desde la cual se domina aquél casi por completo. La meseta, hasta muy cerca de la estación, está plantada de monte espeso, en el cual abunda la caza que es una bendición, hasta el punto de que al paso del vehículo se levantan conejos y perdices.

La llegada á la estación, llamada de los Cordales, que es donde se verifica el empalme, se hace con tiempo suficiente para achicharrarse un rato en la llanura, á no ser que salte alguna liebre cerca



Una calle de Plasencia

del carricoche, y conductor y viajeros abandonen sus asientos para perseguirla, como, según el zagal, había ocurrido algunos días antes.

No puedo dejar de hablar de esta región sin citar, aunque sea de pasada y... de memoria, el monasterio de Yuste, que no he visto por estar situado á siete leguas de la ciudad y no ser fáciles las comunicaciones.

Este monasterio, célebre en la historia, porque en él vino á sus días el emperador Carlos V, forma con sus huertos y arboledas una especie de oasis en el centro de una llanura. Dican que escogió Carlos V este sitio para acabar sus días en la hermosura del paisaje y la soledad y apartamiento en que se encuentra. Fundarónle allá por el año 1545 algunos vecinos de Plasencia, deseosos de que se fundara un convento, que ingresaron en la orden de San Jerónimo. El antiguo edificio mandó edificar el emperador Carlos V, el de Gante, en que había nacido.

HERVÁS.—Soportales de detalles de la abdicación y

muerte del insigne guerrero, su despedida ante la Asamblea de Bruselas, su entrada en el monasterio, el aislamiento á que se redujo para dedicarse al arreglo de relojes y á la horticultura, el extraño capricho de celebrar los funerales en vida y su tranquilo y reposado fin, conservando hasta el último instante la serenidad y presencia de espíritu.

Consérvase aún en Yuste la caja de madera en que se encerraba la de plomo que guarda actualmente en el Escorial los restos del emperador.

Tampoco puedo menos de citar *Las Hurdes*, dilatada porción de terreno que se extiende entre Cáceres y Salamanca, aunque trataré, si Dios quiere, con mayor detenimiento y más conocimiento de causa el mismo asunto al describir la última de estas provincias.

No lo hago ahora porque la escasez de tiempo me impide emprender el viaje á Las Hurdes, que requiere largos preparativos y muchos días de caminata. Adelantaré, sin embargo, la idea de que esta región, casi inexplorada, es de las más curiosas de la Nación.

La tierra, en algunos kilómetros cuadrados, es casi por completo estéril, carece en absoluto de caminos, y su población, relativamente escasa, como es consiguiente, vive en estado semisalvaje, fuera de todo trato y comunicación con el resto de la humanidad.

Olvidada del mundo, sin noticias de lo que en él pasa, no la alcanza la acción de las leyes, y para llegar á ponerse en contacto con ella es necesario formar una especie de caravana con abundantes provisiones y... algunas armas, por si acaso.

Porque es tal el estado de miseria del país, que con dificultad se encuentra qué llevarse á la boca... Baste decir que los ricos de Las Hurdes son los que salen en determinadas épocas del año á ejercer la mendicidad en los pueblos de las provincias de Zamora, Salamanca, Badajoz y Cáceres, y tornan con las menguadas alforjas repletas de mendrugos de pan, de una dureza inverosímil, pan que venden y cambian por otros productos de la tierra ingrata.

A estos comerciantes de mendrugos se les llama en Las Hurdes los *panaderos*, y disfrutan entre sus paisanos de todas las consideraciones y respetos que trae consigo la opulencia.

Con esto está dicho todo.

Y basta por ahora.

VI

Apenas se sale del término de Plasencia, el paisaje cambia de aspecto. Desaparece la montaña y se entra en la llanura. Una llanura.



PLASENCIA.—Pobres esperando las sobras de la comida del Seminario.



Seminarista de Plasencia.

San Julián del Pereiro la villa de Alcántara, con la precisa condición de que ella á su vez dependiera de la de Calatrava.



De Plasencia á la estación de los Cordobes.

Entonces cambió el título del Pereiro por el de Alcántara y edificó en esta villa su principal convento.



CÁCERES.—Casa señorial en la plaza de Santa María.

nura árida y gris que se parece á la manchega como un huevo á otro, y que, cortada á ratos por estribaciones de sierra pelada, se continúa hasta Cáceres.

Antes de entrar en la capital, hablemos de Alcántara, villa famosísima, de gran importancia en la antigüedad, y demasiado conocida por el puente romano y por la orden de Caballería que lleva su nombre.

Fué fundada esta orden por varios caballeros que, al mando de Gómez Barrientos y Suero Fernández, se reunieron para hacer la guerra á los moros, durante el reinado de Fernando II, primer monarca que recuperó la plaza del poder musulmán, aunque por poco tiempo.

Los caballeros edificaron una fortaleza y fijaron su residencia en la ermita de San Julián, llamada del *Pereiro* por la abundancia de perales que crecían en los alrededores, y del *Pereiro* se denominó también la orden en sus principios. Hubo sus dimes y dires entre ésta y la de Calatrava, y Alfonso VIII cortó las diferencias, entregando á la orden de

Las primeras armas de la orden consistían en un peral verde en campo de oro, que se sustituyeron después por las actua es: una cruz verde con un escudo ovalado en el centro, y en el escudo el peral.

Tiene Alcántara edificios de gran valor histórico, aunque la mayor parte de ellos en no muy buen estado de conservación: el arruinado castillo de los caballeros, con la torre del homenaje y una ermita; la iglesia parroquial de San Pedro de Alcántara; la de Nuestra Señora de Alcocobar, que data del siglo XIII; el convento de San Benito, ó Casa de Caballeros, del tiempo de los Reyes Católicos, con airosas torrecillas en los ángulos, y en cuya iglesia ó claustro hay varios sepulcros notables de maestros y caballeros de la orden, y el magnífico palacio de los marqueses de Torre-Organza.

Pero ante todo y sobre todo merece mención especial el célebre puente sobre el Tajo, de seis ojos, construído con sillares de granito, todos de igual tamaño y unidos, como los del acueducto de Segovia, sin trabazón ni argamasa de ninguna especie.

A la entrada del puente, y sobre una roca, se levanta un pequeño templo romano, actualmente ermita de San Julián.

Del objeto de este templo da razón una inscripción que figura en la fachada principal y que dice lo siguiente:

«Al emperador Nerva Trajano César Augusto, vencedor de Germania y Dacia, se dedica este templo.»

Este templo, edificado sobre una roca del Tajo, está lleno de culto y veneración á los dioses y al César, y en él la grandeza de la materia sobrepuja á los primores del arte. Acaso los que pasen por él quieran saber el objeto con que se construyó y el nombre del arquitecto. Sepan que el mismo Lacer, que terminó este magnífico puente, erigió también el templo como ofrenda á los dioses, para tenerlos propicios y favorables, teniendo presente que ofreciendo dones á los dioses se logran sus favores y se les aplaca. Lacer, insigne en el divino arte de la arquitectura, construyó este puente, que debe durar tanto como el mundo, y también este templo en honor de los dioses de Roma y del César. ¡Felices uno y otro motivo de este sagrado edificio!

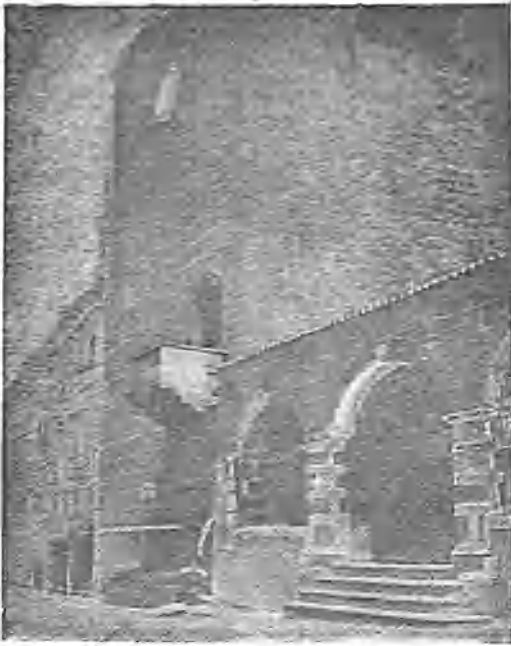
Cayo Julio Lacer hizo y dedicó este templo con el favor de Curio Lacon, natural de Idania.»

Dedicense de esta inscripción tres cosas: que el arquitecto no quería de ninguna manera quedar oscurecido, que tenía decidido empeño en contentar á los dioses y... que tenía una vanidad que no le cabía en el pecho.

No puede negarse que los hombres han puesto de su parte cuanto han podido para protestar contra la afirmación de que el puente durará tanto como el mundo.

Porque le cortaron primeramente los moros huyendo del ejército de Alfonso IX que los perseguía, volvieron á destruirle en el siglo XVI los portugueses y tornaron á cortarle los españoles é ingleses durante la guerra de la Independencia. Terminada ésta, se hizo una compostura de madera para habilitar el paso; pero el ejército liberal la destruyó en la primera guerra civil. De modo que no sé lo que hubiera sido de la admirable fábrica si el buen Cayo Julio Lacer no llega á ponerla bajo la protección de los dioses.





CÁCERES.—Balcón de la torre de la Santa de la plaza.

le en tiempo de Carlos V, consta de dos grandes arcos y tiene también su inscripción correspondiente que demuestra la dificultad enorme de su construcción. Dice así:

«Puente de Almaraz
si te caes, no te levantarán.»

Y prueba palpablemente la ingenua inmodestia de mi ilustre paisano.

También fué cortado este puente en la guerra de la Independencia, pero se arregló y compuso á mediados del presente siglo, costando su reparación, según dicen, quinientas mil pesetas.

VII

De Arroyo de Malpartida parte un ramal de ferrocarril que desde la línea de Madrid á Portugal conduce á Cáceres. Este ramal, además de la comunicación con la capital, tiene por objeto servir para la explotación de las abundantes minas de fosfato descubiertas en la llanura.

Llegamos á Cáceres al caer la tarde. El sol se despedía besando la cima de la montaña de la Virgen, patrona de la ciudad, y por todas las carreteras y caminos tornaba la gente que había salido á esparcir el ánimo en las cercanías, para reunirse en el hermoso y amplio paseo de San Antón, todavía no concluido.



CÁCERES.—Calle del Arco del Rey.

Otro puente célebre hay en la provincia: el de Almaraz, construido por el Padre Ibáñez, honra de mi pueblo, pues nació en Támara, humilde lugar de la provincia de Palencia, donde tuve el honor de presentarme á este pícaro mundo.

El puente de Almaraz, obra atrevidísima y colosal, que habían intentado en vano los más famosos arquitectos y que fué llevada á cabo por un modesto frai-

Este paseo, á que no puede faltar ninguna tarde la buena sociedad cacereña, está dominado por el magnífico edificio del hospital provincial, recientemente construido con arreglo á todos los adelantos, vastísimo, capaz para albergar media población si llegara el caso, que ojalá no llegue.

•El coche que nos conducía se perdió en un dédalo de callejuelas para venir á parar á la de Alfonso XIII, antigua de Pintores, una de las principales del Cáceres relativamente moderno, que desemboca en la Plaza Mayor, y dejarnos poco después á la puerta de la fonda.

La primera impresión no pudo ser más agradable. La población, á pesar de su respetable vejez, tiene un aspecto extremadamente simpático, á que contribuye sin duda la extraordinaria y constante animación de calles y plazas llenas de gente. [No] no podrá decirse que los cacereños viven metidos en su concha.

En cuanto tomamos posesión de nuestro cuarto y dejamos en él los equipajes, nos plantamos en mitad de la plaza, aquella plaza irregular, grande, característica, con soportales puramente extremeños, situada al pie de la muralla que cerraba el Cáceres antiguo, con su paseo central rodeado de árboles, y á la cual la proximidad de la feria y la apresurada construcción de tenderetes prestaba animación insólita.



CÁCERES.—Vendedora de caballos.

Mientras Cilla procuraba reconcentrarse y recordar hacia dónde caería la casa que le vió nacer (hace más años de los que él quisiera), yo contemplaba entre las primeras sombras del crepúsculo la mole del Consistorio, con su hermosa escalinata de piedra, y la negra masa de la población antigua, que se levantaba sobre el pequeño cerro maciza y silenciosa. Ganas tenía de que llegara el día siguiente para internarme en los oscuros callejones que dejaba entrever el arco de la Estrella y admirar aquellos palacios, cuyos paredones de piedra se conservan intactos y fuertes á través de los siglos.

Tomamos café aquella noche en el Círculo de Artesanos, donde nos brotaron por arte de birlibirleque infinidad de amigos, porque debo advertir, antes que se me olvide, que los cacereños son amables, expansivos y cariñosos como ellos solos; dormimos á nuestras anchas, amaneció Dios y... empezamos nuestra excursión por la ciudad nueva.

Porque Cáceres se divide en dos partes perfectamente distintas y de aspectos completamente diferentes. La población primitiva, edificada en lo alto del cerro, ceñida por el cinturón de la muralla, soberbia, magnífica, del todo guerrera y feudal, y las barriadas levantadas posteriormente en la falda, que han llegado á ser las principales, donde se agrupa en la actualidad la mayoría del vecindario.



Los presos yendo por agua á la fuente del Concajo.

y bulliciosa en calles revueltas, con fachadas enjalbegadas, con macetas y tiestos en todos los balcones, con mujeres hermosas por todas partes (¡ay, las hay muy hermosas!) y mucha gente, y mucha animación, y mucho movimiento á todas horas, para contrastar con la temerosa soledad y el sepulcral silencio de la parte vieja.



Son las calles principales la ya citada de Pintores, la Empedrada, la de Moros y la de Barriónuevo, que según los rótulos se llaman de otra manera, pero que para los vecinos seguirán denominándose así eternamente.

VIII

Y hete que, por fin, subimos por la escalera cuasi monumental que conduce al arco de la Estrella y penetramos en la ciudad fortificada, objeto de mis ansias y meta de mis aspiraciones.

Este arco de la Estrella, correspondiente á una de las puertas antiguas, fué construído por Churriguera y no carece de mérito por su atrevido escorzo, ó sesgo, ó como se llame eso en arquitectura (que de seguro no se llamará de ninguna de las dos maneras). Se abre sobre la gran plaza de que he hablado antes, y en uno



CÁCERES.—Balcón de esquina.

de sus costados se levanta majestoso y solemne un macizo torreón cuadrangular con un magnífico balcón saliente de piedra sillaría.

Denominase la Torre de la Santa de la Plaza, porque en ella había una estatua de la Virgen según unos, ó de una divinidad mitológica según otros, aunque más verosímil es lo primero; y algunos la llaman aún torre del *bujaco*, porque la adornaba antiguamente una figura de guerrero extravagante á semejanza de las que sirven en algunos campanarios para aditamento del reloj.

El balcón tiene su tradición correspondiente, de cuya verosimilitud no respondo. Cuéntase que desde él presenciaban los jueces la ejecución de las sentencias de pena de muerte, que se verificaba en la explanada que se extendía al pie de la muralla, explanada que hoy constituye la Plaza Mayor. Allí ajusticiaron al ladrón Paredes, que se atrevió á poner sus manos sacrílegas en las alhajas de la milagrosa Virgen de la Montaña.

Pasado el arco, créese uno transportado en un santiamén y por arte de magia á los siglos medios. A uno y otro lado se alzan caserones macizos, de piedra gris, severos, con apariencia de fortaleza los más de ellos; crece la hierba en las solitarias calles, y hasta el aire parece impregnado de ese olor de moho y herrumbre que el paso de los siglos deja sobre todas las cosas. Resuenan lugubrementa los pasos como si se dieran en la tumba; las puertas abiertas dejan ver zaguanes grandes y oscuros, á las ventanas no se asoma alma nacida y pesa



Una vieja cacereña.

sobre aquellas moles de granito erguidas y firmes la mano misteriosa de los siglos prestándolas infinita grandeza y una solemnidad á nada parecida.

De todos los lugares que he visitado hasta la fecha, ninguno excita á la admiración y al recogimiento como aquella ciudad al parecer muerta, con sus edificios sólidos, que se figura uno habitados por fantasmas cubiertos de armaduras brillantes, caladas las viseras, tras las cuales se adivinan unos ojos mirando impassibles desde la eternidad los restos materiales y siempre fuertes de sus glorias.

De muchos y muy notables monumentos habría que dar cuenta si esta visita pudiera detallarse; pero en la imposibilidad de hacerlo, no pueden quedar en el olvido una casa árabe, que se conserva intacta, con su fachada que parece un mosaico, sus arcos elegantísimos y sus ventanas con columnitas, enclavada y metida como una cuña entre dos caserones de piedra; la fachada de la casa de los Golfines, la de los condes de Torre-Mayoralgo y la de las *Veletas*, que fué antiguamente alcázar real, edificada sobre grandes bóvedas y con fortísimas columnas.

La iglesia de Santa María, cuya fachada principal da á una plazoleta, es un hermoso templo gótico de tres naves, en que son de notar el retablo del altar mayor y el magnífico púlpito.



Cacereña en traje de fiesta.



Vista de Cáceres.



Guardesa de la vía.

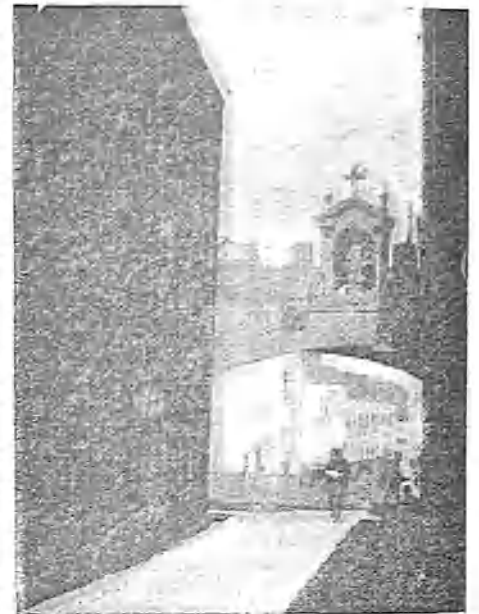
to, que es una verdadera filigrana. La iglesia de Santiago, digna también de ser visitada, estuvo en sus tiempos dedicada al rito mozárabe, y en ella se fundó en 1171 el primer convento de la orden militar de Santiago por el primer maestro D. Pedro Fernández de la Fuente Encalada, poco tiempo después de la conquista de la ciudad por D. Alfonso VII.

Por esta razón la citada orden de caballeros de Santiago se denominó primeramente *Congregaciones de Cáceres*, y los individuos a ella pertenecientes se llamaron *Frates de Cáceres*.

A pesar de la fundación de la orden, los moros volvieron a recuperar la plaza, que destruyeron al retirarse, por lo cual tuvo que reedificarla en 1184 D. Fernando II. Tornaron a ocuparla los infieles y volvió a arrojarlos de ella D. Al-

adyacentes a la rampa descendían con acompasados pasos los presos de la cárcel, con sus cubas al hombro y sus gorritas de reglamento y sus uniformes de paño gris, custodiados por soldados de infantería. Iban a acarrear agua para el servicio del establecimiento y formaban un cuadro originalísimo que, como de costumbre, se me ha echado a perder en el fotográfico.

Desde abajo, desde la fuente, rodeada de animadísimos y variados grupos, la ciudad antigua, erguida é imponente allá en la cúspide, parecía velar por el modesto caserío formado a su som-



Arco de la Estrella.

bra y que se adivinaba al otro lado. Seguimos nuestro paseo, aspirando el perfume de la inmensa campiña que se extiende hasta la raya de Portugal, y dando un rodeo, que nos pareció más largo de lo que fué en realidad, por el calor del sol que nos tostaba las espaldas, fuimos a parar a la polvorienta carretera de Trujillo, y cruzándola cuimos rendidos de fatiga en... (no se asusten ustedes) en el cementerio, donde yo tenía que cumplir un piadoso encargo.

Aunque parezca contrasentido, yo no he visto camposanto más alegre que el de Cáceres, sobre todo a que las horas del mediodía, bañado por una luz tan fuerte que dañaba los ojos.

Consta de dos partes, antigua y moderna, divididas por una tapia; ambas son el colmo de la sencillez y de la modestia: jardines bien cuidados, tres filas de nichos en las paredes y nada de monumentos suntuosos ni de sarcófagos de mármol. Cuando entramos no había nadie y tan tranquilo y apacible bienestar se disfrutaba a la sombra de aquellos árboles, que se resistía uno a creer que allí no había más que muertos.

Por desgracia, vino a hacernos caer en la cuenta del lugar en que estábamos un episodio siempre conmovedor: el entierro de un niño; pero más conmovedor en aquellas circunstancias, por el contraste del fúnebre cortejo con aquella luz brillante y aquella atmósfera embalsamada...



CÁCERES.—Un rincón del Mercado.

El casino de la Concordia, que allí llaman también *de los señores*, se permite el lujo de tener una casa propia, una magnífica casa con amplio patio, soberbia escalera y espaciosas y bien decoradas habitaciones, detalles todos que demuestran la prosperidad y riqueza de la sociedad y el buen gusto de los individuos que la componen.

Dímonos el placer de apurar una botella de cerveza junto á un hermoso balcón de esquina, de los que hay algunos en Cáceres, notables verdaderamente por la gallardía y atrevimiento de los arcos; visitamos luego, honrados por numeroso y distinguido acompañamiento, al local en que á toda prisa se instalaban las máquinas y aparatos necesarios para el alumbrado eléctrico que había de inaugurarse durante la feria, que estaba al caer, y emprendimos la ascensión á la montaña de la Virgen; caminata no exenta de dificultades, pues aunque el Ayuntamiento ha hecho sustituir el antiguo camino abrupto y pedregoso por una bien afirmada carretera, el monte en que se asienta la ermita es bastante elevado, la pendiente demasiado brusca, y los tres cuartos de hora que se emplean en llegar á la cumbre se pasan entre sudores y fatigas, y no está de más descensar de vez en cuando á la sombra de las apretadas encinas que bordean el camino y que le siembran de bellotas.

En cambio, la perspectiva que desde lo alto se disfruta no puede ser más deliciosa. La ermita, blanca como la nieve, según costumbre de la tierra, está rodeada de una balaustrada enjalbegada también; orlan la falda de la montaña viñedos y encinares; á lo lejos, en el extenso valle, se ven las huertas, las minas de fosfato, el camino de Mérida; en el monte de frente, Cáceres, con sus



CAMPO DE CÁCERES.—Cabaña de pastores.

y aquel silencio de muerte turbado á ratos por una puerta que rechina, por una veleta que chirria, por la voz de un vecino que se recoge tarareando para ahuyentar los espíritus que parecen revolotear en las tinieblas...

Con esta melancólica impresión en el alma, fatigados por el trajín incesante del día, fuimos en busca del lecho de la fonda, con ánimo de dormir á pierna suelta hasta las seis de la mañana siguiente, hora en que habían de llamarnos para tomar la diligencia de Trujillo.

Pero el hombre cansado propone y los viajeros melómanos disponen.

Apenas había yo hecho mis complicadas operaciones de preparación de placas y me había acurrucado sobre el mullido colchón, entró en el cuarto de al lado un alegre compañero de puplaje, á quien sin duda habían salido los negocios á pedir de boca, porque se puso á arreglar no sé qué papeles ó muestras de mercancías (algo de ello debía de ser, á juzgar por el ruido), yendo y viniendo por la habitación pisando fuerte y entonando á media voz



CÁCERES.—De boda.



Labrador de Trujillo.

Un tal Paredes, tentado por las joyas que adornaban á la imagen, penetró audazmente en la capilla y la despojó de ellas. El escándalo y la indignación del vecindario fueron grandes, como es de suponer, hasta que se dió con el ladrón y con las albasas, ocultos en una cueva del mismo monte, y aquél fué condenado á muerte y se cumplió la sentencia al pie de la torre del *bujaco*, como ya creo haber comunicado á ustedes.

X

Á la vuelta, en la calle de Pintores, hemos tropezado con el cortejo de una boda de artesanos, muy majos ellos, muy emperejiladas ellas con su mantón rameado de ocho puntas con largos flecos, su mantilla de rocador como las salmantinas y sus zarcillos de oro con muchas garambainas y colgantes.

La comitiva era numerosa, y no pudo menos de llamarme la atención esta circunstancia, que se explica sabiendo que en Cáceres los convidados contribuyen con su óbolo á los gastos de la boda. Efectivamente, al terminar la ceremonia, los padrinos presentan la bandeja ó el pañuelo al consero para que cada *quisque* deposite en él la cantidad que tuviere por conveniente, y según la importancia de la colecta son las fiestas y los banquetes. Así es que no hay reparo en convidar á medio mundo.

Después de anochechar subimos de nuevo á la parte alta de la ciudad, por el gusto de contemplarla á la luz de la luna... Vale la pena el paseo, porque nadie puede imaginarse el efecto que causan aquellos edificios sombríos y amezcotados iluminados débilmente por el astro de la noche, aquellos callejones solitarios donde retumban medrosamente las pisadas de los escasos transeuntes,



TRUJILLO.—Viendo partir la diligencia.



Labrador de Trujillo.

aquello de *Las campanadas*:

«¡Ya de la noche el manto
del sol apaga
los resplandores!...
¡Ya el sol no pica tanto
como tus ojos
abrasadores!»

Y encariñado con la música, y sin fijarse en que no estaba solo en el mundo, fué subiendo de tono poquito á poco y acabó por soltar, sin cortapisas ni trabas, un abundante chorro de notas argentinas.

Descansaba un rato, seguía hojeando sus papeles, y cuando ya podía uno hacerse la ilusión de que había abandonado el *motivo*, rompía de nuevo:

«Ya de la noche el manto
del sol apaga
los resplandores...»

Y así sucesivamente durante tres horas.

Aquello llegó á ser una obsesión, una pesadilla. Aun en los momentos en que el hombre descansaba seguía el voluptuoso ritmo arrullándome... sin dejarme pegar los ojos.

En resumen, que me pasó la noche pensando una forma correc-



TRUJILLO.—Casa de Pizarro.

ta de advertir al vecino que cuando el manto de la noche apaga los resplandores del sol no deben decirlo con música los huéspedes de las fondas... por si acaso hay en la habitación contigua algún compañero que tiene que madrugar para ir á Trujillo.

XI

Para donde sale á las siete y pico de la mañana un cochecillo de cuatro asientos, que recorre diariamente en cuatro horas los cuarenta kilómetros que separan aquella importante población de la capital de la provincia.

Nuestro plan consistía en llegar á Trujillo á las once y media, almorzar con toda la prisa posible, enterarnos de lo que pudiéramos y regresar á la una de la tarde para llegar á Cáceres á las cinco, con los ochenta kilómetros en el cuerpo.

En poco estuvo, como se verá luego, que faltara esta última parte, y nos hubiéramos tenido que quedar en la patria de Pizarro hasta el día del juicio.

El viaje de ida tuvo pocos lances. Indicáronnos nuestros compañeros de coche que todas las tierras de labor, montes y viñas que se veían á derecha é izquierda de la carretera pertenecían á dos propietarios únicamente: los marqueses de Castro Serna y Santa Marta.

Naturalmente, este *acaparamiento* de la tierra (y dispensen ustedes la palabra) perjudica la riqueza pública por varias razones que no hay para qué explicar, y si no fuera por esta circunstancia, la provincia estaría á estas fechas doblemente floreciente y próspera.

A la mitad del camino está la *Venta de la Matilla*, donde se cambian los tiros y se desentumecen las piernas, y poco después empieza á verse sobre un cerro la población de Trujillo, que parece estar al alcance de la mano, para que con ésta ilusión engañosa se haga más largo el viaje.

Llegamos, pues, á la administración de diligencias y nuestro primer cuidado, antes de buscar sitio donde almorzar, fué tomar asientos para el coche de vuelta. ¡Oh, desalentado! ¡No los había disponibles!

—Bueno, pues apúntenos usted para mañana—dije al encargado.

—Mañana tampoco puede ser—contestó el hombre;—también están vendidos todos.

—¡Qué se le ha de hacer! Nos iremos pasado mañana.

—Para pasado mañana no queda ninguno...

La explicación de esta contrariedad era muy sencilla. Hay en Trujillo un colegio militar que cuenta con buen número de alumnos. En aquellos días se estaban verificando los exámenes, y los colegiales, á medida que iban despachando, se iban á sus casas; de aquí que el cochecillo estuviese comprometido para una semana y que nosotros viéramos el cielo abierto cuando el encargado de la administración, en vista de nuestra proposición de ir *sobre cubierta* aguantando un sol justiciero, se compadeciese y nos prometiera poner el *coche grande* aquel mismo día, por el gusto de hacernos ese obsequio.

Se lo agradecemos con toda el alma, cogimos los bártulos de retratar y nos echamos á la calle como almas que lleva el diablo. Allí me dirigí á un obrero que contemplaba la operación de descargar los equipajes, y le dije:



CÁCERES.—Arco de la Estrella.



—¿Usted quiere acompañarnos á recorrer todo Trujillo en tres cuartos de hora?
 —No va á poder ser, porque es muy grande.
 —¿Usted conoce bien la población?
 —¡Anda! ¡Ya lo creo! ¡Como que soy de aquí!
 —Pues eche usted delante, y á enseñarnos lo que haya que ver. Y se convencerá usted de que todo es posible en el mundo.



TRUJILLO.—Torre del Alfil.

Efectivamente, partimos como quien carga á la bayoneta, y un cuarto de hora antes de la salida de la diligencia ya estábamos de vuelta, dispuestos á embarcar de nuevo, con unos cuantos chorizos, un pan y una botella, y dejábamos rendido en la acera al pobre guía, empapado en sudor y sin acabar de darse cuenta de lo que había corrido, pero convencido plenamente de que no habíamos dejado de ver ni una calle, ni una casa solariega, ni un escudo heráldico, ni un montón de ruinas.]

—

Y hé aquí [mis impresiones durante aquella excursión brevísima:

Trujillo, rival de Cáceres en importancia, se divide, como la capital, en dos partes, antigua y moderna. La antigua se llama comúnmente *la villa*; la nueva se denomina *la ciudad*.

La primera se compone de palacios, hoy casi derruidos, dominados por un castillo formidable que se conserva en buen estado y estuvo rodeado de una muralla, llamada de Julio César, de que aún quedan imponentes vestigios. La segunda tiene calles espaciosas, edificios muy notables, hoteles y plazas con todo el as-



TRUJILLO.—A misa.

pecto de modernismo apetecible. La primera es una mole de piedra gris, maciza, venerable, triste; la segunda es una población bulliciosa, alegre y brillante como pocas.

Ambas se elevan en un cerro sobre abruptos peñascales, y han tenido y tendrán siempre, por su situación topográfica, indudable importancia estratégica.

CÁCERES

Con el guía al frente fuimos á parar á la Plaza Mayor, muy espaciosa, en la cual se celebra el mercado, al mismo tiempo que por la amplia escalinata de la monumental iglesia de Santa María salía de misa lo más florido y elegante de la población. Pudimos convencernos entonces de que era verdad lo que nos habían dicho nuestros compañeros de viaje: las señoritas de Trujillo tienen la disculpable pasión del lujo, y lo demuestran en cuanto pueden. En punto á riqueza y buen gusto de los atalajes, dejan tamañitas á todas sus paisanas...



De TRUJILLO á CÁCERES.—El mayoral y una viajera.

Al otro lado de la plaza se levanta un bonito mercado, cubierto, de construcción moderna, y junto á él la celeberrima casa de Pizarro, ó del marqués de la Conquista, la del Tejado ó pasadizo de plata. Cuentan las crónicas que, bajo el reinado de Felipe II, uno de los primeros descendientes del conquistador del Perú, orgulloso y ensoberbecido de su prosapia y de sus timbres, mandó construir un arco, con pasadizo cubierto, que pusiera en comunicación su casa con una iglesia fronteriza, é hizo de plata el tejado.

Enterado el rey de este rasgo de vanidad, y queriendo castigarle, mandó establecer en el piso bajo del palacio la cárcel pública y una carnicería.

XII

Y ya que hablo de Pizarro, hijo ilustre de Trujillo y gloria de la patria, no estarán de más algunos breves y ligeros detalles biográficos: Nació en 1480, era bastardo y por esta circunstancia no recibió muy esmerada educación, y apenas llegado á la mayor edad se lanzó á la vida de aventuras, partiendo para el Nuevo Mundo á las órdenes de Vasco Núñez de Balboa. Unido á Diego de Almagro y Fernando de Luque, emprendió la atrevida empresa de invadir y conquistar nuevos y grandes territorios, y para ello, dejando á Almagro en Panamá con algunos refuerzos de reserva, se hizo á la vela en este puerto al frente de un ejército de... ¡ciento catorce hombres! Tales calamidades y tropiezos tuvo la expedición, que cuando arribaron á la *Gorgona* le habían abandonado casi todos sus soldados y le quedaban trece. Allí pudo reunirse á él Almagro con ochenta más, y juntos invadieron el Perú y se atrevieron á intimar la rendición á Atahualpa. Rióse éste, como es natural, de semejante pretensión y lanzó contra ellos un ejército de cuarenta mil hombres. Se dió la batalla en el valle de Caxamarca y, sun-



Trujillo.—Vista de una casa.

que parezca mentira, triunfaron los españoles, que hicieron prisionero y dieron muerte al emperador inca.

Surgieron poco después grandes rivalidades entre los dos jefes de la expedición y empezó una serie de crueldades y horrores, que, desluciendo la gloria de la conquista, acabaron con la muerte de Almagro, agarrado por orden de Pizarro. Los partidarios del primero tramaron una conspiración, y Pizarro murió asesinado en una iglesia de Lima, á los diez años de haber comenzado la campaña y cuando había sojuzgado un vastísimo territorio.

Otro trujillano ilustre de aquellos tiempos fué Diego García de Paredes, llamado por sus fuerzas extraordinarias *El Sansón de Extremadura*. Cuéntase de él que padecía, como los leones, calentura diaria, y que durante ella partía y destrozaba cuanto se le ponía delante, fuera lo que quisiese.

Entre las hazañas que por tradición refieren sus paisanos, citaré la rotura de una pila de agua bendita con sólo un puñetazo y el descusamiento de una maciza reja de hierro que el héroe deshizo como si fuera menudo alambre por hablar más de cerca con la novia.

Puso además sus excepcionales facultades físicas al servicio de la patria y guerreó en Nápoles, Venecia y los Países Bajos, influyendo de una manera decisiva en batallas campales y asaltos de plazas. En el sitio de Cefalonia los turcos se apoderaron de él, gracias á un engaño, y le encerraron en una fortaleza; pero cuando supo que los cristianos atacaban la ciudad, rompió sus cadenas como si fueran de alfeñique, atropelló á los centinelas y favoreció el triunfo de los sitiadores.

Desde la Plaza Mayor subimos por intrincadas callejas á la parte alta y más antigua de la población, compuesta de macizos caserones de piedra, con escudos heráldicos en todas las fachadas y medio arruinados por los franceses durante la guerra de la Independencia. Consérvase únicamente en buen estado el hermosísimo castillo con sus torres cuadradas, desde las cuales se domina extensa y pintoresca planicie. Y caminando por montones de ruinas, y después de visitar el sitio en que el Ayuntamiento de Trujillo construye un monumental depósito de las aguas (monumental á juzgar por el espacio que ha de ocupar), descendimos, bordeando el antiguo muro, á las anchas y espaciosas vías de la ciudad moderna, no sin contemplar con asombro lo poco que queda de la magnífica muralla de Julio César, que también se está viniendo abajo.

Y hete que con gran asombro del guía llegamos á la administración de diligencias con la anticipación necesaria, sin haber dejado calle por recorrer ni escurridio por escudriñar...

XIII

Allí nos esperaba una sorpresa, que no lo fué del todo porque el mozo que cargaba los equipajes me dijo al oído, acompañando la palabra con un guiño pícaro:

—¡Vamos, que buena compañía llevan ustedes!

Y efectivamente, en el coche se colocaron antes que nosotros: un señor extranjero que recorría la provincia, un capitán de la Guardia civil, de uniforme, de aspecto respetable, pero de carácter expansivo y campechano como se vió luego, una mujer joven, robusta, vistosa y llamativa y dos muchachas, al paecer criadas de servicio, muy emperejiladas y con muchos polvos y colorete barato en las mejillas, que hacían un endemoniado efecto sobre el cutis bronceado por el aire y el sol del campo libre...

No tardamos en saber de lo que se trataba.

La dama vistosa, dueña de una casa... ¿cómo lo diré yo? vamos, de una casa de esas, en Cáceres, había hecho una excursión por la provincia en busca de géneros para su comercio, y tornaba triunfante con aquellas dos infelices, cruzadas en las aldeas de la llanura, que jamás habían visto otros horizontes y los buscaban más amplios por tan tortuosos y difíciles caminos.

Lástima deban aquellas desventuradas lugareñas, adornadas con atalajes que las abrumaban, enjalbegados los rostros, presos los pies en un calzado que no podían resistir, asustadas al soñarse á un mundo que no conocían y procurando disimular sus congojas imitando la desenvoltura de la que las guiaba en los primeros pasos, y que por cierto fumaba con un garbo y con una frecuencia muy superiores á los de todos nosotros juntos.

No hay que decir que el capitán procuró cumplir su misión moralizadora, tratando de convencer á las ovejas descarriadas de que las tenía más cuenta volverse á segar las doradas mieses que festoneaban el camino; pero la dama frescota defendió su presa con insólita bravura y singular gracejo, y el cochecillo siguió rodando hacia la capital, que para nosotros representaba el descanso y para aquellas desgraciadas el abismo.

Renuncio á describir los incidentes del viaje, entre otras razones porque no todos son para contados, y me concretaré á dos que fueron los más interesantes.

En la venta de la Matilla la pescadora de perlas se empeñó en que yo había de retratarla; púsose en la cabeza el sombrero del mayoral, que era galante con las damas como él solo, se cogió de su brazo y se me plantaron ambos delante de la máquina.

No hubo más remedio que acceder á sus ruegos, y ahí los tienen ustedes.

Poco antes de llegar á Cáceres una de las muchachas que al emprender el viaje se había quitado una bota, cuya presión no podía sufrir, empezó á bregar para ponérsela de nuevo, y en vista de que sus esfuerzos eran inútiles, no tuvo más remedio que pedir auxilio. El capitán, que iba enfrente, prestóselo con gusto, y se inclinó para ayudarla á meter el pie en la estrecha cárcel.

Y en aquel momento la pareja de la guardia civil que hacía el servicio en la carretera y había visto á través de las ventanillas el tricorno del jefe, se cuadraba respetuosamente al paso del coche...



TRUJILLO.—En el mercado.





CÁDIZ

I

Además de ser

«el territorio del placer»,

como cantan los ingleses de la zarzuela que lleva su nombre, Cádiz tiene y ha tenido tal importancia comercial, artística y política, su provincia abarca tan extenso y variado territorio y comprende tantas y tan hermosas ciudades que, no digo yo en estos ligerísimos apuntes, ni en un tomo de mil páginas, con letra menuda y párrafos amanzotados, puede darse idea de lo que es y de lo que vale.

Apelaré, pues, al sistema del relato de impresiones, dejándome de historias y de descripciones pesadas y contando únicamente los detalles del viaje, hecho de prisa y corriendo. Por fortuna, plumas mejor cortadas que la mía y fotógrafos mejores que yo han popularizado rincones y costumbres de la *tacita de plata*, y el lector menos aficionado á esta clase de estudios se sabe á Cádiz de memoria.

Para no llegar á la ciudad de noche y para entrar en ella por mar, descansamos en Sevilla, de donde salimos por la mañana; dejamos el tren en el Puerto de Santa María y allí tomamos un vaporcito de los que atraviesan la inmensa bahía cada no sé cuántas horas.

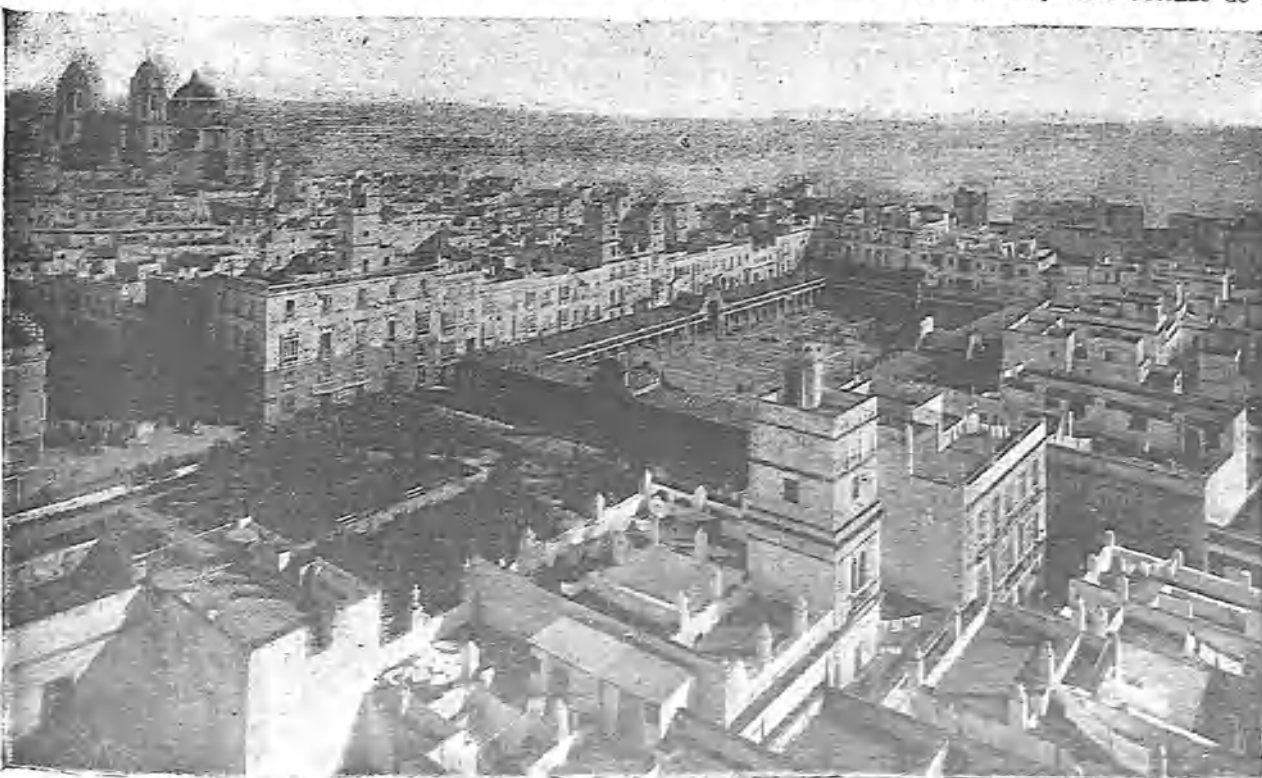
Así pudimos formarnos idea de la situación exacta de Cádiz.

En un remanso del Océano que comprende algunas leguas de circuito se levantan blancos, perfumados, alegres, besados por las aguas y embalsamados por el penetrante perfume de la campiña

incomparable los coquetos pueblos de Rota, Puerto de Santa María, Puerto Real y San Fernando, y allá en el pico que cierra por Oriente la bahía, la *alta Gades*, la cuna de la libertad de nuestra patria, emporio del comercio en tiempos lejanos, centinela avanzado que vigila la inmensidad del mar con sus formidables murallas erizadas de cañones. A medida que la embarcación avanza por las tranquilas ondas, entre docenas de buques de alto



CÁDIZ.—Junio de 1881.



CÁDIZ.—Desde San Pedro.

bordo, dejando á la izquierda el colosal muelle de la *Trasatlántica*, los astilleros y el arsenal, íbamos viendo clara y distintamente las animadas escolleras, el puerto repleto de barquitas de poco más ó menos restos de aquellas poderosas flotas que siglos atrás arribaban á él cargadas de oro y mercancías, y que no arriban ya... por la tradicional torpeza de los gobiernos, detrás los fuertes murallones, y, por último, el apiña-



Entrada en Cádiz.

do, elegante y limpio caserío bañado por un sol esplendente y destacándose sobre el fondo de un cielo azul purísimo de una diáfana a nada comparable.

Cuando el vapor se hallaba a una distancia de más de tres metros del muelle, cayó sobre cubierta una verdadera lluvia de muchachos que, dando unos saltos prodigiosos é increíbles, le tomaron por asalto y se lanzaron como fieras hambrientas sobre los equipajes.

No he presenciado en mi vida batuda más peligrosa y extraña. Uno de los atrevidos gimnastas se echó al hombro nuestra maleta y, guiados por él, desembarcamos, recorrimos el muelle, materialmente atestado de marineros y curiosos que aguantaban á pie firme aquel sol de justicia, penetramos en la plaza de Isabel II por un arco de muralla cuyo nombre ignoro, y emprendimos la marcha hacia el hotel de París, á través de un dédalo de calles larguísimas, correctas, tiradas á corral, y tan parecidas entre sí que hacen imposible toda orientación.



El plano de Cádiz es un tablero de damas; no hay cristiano que el primer día sepa distinguir de las otras la calle en que vive y, por consiguiente, se pierde el más pintado ¡Á fe que no importa perderse en aquel verdadero paraíso en que, sin saber por qué, se respira más á gusto que en ninguna parte, y en el cual los efluvios de la alegría bajan del cielo diáfano, de las blancas azotenas, de las sirosas torrecillas, y suben de la vía pública, limpia como los chorros del oro, y surgen de aquellas casas que parecen gemelas, con sus rejas pintadas de verde y sus balcones orlados de clavetes y rosas, y salen á torrentes á través de las artísticas y caprichosas cancelas de los silenciosos y perfumados patios, sombríos



Vendedor de Cádiz.

Dios sabe las vueltas y revueltas que nos costó dar de nuevo con la plaza de Isabel II, y por ende con los muelles y las fortificaciones adjuntas.

Rendidos, por fin, tomamos asiento á la puerta de una cervecería situada en una calle que desemboca en la citada plaza y cuyo nombre se me ha olvidado á estas horas, y apenas nos habían servido una botella de cerveza, se nos acercó una gitana, bronceada y



Puente de Puntales.

astrosa, con muchas flores en la cabeza y un churumbeligo de la mano.

—¿Quiés que te diga la buena ventura, salao?

—¡No! No estas para buenas venturas.

—Mí que me está iciendo er corazón que vas, á tené suerte.

—*Mangue* te lo diga el corazón.

—Pos anda, dame una limoniya pa esta probe criatura.

La criatura, á todo esto, había empezado á bailar desaforadamente. Y cuando la hice notar el detalle á mi interlocutora, exclamó con aplomo:

—Er desdichao baila de la *jambre* que tiene.

Como no se me ablandara el corazón, á pesar de la danza, la gitana se batió en retirada, diciendo:



Bailarina a...

y misteriosos, adornados con columnas, fuentes y macetas de flores!

II

Al caer la tarde, una hermosa tarde de verano en que la brisa del mar refrescaba la tierra abrasada por los ardores del día, salimos á recorrer la ciudad sin otro guía que el instinto, que nos engañó cincuenta veces. Sólo

—Siquiera dame un cigarrillo de papé.
 —¿Fumas?
 —Ahora sí, porque me duele mucho esta muela...

Allí mismo nos salieron amigos.

Los periodistas provincianos conservan aún, á Dios gracias, vivo y fuerte el espíritu de compañerismo, pero en este punto los gaditanos dan cruz y raya á los del resto de la Península.

Sabido es, además, que el carácter de nuestros compatriotas del Mediodía es alegre, expansivo, galante y hospitalario; tal vez en sus afectos no lleguen á ser los meridionales tan sinceros, constantes

y profundos como los habitantes de las comarcas del Norte; pero es innegable que el primer impulso nadie se lo quita, y las más agradables y estruendosas demostraciones de la simpatía y del cariño se les escapan á las primeras de cambio, como si el forastero se hubiera criado con ellos desde su edad más tierna. Y como no hay que decir que Cádiz es lo más meridional del Mediodía, ¡calcúlese cuán rápida y fácil es la amistad de los gaditanos!

El caso fué que, á pesar de nuestro juramento formal de que nos esperaba la comida de la fonda, nos llevaron, quieras ó no quieras, al paseo del Parque Genovés, situado sobre la muralla, y allí, á dos pasos de la iglesia de San Felipe Neri, donde se promulgó la primera Constitución española, contemplando el mar azul que se agitaba suavemente, nos atiborramos de cañas de manzanilla, á la puerta de una tienda de montañés.

Hay que advertir que contra estas rondas de cañas no hay resistencia posible ni pretexto que valga. La manzanilla, según la gente de la tierra, sirve de aperitivo poco antes de sentarse á la mesa, sirve para *animar* las comidas, sirve para hacer la digestión y sirve... para beberla en abundancia á todas horas. ¡Nunca hace daño!

Pero lo malo es que á las rondas acompaña indefectiblemente lo que allí llaman el *platillo*.

Este *platillo* es un obsequio que el dueño de la tienda hace al consumidor y su importancia depende de la del pedido. Pongo por ejemplo: con la segunda ronda de cañas le sacan á usted unas *acituniyas*... Insiste usted, le presentan un plato de pescado ó mariscos, con un condimento especial sabrosísimo; sigue usted bebiendo y acaban por traerle una porción de sabrosos manjares aliñados por manos divinas, lomo, ternera con guisantes, pescados finos... en fin, un banquete de Lúculo. Todo ello sin otra molestia que la de pedir cañas y más cañas, tarea tanto más fácil cuanto que en esto de la manzanilla y sus aditamentos todo es cuestión de *calentarse la boca*...



CADIZ.—Vendedor de cacahusts.

Los que nos convidaron al *aperitivo* nos engañaron piadosamente, como yo temía, y cuando llegamos á la fonda y oímos la campana que nos llamaba al comedor, más sueño teníamos que hambre. Pero, amigo, en el hotel de París hay que comer á la hora fijada ó morir.

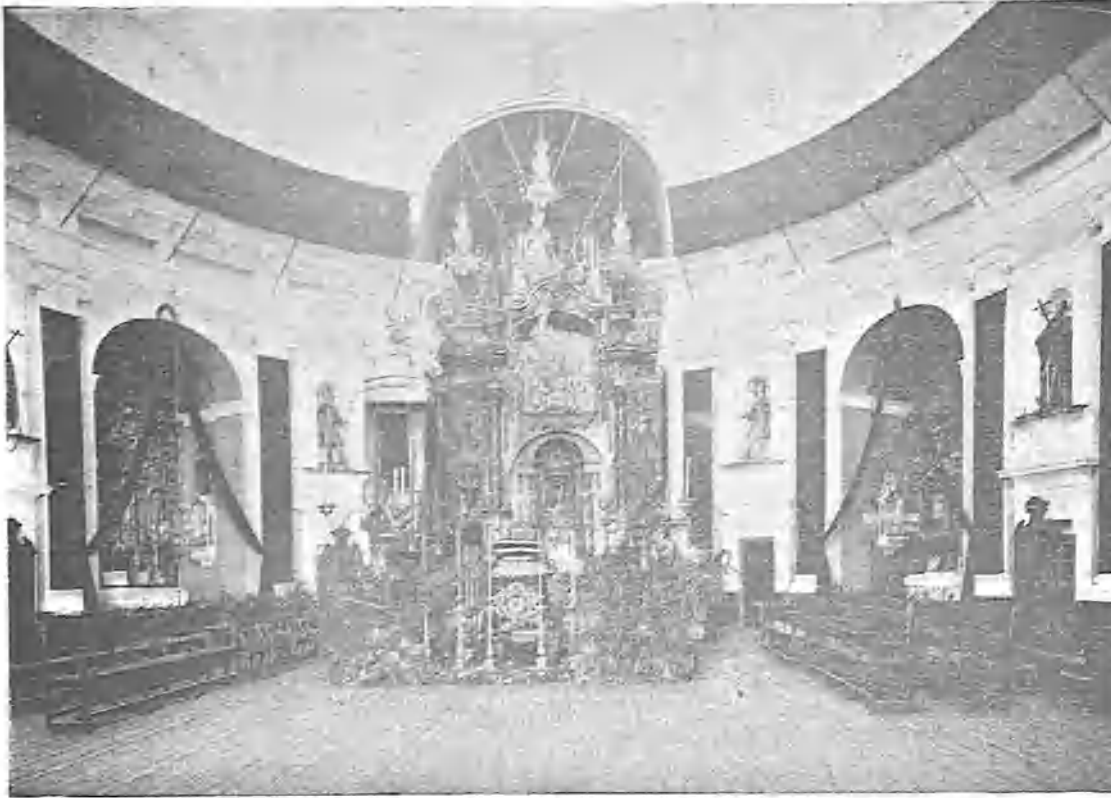
Sentiría equivocarme, pero creo que no se sirve el primer plato

hasta que ocupan sus puestos en la mesa todos los huéspedes; así es que, acabados los toques reglamentarios, empiezan los avisos particulares por las habitaciones, y no hay más remedio que obedecer las órdenes ó marcharse de la casa. A nosotros nos llamaron tres veces con tres voces distintas... No parecía sino que toda la servidumbre se había puesto de acuerdo para que no pudiéramos hacer la digestión del *platillo*, y... tuvimos que bajar.

Confieso que me dió mucha rabia encontrar-me la lista de manjares escrita en francés. Y me la dió por dos razones: primera, porque por mi desdicha no entiendo palabra del idioma.



CADIZ.—Desde la muralla.



Cádiz.—Interior de la iglesia de San Felipe Neri, donde se promulgó la Constitución de 1812.

biendas. El Sr. Olea, mi gran amigo, tiene tal afición á esta clase de espectáculos, que sacrifica todos los años una cantidad respetable por el gusto de presentar en su cajón de pasas cuantas producciones dramáticas salen de los coliseos de la corte, con todo el aparato que sus argumentos requieren; y al efecto forma compañías buenas que le cuestan muy caras, y pinta decoraciones, y hace vestuario, y paga archivos musicales, y pide exclusivas y abona representaciones adelantadas...

Quando, después de pasar y repasar por un intrincado dédalo de callejuelas, dimos, con no poco trabajo, con aquella capilla del arte (porque sería demasiada andaluzada llamarla templo) y quisimos enterarnos del cartel... nos encontramos con una sorpresa grata, y fué la siguiente:

«Segunda función.—A las nueve.—Cuarta representación del boceto lírico titulado LA MADRE ABADESA.»

¡Qué suerte! ¡Poder presenciar la representación de una obra mía, y asistir á ella de riguroso incógnito!

Entramos, y...

Pero esta Madre abadesa de Cádiz requiere explicación detallada no para ustedes, que no les importa, sino para mi regodeo propio, porque de ella conservaré dulce recuerdo toda la vida.

Es el caso que algunas semanas antes había yo estrenado en Madrid la citada zarzuela, de asunto sumamente peligroso, tan peligroso que se trataba de esbozar en él un tema socialista-religioso transcendental (y ustedes dispensen), con grandes atrevimientos de acción y de frase, y de una novedad relativa, pero extraordinariamente arriesgada.

La primera noche, el público, sorprendido por semejante audacia, había tenido la bondad de dejar pasar la obra; pero en la segunda representación la opinión se había *rehecho*, y el ilustre senado, que va á divertirse y no gusta de filosofías trasnochadas, demostró su desagrado ostensiblemente, para hacerme ver que no está por eso de romper moldes, sobre todo cuando tratan de romperse los á él en la cabeza.

Con estos antecedentes ya se figurarán ustedes la curiosidad que



ma de Corneille, y tengo que quedarme sin saber lo que como; y segunda, porque esa mala costumbre de anunciar los platos en un idioma distinto del país en que se sirven resulta más ofensiva en Cádiz, firmísimo baluarte de nuestra independencia en que se estrellaron las huestes de Napoleón, porque el detalle revela que los vencidos han sido los vencedores al fin y al cabo.

A mayor abundamiento, todos los demás comensales eran extranjeros, ingleses y franceses, y... nos daba vergüenza hablar en castellano en lo que fué un día capital de nuestra patria.

III

¿Dónde pasar la noche?

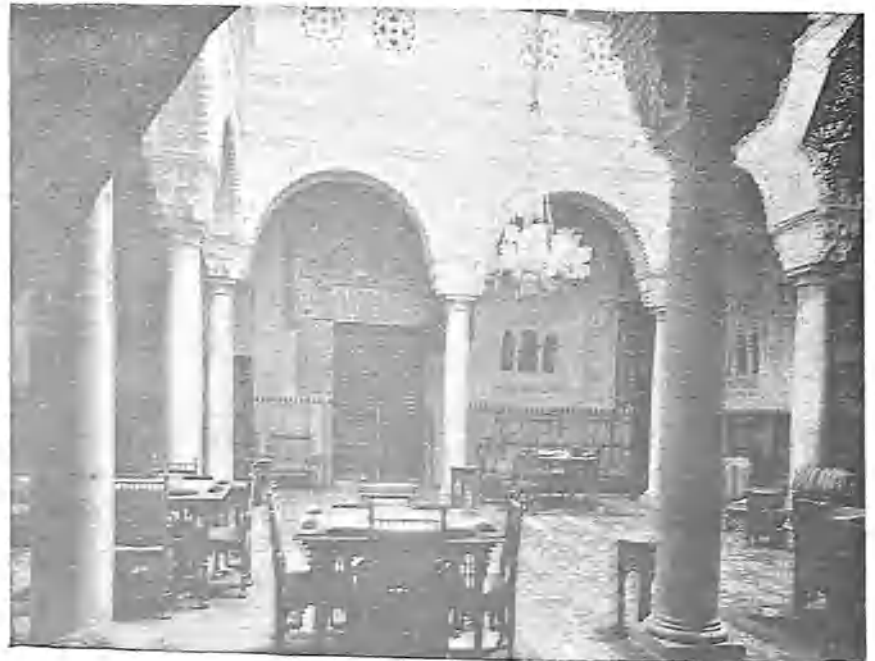
Este es un problema difícil de resolver para los viajeros procedentes de Madrid; que llegan á una capital de provincia.

El teatro Princi-



A la compra.

pal estaba cerrado y funcionaba únicamente el *Cómico*, famoso en toda España, porque difícilmente se encuentra otro de menores proporciones, y sin embargo, en él se representan, y se representan bien por lo general, todas las obras habidas y por haber, aunque sean de gran espectáculo. Hace el milagro un empresario campechanote y regordete que explota el negocio hace mucho tiempo, es decir, no lo explota, sino que se deja explotar por él á sa-



Patio del Casino Gaditano.

yo tenía al sentarme en una butaca de la salita, que pomposamente llama teatro el amigo Olea, curiosidad no exenta de miedo, porque era de temer que un auditorio andaluz, alegre de suyo, no pasara por aquellas cosas tristes en lugar y ocasión semejantes.

Pues... ¡pásmense ustedes! todavía no he salido de mi asombro.

Al respetable juez le dió por oír atentamente, por saborear la palabra, por encontrar efectos donde no los había y... por aplaudir estrepitosamente al final. Esto fué lo más lastimoso, porque uno de los intérpretes, que me había reconocido entre la masa, tuvo la malhadada ocurrencia de adelantarse á las candelillas y decir al público, señalándome con el dedo:

—El autor está allí.

Todos los que escriben comedias, todos menos yo que lo he gustado raras veces, saben en lo que consiste el indescriptible placer de pisar las tablas para recibir las estruendosas aclamaciones de los amigos y de los alabareros; pero ninguno se ha visto obligado, que yo sepa, á ponerse de pie en el centro de la sala, casi estrujado por la multitud que se apiñaba en torno, y á contestar á los aplausos y á las felicitaciones cara á cara y cuerpo á cuerpo...

Ese pedazo de gloria me lo reservaban á mí los hados en el teatro ¡Cómico de Cádiz!

No puede una persona que se estime retirarse á descansar sin pasar antes por la clásica *freiduría*, cargar con un cucurucho de



CADIZ.—Fachada de la Catedral.

pescado frito y comérselo tranquilamente en una tienda de montañas ó en el domicilio propio. Eso hicimos nosotros, para quitarnos de encima la emoción del éxito teatral inesperado.

Estas *freidurías* tienen la particularidad de estar establecidas á puerta de calle, embalsamando la atmósfera con el penetrante olor del aceite que excita á comer algo. La operación es muy sencilla:

junto á la enorme sartén donde se fríe el pescado está siempre un dependiente con mandil blanco, que va echando en el aceite pescadillas, trozos de calamares, etc., etc., con una rapidez y una limpieza admirables. Llega el parroquiano y dice:

—Dos reales de pescado.

—Una peseta de pescado.

El hombre del mandil hace un cucurucho de papel, le llena de comestibles, y... ya está todo despachado.

¡Y si vieran ustedes qué rico sabe aquello, y cómo pide manzanilla, y de qué manera contribuye á disfrutar después de un sueño tranquilo y plácido!

IV

No abundan en Cádiz los monumentos.

El más importante es la catedral, de cuya fachada principal podrán ustedes formarse idea por el grabado correspondiente, con un hermoso frontis y dos torres de cerca de sesenta metros de altura.

Es un magnífico templo, en



CADIZ.—Calle Ancho.



CADIZ.—Plaza de Isabel II.

la construcción del cual se empleó con abundancia el mármol de Génova; tiene tres naves, quince capillas y ciento cincuenta columnas del orden corintio. Empezó la fábrica en 1722 y no concluyó hasta mediados del siglo presente.

Lo más notable es el panteón, algunas estatuas de gran mérito y muchas alhajas, entre las que merece citarse la custodia, que costó cerca de un millón de reales.

La catedral vieja es hoy iglesia parroquial de Santa Cruz.

Y, por último, la iglesia, ya citada, de San Felipe Neri, modesta y sencilla como monumento, pero la más importante de todas como valor histórico, por haberse promulgado en su recinto la primera Constitución española. Es difícil, al penetrar en el reducido templo, sustraerse á la influencia del pasado que palpita en el ambiente encerrado en aquellos muros, y cree uno ver en los escaños, graves y solemnes, á los insignes patriotas que, en medio del fragor de una pelea titánica en defensa del territorio, rompieron las ligaduras del despotismo y dieron el primer paso en la senda de la libertad...

Dejaremos el tema, si á ustedes les parece, porque esto va oliendo á artículo de fondo de periódico fundido en los antiguos moldes, ó á alocución concejil de día 2 de Mayo.

Y después de una rápida ojeada al Casino Gaditano, modelo de elegancia y buen gusto, cuyo patio árabe llama con justicia la atención de propios y extraños, vamos á visitar la fábrica de nai-

pes del buen Olea, que ha logrado acreditar su mercancía en todas partes.

Por cierto que no dejan de ser curiosas las operaciones de preparar, recortar y pintar las figuras.

Cada color tiene su molde especial recortado en cartulina, de manera que no hay más que colocarle sobre la carta y pasar por encima una brocha. La dificultad está en hacerlo de manera que las líneas caigan donde deben, porque con la menor desviación se echa á perder todo.

Conocida la increíble baratura de las barajas, se comprenderá la rapidez con que es preciso hacerlas. Las operarias, porque son mujeres las en cargadas de las operaciones, están divididas en

grupos y cada grupo tiene á su cargo un color. Las barajas que son de clase inferior, pero de gran consumo, resultan á la postre bastante feas, dicho sea en honor de la verdad; pero las muchachas que las fabrican son en cambio, por lo general, extraordinariamente hermosas. Morena la tez, negros y brillantes los ojos, abundante la cabellera cuajada de flores, mucha sal en el cuerpo, y... unas ganas de abrumarnos ¡cuchufletas, que se adivinan en las sonrisas picarescas y en los cuchicheos mal reprimidos por la presencia del dueño de la fábrica. ¡Ay! Si Olea no llega á ir con nosotros nos la ganamos.

Rodea á la población un paseo que recibe distintos nombres: Parque Genovés, Alameda Apodaca, Delicias, etc., etc. Excusado es añadir que este paseo de cintura está sobre la muralla y, por consiguiente, sobre el mar.

El nombre del de las Delicias está perfectamente puesto, porque desde él se abarca con la vista un panorama delicioso. A lo lejos los pueblos de la costa, las cien embarcaciones de vela chicas y grandes cruzando el puerto; á la espalda Cádiz, bañado por un sol ardiente que arranca vívidos resplandores de la cristalería de miradores y azoteas, y en el paseo, entre cañones y montones de bombas, las encantadoras y saladísimas chicas gaditanas.

Cádiz, desde una azotea cualquiera, ofrece también un magnífico espectáculo. Parece un pueblo de liliputienses blanco y brillante saliendo del fondo del mar, como la Venus de la mitología.



Gitana.



PUERTO DE SANTA MARTA.—Calle Larga

Y ahora dame Dios tino y alientos para contar, sin los riesgos inherentes á la

tarea, una especie de aventura escandalosa que no fué, como se verá, ni escandalosa ni aventura, y que retrata el carácter de la juventud andaluza, alegre como la que más una vez *metida en juerga*, pero honesta, tranquila y de morigeradas costumbres en el fondo.

Ni más ni menos que la manzanilla de la tierra, que se sirve con estrépito, se bebe entre carcajadas y... no hace el menor daño.

Ello fué que cuando íbamos á levantarnos de la mesa recibimos una cartita en que nos invitaban á comer varios muchachos de la *crema* y algunos periodistas. Como no era cosa de volver á empezar, prometimos ir á los postres.

La cita era en el reservado de la cervecería la X.

Cuando acudimos á ella encontramos en el lugar designado media docena de jóvenes simpáticos, finísimos y atentos, y tres chicas bastante guapas, de las que no tienen reparo en cenar con cualquier amigo.

Excusado es decir que se nos recibió con palmas, no tanto por nuestros méritos, como porque la alegría y el entusiasmo brotan con mucha facilidad después de una buena comida, cuando se tienen delante, ya descorchadas, unas cuantas botellas de *Champagne* legítimo.



SAN FERNANDO.—Capitanía general del departamento.

No hay que decir que nuestros anfitriones hicieron los honores en toda regla y que nosotros procuramos corresponder al obsequio. Sin embargo, pasado el primer ímpetu y restablecida la calma, la conversación empezó á languidecer, como ocurre siempre entre personas que apenas se conocen, con tanto más motivo cuanto que en aquella ocasión todos teníamos la obligación de ser amenos é ingeniosos.

Las niñas, que serían indudablemente desenvueltas y dicharacheras en el hogar doméstico, demostraron

estar un poco cohibidas y no se atrevieron á decir «estos labios de grana son nuestros», con lo cual desapareció el principal aliciente de la broma y la reunión tomó cierto carácter serio que no *encajaba* en aquel sitio en semejantes circunstancias. Se habló de artes, de teatro, y de literatura, y poniéndome entre las manos un ejemplar de un periódico en que se publicaban versos míos, me obligaron á leerlos en voz alta.

Por casualidad la composición era tristonza, amarga y sin pizca de chiste, con lo cual acabaron de aburrirse y de languidecer las pobres muchachas que nos hacían compañía, y no se durmieron por milagro patente.

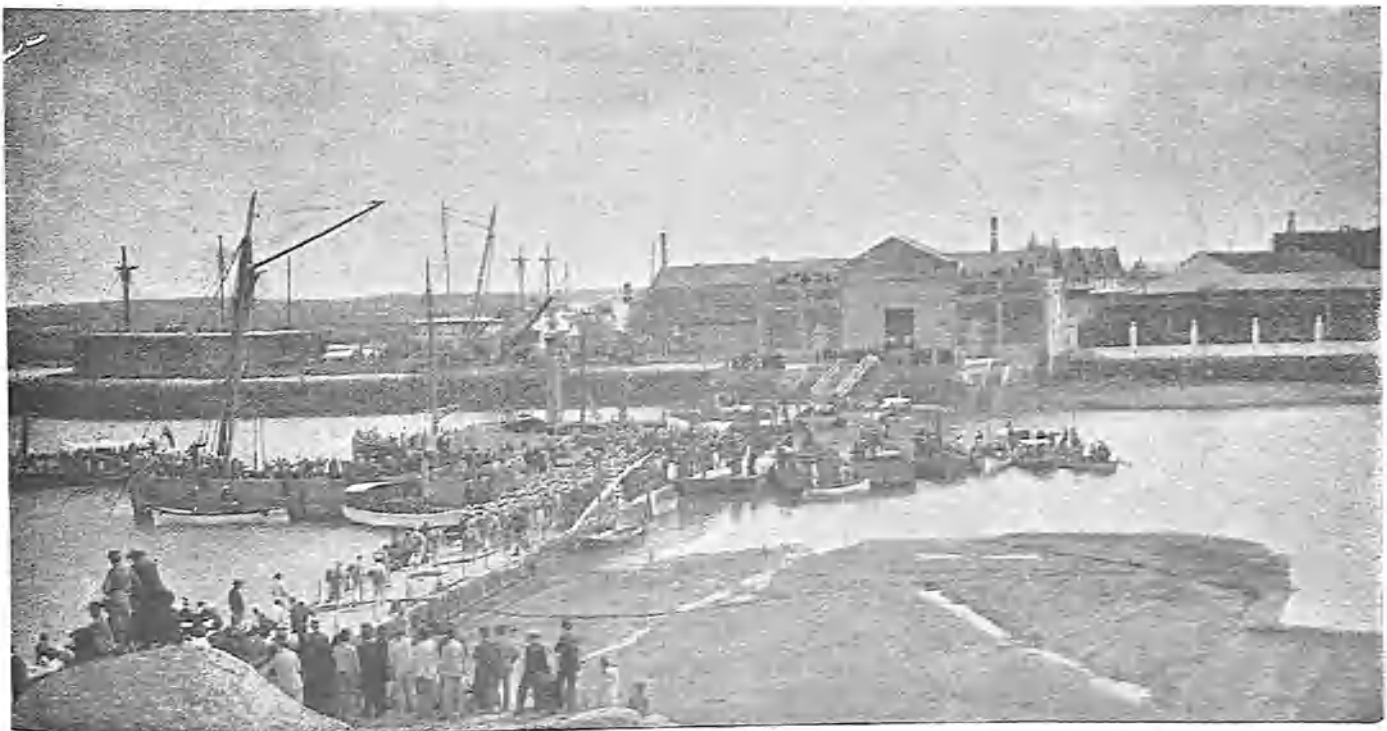
Por si acaso faltaba algo, uno de los comensales tenía también sus puntas y ribetes de poeta lírico, y animado por el ejemplo y caliente por el cognac *tres estrellas*, se levantó con la faz encendida y empezó á recitar, en tono trágico, una de sus más largas elucubraciones.

Titulábase ésta «Ante la tumba de mi madre», y quieras ó no, hubo de espetarnos cerca de doscientos endecasílabos llenos de lamentaciones, quejas, suspiros, ayes é imprecaciones contra la suerte *impía*.

Todo lo cual no podía ser más á propósito para arrancar lágrimas como se las hubiera arrancado, efectivamente, á las jóvenes



estar un poco cohibidas y no se atrevieron á decir «estos labios de



Arsenal de la Carraca.



SAN FERNANDO.—El observatorio.

salerosas si hubieran hecho caso. Por fortuna, en la última libación del espumoso líquido se le ocurrió una feliz idea al más sereno de los concurrentes. ¡La de ir a pasar la noche en Puerta de Tierra!

Cilla y yo salimos repentinamente del marasmo al escuchar aquella proposición endemoniada. ¡Una *juerga* andaluza legítima, auténtica, y en Puerta de Tierra nada menos! ¡No nos cabía en la cabeza felicidad semejante!

El pensamiento tuvo aceptación inmediata y unánime.

Uno de los chicos se encargó de buscar los coches, otro de reclutar mujeres, más mujeres ¡muchas mujeres!, y la reunión se disolvió en el acto para hacer los necesarios preparativos, con la promesa formal y seria de reunirnos en el mismo sitio, á las once en punto, todos los presentes.

Confesaré que mientras nos dirigíamos al teatro Cómico á matar las dos horas que nos faltaban, en cuanto la fresca brisa del mar me orecó la frente, empecé á dudar de que aquel encantador programa tuviera feliz término. Y es que en Andalucía hay que descontar mucho de lo que fraguan las imaginaciones ardientes. Para abreviar: á las once, con la puntualidad que nos caracteriza, estábamos en la X, cumpliendo religiosamente

una persona de su familia bastante delicada, aquél tenía precisión de asistir á una reunión para la cual estaba comprometido, y á las



Alrededores de Santúcar de Barrameda.

doce nos acompañaban únicamente dos amigos que nos llevaron á comer *pescao frito* y á ponernos otra vez de manzanilla como nuevos.

A la una de la madrugada, Cádiz entero dormía el sueño de los justos. Retumbaban nuestros pasos como en una tumba en el limpio y bien acondicionado pavimento mientras nos dirigíamos al hotel de París acariciando la idea, tal vez errónea, de que nadie trasnochaba en la *tasita de plata* más que nosotros...

Y aquí tienen ustedes la descripción exacta y detallada de nuestra gran *juerga* en la cuna de la libertad.

Consolémonos con la idea de que el noventa por ciento de las que se corren en este pícaro mundo se parecen á la de aquella noche como un huevo á otro.

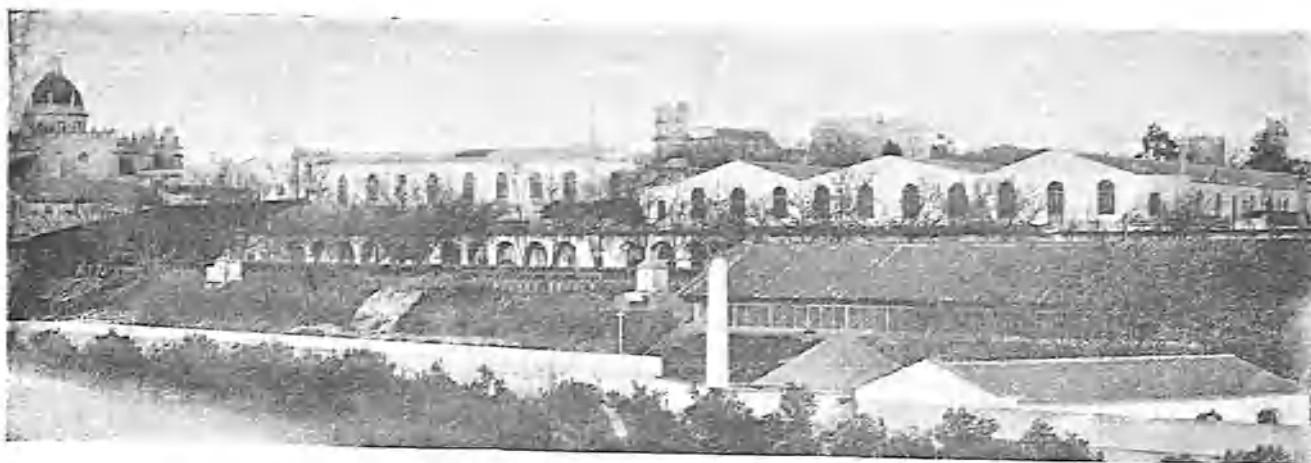
VI

Pocas poblaciones habrá sobre la faz de la tierra más lindas, coquetonas y alegres que el Puerto de Santa María.

Situada en la desembocadura del río Guadalete, cuyas aguas se llevaron al mar, como us'edes saben, lo más florido de la monarquía visigoda, se levanta, blanca y perfumada por los aromas de la simpár campaña, casi en el centro de la inmensa Con-



SANLUCAR.—Acera de la cal de Barrameda.



Jerez.—Vista general de las rejeras de González Byasa.]

cha. Es la principal del Puerto la calle Larga, que atraviesa la población, paralela al mar, y está formada por bonitas casas de dos y



PUERTO DE SANTA MARÍA.—Llegada del vapor de Cádiz.

tres pisos, con miradores, las rejeras bajas características del país, entre las cuales hay algunas verdaderamente notables por sus labores y adornos, y azoteas blancas como la nieve. El conjunto no puede ser más simpático.

Disfrútase al mediodía, hora en que arribamos, una temperatura verdaderamente bochornosa, y reina, por consiguiente, la soledad más completa en las calles y en los muelles. No se amarran á éstos más que pequeñas embarcaciones de pesca y los vaporcitos que cruzan la bahía con rumbo á Cádiz.

Viendo aquello, que revela tan escaso tráfico, no puede uno menos de acordarse de los tiempos remotos en que daba renombre á la población la animación constante del puerto. Baste decir que en él se organizaron grandes expediciones guerreras y mercantiles, siendo especialmente famosa una, la equipada por D. Alvaro de Bazán en 1580 para la conquista de Portugal. Consta, según dicen, de doscientos diez buques de

alto bordo, entre barros de guerra y transportes. Los edificios dignos de mención en el Puerto de Santa María son la iglesia parroquial, de arquitectura gótica, con un notable tabernáculo de mármol; la plaza de toros, una de las más famosas de España, porque en ella torea generalmente los mejores diestros y á las corridas acuden los aficionados de todas partes, y el colegio de jesuitas, de enormes proporciones, que domina la ciudad y que se ve sobre una colina desde larguísima distancia.

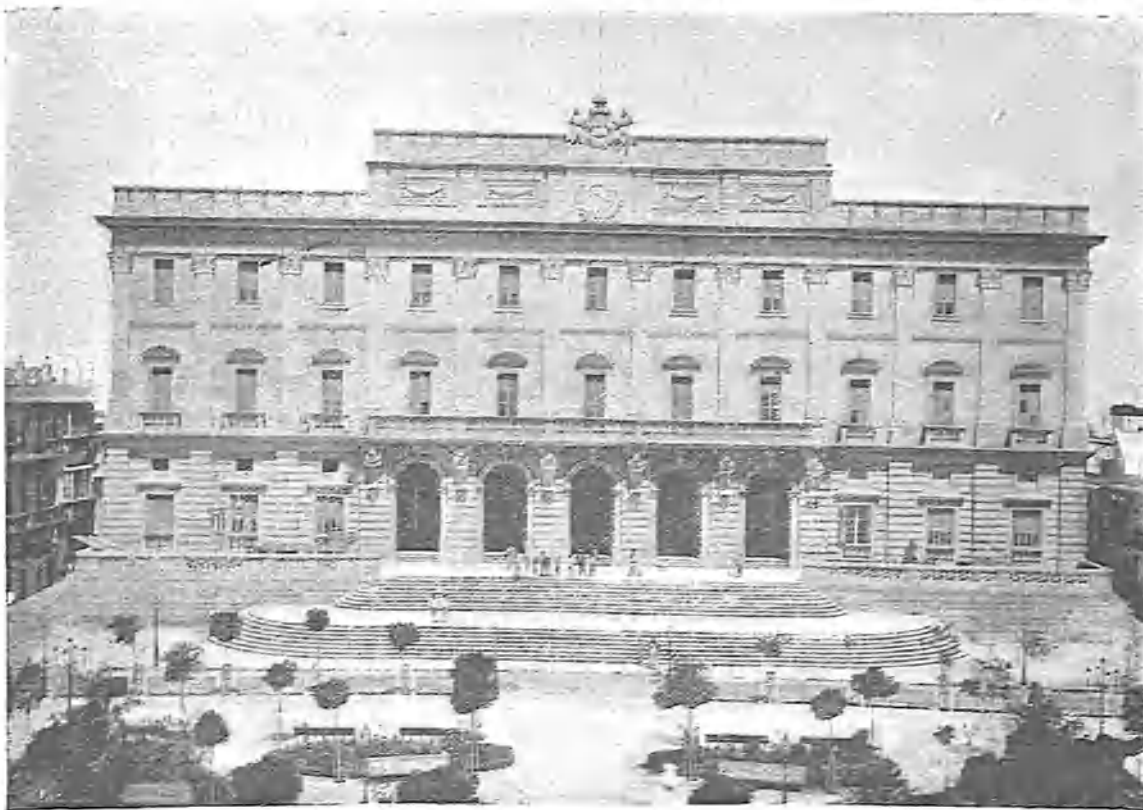
Para los aficionados á datos históricos diré que se supone que Puerto de Santa María se llamó antiguamente *Menesthy Portus*, por haberle fundado el capitán griego *Menestheo*; que fué arrasada la ciudad, no se sabe si durante la irrupción de los bárbaros ó de los árabes, y que fué reedificada en 1264 con el nombre que tiene en la actualidad, por haber inspirado su reedificación la Virgen María.

Ella me perdone si relato indebidamente nuestra expedición á Sanlúcar de Barrameda, que fué completamente inútil, no por mi culpa, sino por la de aquel clima encantador que invita al reposo y al *dolce far niente*, y por la de aquellos manjares sabrosos que requieren una digestión calmosa y tranquila, y por la de aquel vinillo sin igual que alegra el alma, pero convida á pasar unas cuantas horas de sobremesa.

Pero vamos por partes y... *no adelantemos los sucesos*, como di-



Guardia de Jerez.



SAN FERNANDO.—Palacio del Ayuntamiento.



Marinero del Puerto de Santa María.

ven en las novelas de interés *palpitante*. Parte de Jerez una línea férrea que conduce á Sanlúcar y puerto de Bonanza. Hicimos el trasbordo, nos colocamos junto á las ventanillas y nos dispusimos á gozar del paisaje.

Pero ¡ay! poco á poco fué embargándonos aquel perfume especial de la atmósfera, y la imaginación, arrullada por el traqueteo, abandonó la llanura pintoresca que se extendía ante los ojos y quedó en éxtasis... en un éxtasis que más parecía sueño que otra cosa, si bien *exornado* con decoraciones mágicas y encantadoras visiones.

En tal estado llegamos á la estación de Sanlúcar; y para que el contraste entre lo ideal y lo real fuera más brusco, se nos despertó repentinamente el apetito. Un ansia irresistible de comer pescadillas, ó calamares, ó cangrejos, ó cualquier cosa, y de beber manzanilla, la célebre manzanilla del país, cuya fama ha recorrido el orbe.

Así es que al tomar el coche que había de conducirnos á la población, dijimos al conductor:

- ¿Escapa á una fonda.
- ¿Fonda? ¿Se van ustedes á quedar aquí?
- No; sólo venimos á almorzar.
- Eso es otra cosa. Suban ustedes.

Y como si nos conociera en la cara el hambre que llevábamos,



SANLÚCAR.—Una puerta en la calle de Santo Domingo.

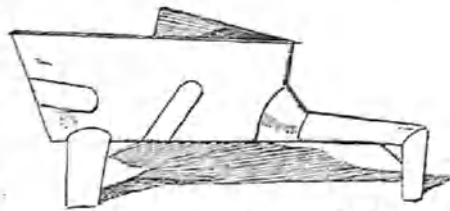
arreó las jacas y partió como una exhalación por el pequeño trozo de carretera que separa la estación del pueblo. A poco entramos en la calle principal, muy larga, muy bonita, con casas blancas, con infinidad de miradores, con los hierros de balcones y rejas pintados de verde, y se detuvo en una plazoleta.

—Allí á la vuelta tienen ustedes *El número 2*.

—¿Hay fonda en el número 2?

—No, señor; lo que hay es un comedor de primera que se yama así. ¡Van ustedes á ver canela!

Y, efectivamente, en el piso bajo de una modesta casa situada en una calle estrecha hay una especie de tienda de montañés con sus departamentos reservados, y enfrente una especie de sucursal con amplio comedor, en piso bajo también. En esta sucursal deja-



Vasija de metal para el trasiego del vino.



PUERTO DE SANTA MARÍA.—Puerta de la iglesia de la Concepción.

mos la impedimenta, encargamos el almuerzo, dejando al mozo el cuidado de escoger los platos á su gusto, y salimos á *hacer tiempo*.

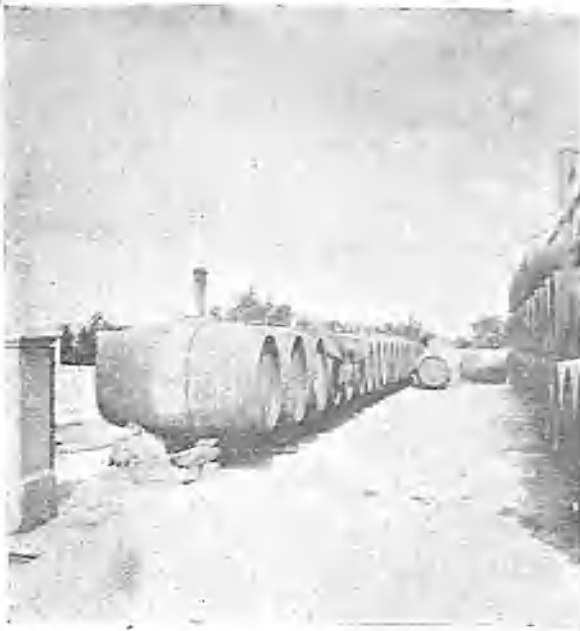
Empezamos la excursión recorriendo la calle principal antes citada, que toma distintos nombres á cada trecho: Ancha de San Juan, de Santo Domingo y de Barrameda. Tan larga que cuando llegamos al cabo donde empieza la frondosa alameda que, por las trazas, conduce al puerto, caímos en la cuenta de que era llegado el momento de volver al *Número 2*, y dejamos el paseo para después de la comida.

Fué ésta de las que se hacen pocas veces. Suculenta, abundante, variada, servida con un esmero, una prontitud y una limpieza irreprochables. No puedo dejar de citar un plato de pescadillas y otro de *huevas* que, por el bien parecer, intentamos rociar con una botella de manzanilla superior y *vista ordeñar*, como quien dice. ¡Nunca lo hubiéramos hecho, porque aquélla fué nuestra perdición!

Los que no hayan bebido manzanilla en el propio Sanlúcar no saben lo que es gloria ni lo que excita á repetir el primer vaso. Porque ¡ay! nosotros cometimos la imprudencia de no tomarla á *la andaluza*, sino en serio y muy en serio. Nada de cafitas á medio llenar, que se calientan vertien-



Una sanluqueña.



JEREZ.—Rincón de una bodega.

do un poco y se dejan con un dedito de líquido por cortesía. Vaso grande hasta los bordes y apurando hasta la última gota, y después de la primera botella la segunda, y así sucesivamente, apreciando el dorado licor cada vez más y paladeándolo con mayor gusto.

Total, una alegría infinita á los postres y una indiferencia absoluta hacia las emociones que pudiera proporcionarnos la naturaleza, y ¡al diablo el mar, y la campiña fértil, y las casitas blancas, y la desembocadura del Guadalquivir!

Así es que cuando íbamos á sacar fuerzas de flaqueza para cumplir nuestra misión delicada, se presentó á la puerta del número 2 el conductor del coche y nos dijo:

—Cabayeros, es la hora del tren.

Y allá nos fuimos sin hacer más, ni ver más, ni pensar más.

Al cruzar una bocacalle, cuando más prisa llevaba nuestro vehículo, se interpuso un carro, á pesar de las advertencias del conductor, que le había advertido á tiempo para que parase.

—¿Lo ve, hombre? ¿qué le decía yo?—exclamó el cochero.

Y contestó el otro con mucha fiema:

—¡Si creerás tú que esto es de freno automático!

Y esto es todo lo que puedo contar de Sanlúcar. Nada del hermoso puerto, ni de la perspectiva deliciosa que desde él presenta la población escalonada en la colina, ni del magnífico palacio de los duques de Montpensier, ni de la entrada en el mar del Guadalquivir caudaloso...

Pero ¡qué diantre! lo más importante de San-



JEREZ.—Fachada principal de la parroquia de San Miguel.

lúcar es la manzanilla, fresca, aromática, sabrosa, y de eso... ¡vive Dios que sí quedamos bien enterados!

VII

Con lo cual nos preparamos convenientemente para pasar en Jerez un par de días... ¡Jerez! el más grande, el más hermoso, el más... alegre de los pueblos de la provincia, y estaba por decir del globo terráqueo.

Al hacer el traspaso para Sanlúcar habíamos dejado nuestro equipaje á cargo de un mozo de la estación, á quien buscamos, naturalmente, á la vuelta.

—¿Y los chismes?—le preguntamos.

—Los tengo en el depósito. ¿Van ustés á pará aquí ya?

—Sí.

—Pó andando.



SANLUCAR.—Calle Ancha.

Y nos llevó á lo que él llamaba el depósito, que no era sino una espaciosa tienda de vinos situada á la espalda de la estación.

¿Qué era aquello sino un aviso de la Providencia que nos prevenía de lo que habíamos de hacer en la población para que supiéramos á qué atenernos y estuviéramos dispuestos á la libación continua?

Inauguramos, pues, la serie apurando sendas copas de vinillo blanco, que hacía en la garganta agradables cosquillas, y echamos á andar tras el mozo que conducía las máquinas. Así recorrimos, abrasados de calor por fuera y no menos quemados por la manzanilla de Sanlúcar, que todavía escarabajaba por dentro, una gran parte del pueblo, superior, en mi humilde sentir, á la mayoría de nuestras capitales de provincia, por su extenso perímetro, por la amplitud, limpieza y buena disposición de sus calles y plazas y por el lujo y buen gusto de sus edificios públicos y particulares, y fuimos á parar á la fonda, situada en la plaza del Arenal, muy hermosa por cierto, y totalmente ocupada en aquel instante (la plaza, no la fonda) por apiñados grupos de obreros en espera de trabajo.

Visten éstos, por regla general, blusas grises, cortas y tableadas y sombreros cordobeses, y las mujeres pañuelos grandes de crespón colocados en forma de chal y el imprescindible manojo de flores en la cabeza.

Tras un breve descanso, y encomendándonos á la dirección y amparo del mismo mozo de la estación, corrimos, con la curiosidad un tanto malsana que todos los viajeros llevan á Jerez, á visitar una de sus famosas bodegas, y escogimos la de González Byass...

Dios castigó nuestra precipitación porque, por fortuna, nuestro cicerone no te-

